

AMERICA



77



SELECTA

es el distintivo de la mercadería que vendemos.

Otras recomendaciones son:

Creaciones del día
Precios, sin recargos.

ESPECIALIDAD

Tejidos de seda, lana y algodón,
variedad extensa.
Artículos de atavío.
Efectos para el hogar.
Para el tocador.
Materiales para costura,
bordados, modistería, etc.

BAZAR

F. AYALA

Guayaquil 82.
Teléfono 10-57.

"LA LORENA"

FABRICA DE GALLETAS, CAMELOS,
CONFITES DE FRUTAS, BOMBONES,
GALLETAS DE TE.

EXQUISITO MANJAR

"EL REY"

(Marca Registrada)

CHOCOLATE "SUPERIOR" PURO
Y CHOCOLATINES.

"LA LORENA"

DE VENANCIO GALLARDO,

Tendrá mucha satisfacción en servirle satisfactoriamente en sus compromisos de las próximas fiestas de:

NAVIDAD Y AÑO NUEVO

Fábrica: Imbabura N° 30.—Teléfono 8-3-2

DEPOSITO Y ALMACEN:

Avd. 24 de Mayo 93.—Telf. 8-3-2 (dos llamadas)

Apartado N° 575.—Quito-Ecuador.

HOY
COMO AYER,
COMO MAÑANA
OPTIMO
SERVICIO
TECNICO

RADIOS,
MAQUINAS
DE ESCRIBIR,
DE SUMAR

REED & REED

(frente Teatro Bolívar)



SOCIEDAD COMERCIAL

ALGODONERA C. A.

Almacén en Quito

Distribución de los artículos de las fábricas
de la Industrial Algodonera.

Bramantes para sábanas, Alfombras, Telas
para cortinas, Cotines para colchones, etc.

Calle Guayaquil. N^o 51

Teléfono 811



A M E R I C A

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO
OSCAR EFREN REYES
JULIO ENDARA

1943

MAYO—AGOSTO

AÑO XVIII

Nº 77

Quito.—Imprenta del Ministerio de Gobierno.—1943

CONTENIDO:

Nuevos rumbos del americanismo - NA

ISAAC J. BARRERA

El Grupo América recibe al Ciudadano Presidente de Venezuela

OSCAR EFREN REYES

El Libro de Venezuela en el Ecuador
El Primer Historiador del Ecuador Independiente

ANDRES ELOY BLANCO

Poemas Continentales

CARLOS SALAZAR FLOR

Cooperación en la Labor de la Codificación, la Uniformidad
y la Unificación del Derecho en América

CESAR ANDRADE Y CORDERO

Clamor a Voltaire

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

La Educación Musical en la Nueva Cultura de América

AUGUSTO ARIAS

La Mujer de Piedra

JORGE PEREZ CONCHA

Manuela Sáenz, Libertadora del Libertador

ANTONIO MONTALVO

Danza Negra

GUSTAVO VASCONEZ H.

Por los Caminos del Mundo

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

El último Asilo

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

El Doctor Juan Benigno Vela

ALFREDO MARTINEZ

David Contra Goliat

Guillermo Valencia - NA

La Exposición del Libro Venezolano - NA

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

El Libro Venezolano

La Exposición del Libro Venezolano Organizada por el Grupo América - NA

ANDRES ELOY BLANCO

Reloj de Piedra: Libros baratos

CRONICA - VARIO

GRUPO AMERICA
DEL ECUADOR

Flores N° 2
Casilla 75
Quito, Ecuador

NUEVOS RUMBOS DEL AMERICANISMO

La gran tragedia bélica de estos tiempos, en la que, de una manera o de otra, han tenido que participar o verse afectados por sus proyecciones, todos los pueblos de la tierra, ha producido paradójica y particularmente para las naciones del continente americano, un fenómeno de reacciones favorables para la creación de un sentimiento unánime de comprensión y solidaridad internacional.

El ideario americanista que precedió a estas horas, vacío de contenido político, social y cultural, estuvo llamado a desaparecer en el gran momento de las liquidaciones y transformaciones históricas, que ha llegado ya, así como para las generaciones de todo el mundo, para los pueblos de América. Pues que, se está formando aquí una nueva conciencia de la unidad continental, regida por los principios inexpugnables de la libertad, de la fraternidad y de la vida democrática. Se siente el florecimiento de una nueva actitud mental y espiritual frente a la realidad del destino de América. Se oye la torrentada de un sentimiento social que, nacido de orígenes comunes, de una misma matriz creadora, corre, llena de pujanza, hacia el cauce, común también, de una misma esperanza y de un mismo ideal colectivo.

Como un airón de lucha y de fe en el futuro, parece erguirse en cada espíritu americano, la idea redentora y constructora de una nueva América. La América unida, en la que habrá de generarse la civilización del futuro. Y, el pensamiento continental se ha adelantado ya a determinar las normas con las cuales sería posible iniciar la realización de esta formidable empresa de la unidad americana, condenando, en primer término, todo lo que hubo de negativo en la

pasada concepción del americanismo: sus exaltaciones líricas, su retórica, sus mentiras pomposas, sus falsedades ideológicas, sin base de sustentación social, y, cuando pudieron realizarse sus postulados, su contradicción política, su traición doctrinaria; y, luego, ciñendo el nuevo sentido de la "americanidad" a la realidad y necesidades a las que se debe y debe efectuarlas, para que llegue a ser una "verdad histórica".

Uno de los factores negativos —vigentes patéticamente en estos mismos momentos— del americanismo, fué y es el mútuo desconocimiento, la mútua ignorancia en que vivían y viven entre sí, los pueblos de América. De nada habían servido los nexos de origen histórico, étnico, lingüístico. De nada habían servido las vecindades nacionales. Como no sirvieron tampoco las fraternidades, ni las alharacas amistosas. Cada nación vivía como una isla, al menos culturalmente.

Es recientemente ahora, cuando las naciones de América principian a descubrirse entre sí, a reconocer sus afinidades espirituales, a encontrarse en los caminos de la historia —la de ayer y la de ahora— es decir, a encontrarse social y humanamente, a sentirse en el diapasón dialéctico y cordial de un mismo ideal político. A reconocer sus errores y a concebir un orden de convivencia internacional compatible con el concepto y la realidad de una nueva vida de entendimiento y cooperación.

Son los pasos para nuestro mútuo desconocimiento, que deberán dirigirse principalmente al desconocimiento cultural, pues que, como siempre, propugnamos que es necesario, ahora más que nunca, desatar la campaña del acercamiento y vinculación internacionales, por los caminos del conocimiento cultural, es decir por los caminos del libro. Borrar las fronteras espirituales. Franquear la inaccesibilidad de las islas de la cultura continental.

* * *

En la medida de su esfuerzo y de la comprensión de este propósito algo de lo anotado viene realizando el Grupo América, fiel a su misión americanista; y, de su labor última, nos es grato destacar la Exposición del Libro Venezolano, llevada a cabo los días 26 al 30 de Julio, como un ho-

menaje al Excmo. señor Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General Isaías Medina Angarita y sus distinguidos acompañantes, en su visita memorable al Ecuador.

Esta Exposición bibliográfica del Grupo América, no entrañó solamente un sentido de confraternidad internacional, ni una reviviscencia de los históricos nexos afectivos que nos ligan al pueblo de Bolívar y Sucre, y que los ecuatorianos preservamos fielmente; significó, para nosotros, una prueba de correspondencia al sentido de auténtico americanismo que tenía la visita del Mandatario venezolano a los pueblos hermanos del continente. Era, también, una demostración de complacencia al constatar que las naciones del continente y sus dirigentes, principian a sembrar en la conciencia americana el nuevo concepto de la comprensión y solidaridad internacional; principian a borrar los linderos del mútuo desconocimiento e ignorancia, creando un clima propicio para que el ideal americanista arraigue y fructifique para la consolidación de la vida y destino de América y de su cultura. Porque, sólo de las constataciones reales, sólo del mútuo conocimiento geográfico, político intelectual y sociológico de los pueblos, podrán extraerse las experiencias esclarecedoras, las enseñanzas cabales para la estructuración de una conciencia americana, para la creación y vinculación de la cultura, índice y sello de la personalidad de los pueblos.

Así lo comprendió el Excmo. señor Presidente de Venezuela. Así lo comprendió Andrés Eloy Blanco, en el seno del Grupo América, en cuya Exposición flotaba el espíritu de Venezuela, representado en los libros de sus escritores, al analizar y explicar la esencia del americanismo, a través de la expresión cultural, —su vínculo más efectivo y eficiente— cuando consideró al libro como el camino y el puente insustituibles para toda aproximación y entendimiento humanos; cuando, con profundo sentido realístico y social, destacó la condición del escritor y el valor y trascendencia de la obra literaria; cuando, también, corroboró nuestra actitud y pensamiento, frente a los problemas de la cultura continental, y sus soluciones y proyecciones en un mundo que despierta a una nueva vida de confraternidad y de libertad.



Excmo. Sr. General Dn.
ISAIAS MEDINA ANGARITA
Presidente de los Estados Unidos de Venezuela

EL GRUPO AMERICA RE- CIBE AL CIUDADANO PRE- SIDENTE DE VENEZUELA

Excmo. Sr. Presidente de la República del Ecuador;
Excmo. Sr. Presidente de la República de Venezuela;
Señores:

El Grupo América buscaba la manera cordial de rendir homenaje al Magistrado venezolano y al cual ha recibido la República nuestra con cariño y entre aplausos. Ecuador es la tierra de los afectos y de las admiraciones, de la sinceridad y de la franqueza. Tierra leal y buena. Cuando un personaje de Venezuela se traslada a nuestras ciudades, el recuerdo tiene que florecer y encenderse, para tornarse en amistosa ponderación de afecto. Y entonces, cómo demostrarlo cumplidamente esta vez?

La amistad que el Ecuador siente por Venezuela se halla tan a flor de piel, y tan honda, sin embargo, que el mandatario de la nación amiga la apreciará en actos y palabras, en sentimientos espontáneos y en gestos que no pueden contenerse. Venezuela es la Patria del Libertador y en su suelo vió la luz de la vida el vencedor de Pichincha. Con el recuerdo de la amistad y el favor que estos héroes nos dieron otros tiempos, vivimos y esperamos. Un venezolano llega a tierra propia cuando pone sus plantas en tierra ecuatoriana.

Todo esto recargaba la obligación que sobre sí sentía el Grupo América en la oportunidad de la llegada a Quito

del Presidente de Venezuela, General Isaías Medina Angarita; pero le obligaba a la sencillez, que es la mayor prueba de cordialidad amistosa. Y razonando así resolvió exponer ante el público ecuatoriano los libros que en nuestra casa representan a la gran Patria de los héroes y de los sabios.

Permitidme, Excmo. Sr. Presidente de la República de Venezuela, exponer ante los ecuatorianos estudiosos el aporte de ciencia y de saber que constituye la sección venezolana en esta casa. Basta hacer un breve recorrido mental, situando a Bello en los primeros y altos escalones de la copiosa literatura venezolana, para encontrar después al gran Cecillo Acosta, a Baralt, a los Calcaños, a Gil Fortul, a Gallegos, a Eloy Blanco, a Sotillo, a Uslar Pietri, el de las "Lanzas Coloradas", y a toda una juventud que se levanta orgullosa de su tradición y fiel a su destino, para apreciar el valor de los que exhibimos en este acto.

Si cariño admirativo que hoy consagra el pueblo de Quito para el Mandatario de Venezuela ha de encontrar razón también en el valor intelectual de su Patria, había que poner a su vista la colección bibliográfica venezolana que guarda nuestra biblioteca, cumpliendo así su propósito, que es el anudar lazos intelectuales de América, para que, por medio de la comprensión, se acerquen sus democracias y sigan la ruta del pensamiento bolivariano, de hacer del continente la gran Patria del Libertador.

Con vuestro perdón declaro abierta la Exposición del Libro Venezolano, como pleitesía a la tierra de los héroes y de los sabios, y como homenaje para su ilustre Mandatario, hoy en tierras ecuatorianas.

I S A A C J. B A R R E R A



Momento en que la señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, entrega el pergamino ofrecido por el Grupo América, al Excmo. Sr. Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General don Isaías Medina Angarita, durante la ceremonia de la Primera Exposición del Libro Venezolano

EL LIBRO DE VENEZUELA EN EL ECUADOR

Excmo. señor Presidente de la República del Ecuador;
Excmo. señor Presidente de la República de Venezuela;
Excmo. señor Presidente del H. Congreso Nacional;
Excmos. Ministros de Estado de Venezuela y del
Ecuador;

Excmo. señor Decano y Miembros del H. Cuerpo
Diplomático;

Honorables Legisladores de Ecuador y de Venezuela;
Señoras y Señores:

Momentos de singular emoción para el pueblo ecuatoriano los que le deparó siempre la esclarecida presencia venezolana.

Momentos destinados a perdurar luminosamente en la Historia de esta Patria nuestra, que es también la vuestra; porque la amásteis, venezolanos, en sus horas más definitivas, de esperanza, de ideal, de drama o sacrificio; porque la ayudásteis para su libertad y para su gloria; porque la comprendísteis, en sus más próceros y dignos sentimientos, pasadas las horas angustiosas de comunes tragedias.

Momentos de solemnidad especial para este Grupo América, al que le ha sido dado obtener el altísimo honor de recibir en su seno al Primer Mandatario de la República de Venezuela, Excmo. Señor General don Isaías Medina Anga-

rita, y a su ilustre séquito. Momentos de satisfacción exquisita, para esta entidad cultural ecuatoriana, al inaugurar una **Exposición del Libro Venezolano**, con la asistencia de un grupo señaladísimo de sus autores, que honran a su Patria por sus talentos y cívicas virtudes, y dan brillo y relieve a la literatura y al arte, con su sapiencia, originalidad y genio.

Se fundó el Grupo América, tal como su nombre lo revela, con propósitos y afanes de un mayor conocimiento y roce de espíritus americanos, con el ideal de avivar las llamas de un amor y de una confraternidad continentales, que juzgamos que deben ser cada día más poderosas, para que sea perennes.

El aislamiento de los pueblos de este Hemisferio —algo mítico, aparentemente, pues que no constaba, en verdad, ni como un hecho diplomático, ni como una desgracia política, ni como una fatalidad geográfica, ni siquiera como diferencia de lengua o de historia en cuanto, por lo menos, a la parte hispanoamericana, —constaba, en cambio, como una realidad indiscutible, aunque dolorosa, en todos los demás órdenes, principalmente en el espiritual.

Algunas veces, de las más relevantes en su Historia, ciertamente que América se entrevió, de un lugar a otro de sí misma, sea gracias a ciertos acontecimientos de excepción, sea por el relieve incontenible de sus extraordinarias figuras, o sea, en todo caso, gracias nada más que a la imponente majestuosa de sus cumbres.

Pero advertimos que, de este simple modo, también nos conocemos con el resto del mundo.

Pensamos, entonces, que respecto de América, hay una mayor urgencia de detalle, una más fuerte e inaplazable necesidad de amplitud y frecuencia de contactos mentales. Y apreciamos que ninguna forma hay para conocerse y comprenderse, más honda y sinceramente, que la producción intelectual de cada país.

En esta producción estimamos que es fácil encontrar las ideas, los sentimientos, las diferencias, las realidades o las fantasías en que coincidimos, nos debatimos o gozamos.

Por eso fué que el Grupo América inauguró —gracias a apoyos gubernativos de particular eficacia, y a la decisión personal de cada uno de sus miembros, y a la concurrencia continental,— su Biblioteca, característicamente americana.

Y una parte predilecta de esta Biblioteca es, precisamente, la Sección Venezolana.

Para el Ecuador no es extraño el espíritu venezolano. El espíritu venezolano encontramos palpitante en todo el prodigio de su Historia, en los hechizos de su poesía, en la maravilla y encanto de su novela, y en la profundidad de su ciencia.

Y porque Venezuela no solamente nos envió sus héroes, para la libertad y para la República. No solamente nos hizo participar del estupendo genio de Simón Bolívar, de la austeridad inmaculada y del gran corazón de Antonio José de Sucre, de la caballería y de la consagración de Bartolomé Salom, de la abnegación y exquisito desprendimiento de Febres Cordero, de la valentía y noble lealtad bolivariana de Diego de Ibarra, de Juan José Flores y de Luis de Urdaneta. No solamente nos había enviado sus tercios gloriosos, para triunfar en Cone, en Pichincha y en Portete de Tarqui.

Nos mandó también, con su tradicional continentalismo, las exquisiteces de su noble amistad literaria, las excelencias de su capacidad científica, los primores de su literatura, y, en suma, las demostraciones de su más alta espiritualidad.

Un bello destino nos acompañó siempre de Venezuela. Así, si es nuestra más alta cumbre intelectual Juan Montalvo, hay que recordar que esta cumbre, que no se inclinó ante nada, se inclinó ante esa más alta cumbre que es la hidalguía venezolana.

¡Con qué fuerte emoción, en que parece encerrarse un mundo, rememora Montalvo la gentileza de una mano amiga que se extendió para él, inesperadamente, en cierta angustiosa situación de su penosa vida, en aquellos inmensos océanos de soledad de Europa! Era la mano amiga de "un hidalgo de América, de un venezolano", dice Montalvo.

Y fueron los Calcaños de los primeros, no en admirar sino en amar a esta gloria ecuatoriana. Uno de ellos —Eduardo, el diplomático y orador magnífico,— fué su más consagrado guía y su más predilecto confidente, no sólo en los triunfos, sino también, o sobre todo, en las tristezas, amarguras y hostilidades de Madrid.

Condecoraciones oficiales no tuvo jamás Montalvo, como reconocimiento de su incontrastable valía intelectual. Pero el Gobierno de Venezuela, en el año de 1883, y apenas publicados los **Siete Tratados**, le consagró una, con expresiones de cariñoso respeto: la del Busto del Libertador.

Y lustros más tarde, cuando ya la memoria de Juan

Montalvo parecía declinar entre las jóvenes generaciones de América, y el eminente ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide tomaba sobre sí el empeño patriótico de una nueva divulgación, fue un venezolano quien supo corresponder, a tal empeño, con el mismo entusiasmo y desinterés de un ecuatoriano, al emprender en la tarea de la más activa y concienzuda propaganda, desde las editoriales de Europa: Rufino Blanco-Fombona.

Así ha sido, pues, Venezuela, también con nuestras inteligencias.

En esta Exposición del Libro Venezolano, realizada con entusiasmo especial, con la valiosísima cooperación también del Ministerio de Educación Pública de Venezuela y del Excmo. señor Ministro Plenipotenciario de este país en el Ecuador, don Manuel Arocha, no consta, sin embargo, toda la extensa producción intelectual venezolana.

Consta, sí, lo más representativo.

Aquí está Andrés Bello, con todo su acervo científico. Con sus sabias lecciones de Derecho, de las primeras que recibió América, y de las fundamentales que tomó nuestro Código Civil. Con sus monumentales obras gramaticales, con que enseñó a hablar a su continente y a la metrópoli europea. Con su poesía, que circula por todas las colecciones antológicas universales.

Aquí está Simón Bolívar, no ya con los fulgores de su espada emancipadora, sino con el brillo de su pluma subyugante. Con sus Cartas, en que se condensa toda una época de la Historia Americana. Con sus planes y argumentos de organizador y de estadista. Con sus ensueños luminosos y con sus apasionadas y ardientes epístolas de amor, apasionadas y ardientes como su genio. También está con su Delirio sobre el Chimborazo, prosa bella y pensamiento inconmesurable, para la que le dió su inspiración arrebatadora la más imponente, la más pura y blanca de nuestras montañas.

Está aquí Rafael María Baralt, hablista e historiador insigne, que enseñó la pureza del idioma y la probidad de la Historia a todo el mundo hispánico.

El Gobierno de Venezuela editó y fomentó, en distintos tiempos, las grandes colecciones documentales de la Emancipación y de la República; y aquí están esas colecciones desde las de Blanco y Aspuruá, del pasado siglo, hasta las compilaciones de Vicente Lecuna, de nuestro tiempo.

El Gobierno de Venezuela con alto patriotismo y noble comprensión, publicó desde las mejores obras en que se estudió el país, como las de Alejandro de Humboldt y Agustín Codazzi, hasta las mejores obras que demuestran en nuestros mismos días la exuberancia de su literatura. Y aquí se encuentran, a la vista, todas esas obras, magníficamente editadas.

Las diversas tendencias y géneros literarios tienen en cada país sus elementos representativos. Pero muy pocos como en Venezuela, verdaderos valores de selección.

La historia se escribe por reputaciones continentales: por Caracciolo Parra Pérez, por Pedro Manuel Arcaya, por José Gil Fortuol, por Vallenilla Lanz, por Rafael María Baralt, por Aristides Rojas. . .

Artífices de las más bellas y originales prosas castellanas son numerosísimos, pero no se puede dejar de citar, por lo menos al vuelo, a Cecilio Acosta, con sus disquisiciones sociológicas y políticas; a Tulio Febres Cordero, con su *Don Quijote en América*; a Manuel Díaz Rodríguez, con sus *Idolos Rotos* y *Sangre Patricia*; a Rufino Blanco Fombona, con su estupenda obra poligráfica; a Pedro César Dominici, con sus *Dionisios*, a Gonzalo Picón Febres, a Pedro Emilio Coll...

Los poetas forman una legión ilustre: desde los románticos como García de Quevedo, compañero de José Zorrilla; Abigaíl Lozano, el cantor de glorias patrias; Juan Antonio Pérez Bonalde, cuyo espíritu cosmopolita y soñador supo sumergirse deleitosamente en las extrañas fuentes líricas de Heine y Allan Poe; Antonio Mata, de quien no pocas penélicas se han grabado en la memoria ecuatoriana; hasta las conspicuas generaciones de nuestro tiempo.

Está presente en estos momentos, en el Grupo América, un glorioso poeta de Venezuela: Andrés Eloy Blanco, el autor de "El Huerto de la Epopeya" y de "Tierras que me Oyeron", de "Poda" y de "Barco de Piedra"; libros de bellos poemas, recamados de imágenes suntuosas y audaces metáforas.

La novela y el cuento venezolanos son escritos por auténticos maestros literarios de América. Los ha escrito también el Excmo. señor doctor don Arturo Uslar Pietri, presente en el Grupo América en estos instantes.

Uslar Pietri, economista y hombre de letras; sociólogo y cuentista, ha publicado varios notables trabajos literarios.

y, entre ellos, "Las Lanzas Coloradas", novela con la que ha conquistado un lugar preferente en la literatura americana.

"Doña Bárbara", de Rómulo Gallegos; *Ifigenia y Memorias de Mamá Blanca*, de Teresa de la Parra, son leídas en esta Biblioteca por centenares de admiradores. Un ilustre miembro del Grupo América, el ecuatoriano Augusto Arias, consagró, hace muy poco, un estudio a la literatura venezolana y, predilectamente, a la novelística de Teresa de la Parra.

Los cuentos de Pedro Sotillo se han buscado con avidez en las revistas y periódicos caraqueños, para aspirar el encanto del hálito llanero. Sotillo, poeta y autor de *Andanzas*; periodista y Director del gran diario "El Universal", nos ha honrado también con su presencia personal en estos instantes.

Un capítulo brillante de la literatura americana, constituiría una revisión sola del cuento y de la novela de Venezuela.

El delegado del Grupo América para este discurso, siente, pues, que los minutos que le han sido asignados fueran tan cortos para una revisión, siquiera panorámica, de toda aquella extensa y variadísima literatura venezolana. Y, a su pesar, pone punto final a tan fugaz, como incompleta e intermitente enumeración.

Señores:

Para que América siga conociéndose más a sí misma, hemos dicho que hay que intensificar, sobre todo, el mutuo conocimiento del espíritu, de pueblo a pueblo.

Las ediciones seleccionadas en que ha emprendido el Gobierno de Venezuela, por medio de su Ministerio de Educación; así como las selecciones editoriales en que ha emprendido el Gobierno ecuatoriano, por medio de la Comisión de Propaganda Cultural, adscrita también, al respectivo Ministerio de Educación, —con objeto no sólo de restaurar las antiguas y preciosas muestras de la inteligencia y del saber, en lo pasado; sino también de difundir conocimiento de la realidad contemporánea de sus respectivos movimientos intelectuales,— ya son una muestra valiosa de lo que debería hacerse en toda América.

A sugerir una mayor compenetración espiritual se dirigen todos los esfuerzos de este Grupo.

Con Venezuela aspiramos a la plenitud de una realización constante y entusiasta.

Es ideal de los intelectuales ecuatorianos que nuestras patrias continuen así en sus empeños de exaltación de los más nobles ideales humanos.

Ideales de libertad y de gloria inmarcesible, para afirmar la democracia y la República dieron alientos a la vida heroica de nuestros próceres. Ideales de pensamiento y de cultura; ideales de justicia y de confraternidad americana, palpitan en estos momentos en nuestros corazones, para hacer lo que anheló Bolívar: el Continente de la libertad, de la paz y de la justicia; de la cultura y de la felicidad.

Discurso que pronunció nuestro consocio don Oscar Efrén Reyes, en representación de la Institución, al inaugurarse la Primera Exposición del Libro Venezolano, con asistencia de los Excmos. Sres. Presidentes de Venezuela y Ecuador, General Isaías Medina Angarita y Doctor Carlos A. Arroyo del Río, en la tarde del día 26 de julio de 1943.

O S C A R E F R E N R E Y E S

POEMAS CONTINENTALES

I

Rasgue el azul, Hondero, la piedra de tu honda,
surque los cielos mudos tu pedrada augural
y rota en un Poema la celeste rotonda,
caiga su terremoto de cristal.

Ya es hora, voz de América, Nuevo Cantor, Atleta,
ya es hora de surgir.

Acomoda al Presente tu voz, porque el Poeta
es el gesto del Porvenir.

II

Ven conmigo. Hablemos del presente.
No más hablar de ayer; el ayer sea
la calma del altar; nuestros mayores
nos agradecerán seguramente
hablar menos de ellos y hacer más por su Idea.

Padres, Libertadores,
al Panteón, al bronce y a nuestro amor tenaz,
aumentar en sus huertos la cosecha de flores
y dejarlos en paz.

La barca de los Héroes navega en los desiertos
del Pasado: llegaron, abrieron nuestros puertos
al Sol, nos dieron velas, se volvieron a ir...
Ya tenemos cien años alabando a los muertos,
sin recordar que América necesita vivir.

Antes, muerda el hachazo las carnes de la encina,
de la azteca ribera a la playa argentina
mil sirenas de acero revuelvan nuestro mar:
que diga el Norte atónito: —¡Ya el Sur muestra los dientes!
Y a los cuatro horizontes surjan los cuatro puentes
por donde el Pueblo ha de pasar.

III

Ven a mí, Compañero, une al mío tu Canto,
junta a mi voz tu voz
y en los caminos gritemos tanto
que el hombre de los trinos levantará la hoz.
Ven a mí; es el momento:
todo mueve a cantar, todo es aliento,
razón de gozo, estímulo de fiesta,
y está cantando el ruiseñor del viento
con la garganta azul de la floresta...

IV

Mira, devuélvete por la Historia un instante
y atrás toma la fuerza de seguir adelante:

Unánime y ferviente
va la tribu, camino de Occidente.
Todos se sienten únicos en el jirón de tierra,
por la ley del pasado, por la ley de la guerra.

Van hacia la pradera
por donde nunca el cielo sin azul estuviera;
atraviesan las aguas para atenuar sus bríos
y en sus pechos fracasa la explosión de los ríos;
por selvas imposibles al egoísmo humano
y bosques agitados con todos los rumores,
se aventuran en busca de la flor de verano
y del tigre que guarda la virtud de las flores.

Veloces, como el rayo, sutiles, como el viento,
allá Quirón con alas, aquí Ulyses desnudo,
cantan en la bravura del momento,
contra el azul la flecha, carne viva el escudo.

Vinieron desde el Polo; en un lejano día,
rompiendo los hielos vírgenes, pasaron el Estrecho
y al que llegó adelante, la vieja Poesía,
prisionera de un témpano, le hizo sangre en el pecho.

De sus ojos destella
con rojos vaticinios la ciencia de la Estrella.
Del puñal de obsidiana y del vaso de oro,
en los ritos sangrientos,
la sangre de la ofrenda bebe el sagrado loro,
voz de cuatro Hermanos, que son los cuatro vientos.
Por las noches, vecinos a la lumbre extrahumana,
saben poblar de sueños el éxtasis del baño
y, efluvio de pastores, al llegar la mañana,
con un silbido mueven el timón del rebaño.

Divinizaron todo cuanto vieron sus ojos:
el fuego, el sol, la cumbre, la hondonada,
el color de las aguas, los crepúsculos rojos,
la zarpa del felino, la sin razón, la Nada...

Y reside el secreto de su politeísmo
en ese amor por todo, que es amor por sí mismo:
Idolos la llanura y el sol y la ribera,
ídolo todo, cielo, tierra y mar,
porque al pasar el indio en su carrera
le miraron pasar.
Ídolo es la caverna para el indio que pasa,
ídolo la hojarasca que le sirve de lecho,
porque en esa guarida tiene el indio su casa
y en la hojarasca sueña y muerde un pecho...

V

Pues bien, una mañana,
de la tribu dormida se alzó un indio; su frente
reflejó las ternuras de la Aurora naciente
que detrás de los cerros abría su ventana.
El indio se orientó hacia la ribera
y allí, frente al Silencio, que es la voz del vacío,
sintió temblar su ser por vez primera,
al ver toda la aurora palpitando en el río.

Bajo su erguido cuerpo se dobló la canoa,
su labio destilaba la armonía secreta,
saltaron aguas nuevas a la afilada proa
y en el alma del indio nació el primer poeta...

Allí está tu abolengo, Cantor; en esa orilla
sembró el indiano sueño tu semilla.
Aquel momento oscuro rompió el broche
que encerraba tu verbo de vida y de verdad,
como de la montaña, corazón de la Noche,
saltan los orinocos, venas de claridad.

VI

Y después, cuando vino
la audacia de las barcas españolas
y el filo de las quillas, abriéndose camino,
rompió la doncella de nuestras olas;
y cuando el alma indígena corrió en cauces de muerte
y se mezcló a la sangre del aborigen fuerte
sangre de hispano indócil y de moro invasor,
el Verbo americano brotó de aquella fragua,
como del tronco viejo, cuando le cae el agua,
brotó la nueva flor.

VII

El Verbo americano, sí, no es un simple nombre;
él existe de un modo sofocante y fatal,
existe porque un día una mujer y un hombre
cruzaron en dos verbos su pecado mortal.
Existe dondequiera
que fluya la ternura de una copla llanera;
donde, irrumpido del palmar lejano,
en tanto que la noche sus tintas acrecienta,
alce un toro lunático de la luna del llano
la media luna de su cornamenta.
Existe mientras puedan llenarse unos oídos
de susurro de pampa y explosión de torrente,
dondequiera que un potro y un jinete fundidos
puedan mirar a Apolo y a Pegaso de frente.

Existe en la llanura verdecida
que a los cuatro horizontes se dilata y se pierde,
por donde pasa un gaucho, a toda brida
como un dado que rueda sobre el tapete verde.

Y en el agua febril que cuando rueda
y es Marañón, es Orinoco, es Plata,
va bordando sus túnicas de seda
con el encaje de la catarata.

Existe mientras pueda decir un indio: —España,
cuando tú fuiste a Flandes,
yo estaba ya abonándote la tierra de la hazaña:
tú cruzabas las olas, yo cruzaba los Andes.
Existe en el idilio feroz de la montaña,
donde hiere las sombras el amor del jaguar
y existe en el amor de la cabaña,
donde la boca muerde porque no puede hablar.

Existe en todo: en el azul celeste,
pues no hizo Dios ningún azul como éste;
en el Ande impassible y en la pampa sonora
donde se hace más lenta la marcha de la hora;
en el árbol inmenso, envejecido,
y en el ave que al árbol la canción de su nido
como una flor colgó,
en fin, existe en esto que salta de mi mano,
y pues yo mismo siento que soy americano,
existe dondequiera que sientan como yo!

VIII

Una carne el mar besa en sus contornos,
desde el Golfo de Méjico hasta el Cabo de Hornos.
Una fué, cuando al bote
de la Conquista,
El Rebelado y el Quijote
gritaron con un cuello de Bautista.

Una, cuando surgida de entre los ataúdes,
abierto el labio al pan de las verdades,
se alzó la Diosa de las multitudes
sobre el mudo pavor de las ciudades;

y en el Acta sagrada
 en que los Padres de la Autonomía
 firmaron sobre el dorso de la noche pasada
 su voluntad de caminar sin guía.
 Una en el ara fraternal
 y en el sereno sacrificio;
 una en la exaltitud del momento social
 que siguió al natalicio
 de los Libertadores,
 en aquel pacto implícito de gesta,
 pues al erguir un árbol de Libertad sus flores
 fué todo el Continente una floresta.

Una en los héroes magnos que cruzan el combate,
 constelados de plumas y condecoraciones,
 los que, cuando la Muerte les abate,
 van a poblar la luz de los Panteones;
 y una en la noche aquella
 en que ilumina el campo de batalla desierto
 la condecoración de alguna estrella
 sobre la faz del soldadito muerto.

Una, en las mil andanzas
 que al través de los valles y de las cordilleras
 marcaron nuestro unánime designio de vivir,
 escrito con las lanzas
 en el jirón de las banderas
 y gritando a la oreja misma del Porvenir.

IX

Y todo cuanto vino de extrañas latitudes
 vino a sumar a ella su caudal de virtudes.
 El ancestro, mezclado de cosmopolitismo,
 ha dado flores nuevas, pero el tallo es el mismo.

Sangre de Francia, vino
 de amor, tan pura como la de Cristo en la Cruz;
 el indígena imperio que la halló en su camino
 dió al Futuro repúblicas, reflejos de su luz.

Sangre de Italia, sangre de eternidad, viajera
 del Progreso, que trajo la nueva cornucopia;

en el indio solar de la pantera,
la loba vive como en casa propia.

Y sangre de Sajón y de Germano
y la que en el Brasil hizo un rosal,
cuando regóse frente al océano
la sangre azul de Portugal...

X

Es esa, americanos,
nuestra fuerza; tenemos
en nuestros pueblos sangre de todos los demás;
todo cuanto ellos puedan nosotros lo podremos,
pero en cambio, nosotros tenemos algo más.
Al menos yo declaro que tengo todavía
en el mismo portal de mi abolengo,
raza propia, aborígen y fresca, raza mía.
yo sé quién soy y sé de dónde vengo!

Y sé también a dónde irá la estrella
de América, en el fallo de la Divinidad,
cuando Ella pase, mezcla de todos y de Ella,
vivo en su hoguera un gesto de personalidad.

XI

Todos —y el Atlántico— mirarán el gran viaje
de cien humanidades buscando nuestro sol
y todos cantarán sobre el ronco oleaje
su estrofa para el Poema Español.
¡De pie y alerta! La mañana
es un presagio de Primavera.
Pueblo cantor, prodiga los dones de tu hosanna,
que está como una mano tendida la sabana
para los dones de la cordillera.

XII

Soldado: tu cantar de acero
esté siempre despierto junto a la llamarada;

avizor y fraterno al extranjero,
sea el alejandrino de tu espada.

La breve frase del fusil, en riego
de huracanes, difunda la salva de la unión:
un solo pueblo —América— bajo el feliz sosiego
y una sola bandera, como barca de fuego
bamboleando sus glorias a flor de batallón.

Con revés apostólico, las cuchillas guerreras
corten el hilo inútil de las viejas fronteras.

Sé en la gesta civil guarda y asilo
y en la ofensa brutal brazo y muralla,
pero donde tu acero pueda empañar su filo,
sea el abrazo tu mejor batalla.

No dañe el oro de tus entorchados
al oro de la mina y al oro del trigal,
—¡qué contentos se ponen los sembrados
cuando pasan por ellos los soldados
y ven las flores sin hacerles mal!—
Y si un día en la guerra
la sangre vuestra ha de correr,
vendrán todas las flores de la tierra
en vuestra tumba a florecer,
mientras la voz de cien generaciones
dirá en la lengua de la Apología:
—Ved qué garras de seda tienen nuestros leones!
acarician las rosas, cantan en la agonía,
y en el combate, yunque de los bríos,
cuando todo se arropa en el estruendo,
repetirá el Tribuno con santos desvarios:
"Aquello no es valor, amigos míos,
aquello es miedo de seguir viviendo!"

XIII

Oye, Labriego, ese vasto rumor
que agita en torno tuyo a la campiña;
goce tu oído al maternal dolor
de la tierra, que bajo tu brazo sembrador
ya dejó de ser niña.

Ten el orgullo de tu siembra;
tu tierra es tan fecunda como el huerto de Adán;
gózala y dale trajes de verdor a tu hembra,
mientras arde en codicias el extraño egipán.

Refleja en tu labor la fervorosa
quietud con que trabaja el Universo,
abre la dura entraña como se abre una rosa,
labra el jardín como se labra un verso.

Y el surco será surco de luz bajo la reja,
como bajo la mano del hondo Jardínero,
apenas el arado del sol pasa y se aleja,
retoña la cosecha del lucero.

XIV

Pensador, ve a la tierra, la vieja Pensadora,
cumbre o sima, tu mente dé luz a toda hora;
vuelve el chispazo de tu fragua,
al Oriente, al Poniente,
sé el Aconcagua
cuando asoma trás él el sol naciente.
Mientras sobre tí el Cóndor su vuelo precipita,
como vuela una idea sobre la frente inmensa,
sé la América entera, que medita,
sé el cerebro rugoso de los Andes, que piensa.

XV

Obrero: en el estruendo del taller,
pon la sangre en la Obra, novador y felibre;
salva de la rutina lo azul que hay en tu ser—
tras de la mano esclava, el alma libre—.

Tu paciencia mecánica labre un poema, pero
tu espíritu entre tanto, labre dos,
con la ternura de José el Obrero,
que con la mano hacía obra de carpintero
y hacía con el alma obra de Dios.

XVI

Gaúcho, llanero, hay en mi escudo
un caballo en carrera;
de cien años acá, nadie lo pudo
montar, que no cayera.

Sólo tú, hijo del Indio, sé el jinete. Ganada
tienes la meta, pasa la vieja cabalgata
y hacia el futuro vuela, carne y crin el arnés,
porque si en el abuelo tuviste frente alada,
tienes hoy esas alas de la frente, en los pies.

XVII

Y tú, Mujer de América, la única,
Apacuama y María, Pola y Marta,
con hojas de bananos adornada la túnica
y entretrejido el pelo con laureles de Esparta!
Ternura de Gabriela,
pasión de Juana, llama de Alfonsina,
buche de tórtola, beso de canela,
cuánto de América en vosotras vuela,
cuánto de alero va en la golondrina!

¡Quién sabe en qué escondido
recodo de ribera o de sendero
estará la pequeña mujer, que dé un sentido
grande a mi fe, quién sabe de qué nido
vendrá la golondrina de mi alero!

¡Oh tú, la fuerte, la fogosa,
y tú, la tierna, la pascual,
la que es espina de rosa
y la que es rosa del rosal!
Abeja de cien alas, mujer de alma de abeja,
que en el bosque de lanzas escuchaste la queja
que a tu breve picada lanzó el bravo tropel,
hacia mí tiende el ala enardecida,
que aquí, para que libes el amor de la vida,
mi corazón se endulza, como un panal de miel.

Tú eres la Conductora
de los pueblos, comprende tu misión de Pastora.

Hable al hombre de América tu boca, que es la gloria,
de cómo es dulce tu querer
cuando se llega a ti con la victoria,
a la noche siguiente de vencer.

Háblale del Amor que lucha a solas,
de aquel perenne viaje de las olas,
de huracán a huracán, de puerto a puerto;
del último aletazo hacia la meta,
del último poeta
que anduvo sobre el mar, después de muerto;
y del desmayo de los pabellones,
que cuelgan, como tientos floridos, de las rejas;
de las que van perdiendo su vida entre oraciones,
como esas rosas frescas que cruzan los salones
sobre el corpiño de las damas viejas...

Y de la tierra vieja con la sandalia rota,
en cuyo seno azul, bocas extrañas
chuparon sin descanso, gota a gota,
la leche maternal de las hazañas.

Y de aquel grito de "¡Adelante!"
que rompe la cadena,
del hermano que cobra la ración del instante
y del hermano errante
que muerde su limón de tierra ajena.

Y huya tu pie del ritmo torpe y lento
que acompañan cloróticas mujeres
en brazos de hombres torvos, a caza del evento,
llenos de nada y de placeres;
flores de mostrador y de cantera,
piratas del Ensueño,
que van con un sigilo de gata zalamera
detrás del hombre que no tiene dueño;
berberiscos de ahora,
para cuya salvaje fiebre conquistadora
nuestras patrias acendran futuras golosinas
y que ven acercarse nuestra última hora
desde que sienten fácil su pezuña traidora
en la carne sagrada de las hembras latinas!

XVIII

Ven a ver, extranjero,
 lo que alumbran mis soles, lo que aroman mis llanos,
 lo que rugen mis selvas, lo que abunda mi pan;
 el que venga a robarnos, tendrá bosques de acero
 y el que venga a pedirnos, hallará nuestras manos,
 pues las manos son dueñas de lo mismo que dan.

Beberás de la leche caliente de mis vacas,
 tendrás miel y racimos al terminar la siega
 y en la noche un augurio matinal de maracas
 y una copla turpial de Santos Vega.

Y trenzarás conmigo
 de flores frescas el testuz del toro,
 el Tequendama azul será tu amigo
 y el río de la Plata será tu río de oro...

XIX

¡Ah, cómo siento yo la tierra mía
 cuando en la paz del campo,
 interpreta mi trémula alegría
 el corcovo jovial del hipocampo!
 y cuando tras el toro, sobre el potro tendido,
 la soga, raudo círculo del poder, en la mano,
 de los gamelotales el jinete ha surgido,
 que siento ya que lo vomita el llano...
 Prende el lazo en la furia del testuz, y rebota
 de topo en topo el grito, hasta el ribazo,
 la soga va girando con el toro en derrota
 y es el radio de un círculo cuyo centro es un brazo.
 Y siento en esta escena soplos universales:
 así por las llanuras celestiales
 ruedan astros atados a un inmortal connubio,
 y encendida en rugido de fúlgida becerra,
 gira y revuelca su dolor la Tierra,
 enlazada en su vuelo por un jinete rubio!

XX

¡Ah, cómo siento que mi tierra es dueña
total de su futuro,
señora de su predio, bajo la doble enseña
del cielo azul y del bosque oscuro!
Y cómo espero el día en que el Pirata
la encontrará en la playa, bordando las arenas
y arrojando al azul su voz de plata,
con la emoción de los diez mil de Atenas!

XXI

¡Thalassa, madre América! La estela
de la escuadra futura, ya va a tejer la rada;
el cachorillo de la carabela
tiene acero en los músculos y fuego en la mirada.

Ya en el portal vigila,
preparado, el bajel;
con la casa guardada, puedes dormir tranquila—
sueño de Diana y vela de lebre!—.

Y en no lejano día, la voz de tus soldados
turbará la quietud del mar profundo,
cuando un millón de bárbaros en cien acorazados
se dirijan veloces al asalto del Mundo.

Tendrás la voz del llano, del bosque y la montaña
y hondas al viento Sur tus blancas lonas:
—¡Mío es el mar que mis costados baña,
porque yo le alimento de mi entraña
y le doy sangre de mis Amazonas!

Y erguirás tu sanción sobre el anhelo
rubio: —¡Mío es mi suelo,
mío es mi mar, porque lo se guardar!
si el mismo Dios no pudo ponerle fin al Cielo,
¿quién es el que pretende ponerle freno al Mar?

Del libro "Poda"

1923.

A N D R E S E L O Y B L A N C O

COOPERACION EN LA LABOR DE CODIFICACION, LA UNI- FORMIDAD Y LA UNIFICA- CION DEL DERECHO EN AMERICA

Encontramos este numeral noveno del Programa sobre Derecho Internacional Privado y Derecho Privado, de gran trascendencia, no sólo para lograr la efectiva cooperación de los organismos nacionales particulares en la codificación, uniformidad y unificación, que están promoviendo las entidades oficiales, sino, más aún, para obtener la verdadera técnica de la labor codificadora y uniformadora que, hasta este momento, en verdad, no ha rendido su máxima eficacia.

Practicamos esta investigación fundándonos, no sólo en nuestra experiencia de cátedra sino, además, en el conocimiento de los hechos y circunstancias observados durante el ejercicio de nuestras antiguas funciones en la Consultoría Técnica del Ministerio de Relaciones Exteriores de nuestro país.

UNIFICACION, UNIFORMIDAD, CODIFICACION

Tales son los términos empleados en la redacción del numeral noveno de nuestro estudio. Es preciso referirnos necesariamente a ellos, porque las palabras deben reflejar, de modo fidedigno, el pensamiento exacto de lo que se quiere hacer y el fin mismo que se desea obtener.

Unificar, por ejemplo, las leyes civiles y mercantiles, sería dotarlas de una sustantividad única, en forma tal, que

todas esas leyes sean el fiel reflejo de las mismas instituciones jurídicas, o sea, que estas instituciones tengan en todos los países americanos la misma calificación.

Así, las leyes civiles sobre el matrimonio y divorcio estarían unificadas en América, si todos los países del continente admitiesen que el matrimonio es o sólo contrato del derecho civil, o sólo sacramento.

De no llegarse a este resultado, no puede haber unificación posible por la sencilla razón de que, prevaleciendo la distinta calificación en las legislaciones, los países que consideran el matrimonio como sacramento, no admitiendo el divorcio, no podrían reconocerlo cuando se lo ha obtenido en un país extranjero, quizá alegando la noción del orden público o, en su caso, el fraude de la ley. Desde este momento, aparecen de bulto los inconvenientes de la diversidad de calificaciones de las instituciones jurídicas, pudiéndose apreciar cómo queda afectado el alcance de la comunidad jurídica internacional y estorbadas las garantías de la persona que requiere, dentro de la libre circulación por el espacio, estar amparada en toda la actividad jurídica que legalmente despliegue.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero sólo hemos querido referirnos al caso más frecuente e importante del matrimonio y del divorcio.

En las leyes de orden mercantil, necesitamos de la misma manera, calificar las respectivas instituciones jurídicas, para poder hablar de una verdadera unificación. Necesitamos que todos los países de América entiendan de la misma manera el contenido jurídico de la capacidad para ejercer el comercio; y que en todos esos países se admita en sentido igual, el lugar de la promesa, el lugar en que debe hacerse el pago, el lugar en que debe surtir efecto la obligación, etc.

En consecuencia, sentamos el siguiente postulado: "No cabe unificación de leyes de ninguna índole, en tanto no haya igualdad de calificación de las instituciones jurídicas a que las dichas leyes se refieren."

Prueba de lo aseverado, es que, hasta el momento presente, los tratados de Derecho Internacional Privado celebrados entre varios Estados americanos, en su gran mayoría, son ineficaces, porque casi todos ellos se han preocupado exclusivamente de señalar las normas para resolver los conflictos de leyes, olvidándose, en lo absoluto de la calificación de las instituciones jurídicas, que es el problema medular y de

fondo, sin cuya solución no cabe unificación de ninguna naturaleza, ni codificación verdadera.

He aquí, pues, otro postulado que se deriva de lo anterior.

"De nada importa que un tratado de Derecho Internacional Privado haga aceptar a dos o más Estados, iguales normas para resolver los conflictos de leyes, si se sabe de antemano que estas normas no pueden aplicarse en el campo del ejercicio jurídico práctico, mientras subsista, en las legislaciones, la desigualdad de calificación de las instituciones jurídicas, consultadas o previstas por las normas de solución de conflictos de leyes."

Según nuestro pensar ceñido, en todo, a las exigencias científicas, la unificación de leyes quiere decir igualdad de calificaciones. Ahora, completemos el término uniformidad, empleado por la misma cuestión novena que estamos desarrollando; y digamos, de una vez, que ese término no implica sino la semejanza de los sistemas reguladores del derecho, en el campo internacional.

Expliquemos, pues, la uniformidad entendida como semejanza de sistemas: Los más autorizados Maestros del Derecho Internacional Privado, entre los que se destacan Fiore, Diena, Frankenstein, Pillet y Niboyet, cuyas obras hemos podido consultar con suficiente detención, convienen en sostener, como así es, en efecto, que cada legislación nacional, en la misma forma que tiene sus propias calificaciones (modo de entender el matrimonio, la sucesión, la capacidad, el estado civil, la forma de los actos, etcétera) tiene también su propio sistema de Derecho Internacional Privado.

El sistema, no es, desde luego, la calificación, aún cuando ésta sea parte integrante de aquél. Entendemos por sistema, la reglamentación internacional del derecho, llevada a cabo por una ley de carácter nacional; pero, en esta reglamentación hay tres elementos fundamentales que no es posible descuidar. Estos tres elementos son: (a) La ley reguladora del Estatuto Personal (ley del domicilio o ley de la nacionalidad); (b) La calificación de las instituciones jurídicas, según cada ley nacional; (c) Las normas para resolver los conflictos de leyes. De todos estos elementos se compone un sistema de Derecho Internacional Privado, dentro de la estructura de cada ley nacional.

Si la unificación hace referencia a las calificaciones y a las normas de conflictos de leyes, la uniformidad dice rela-

ción al primer elemento, o sea, a la ley reguladora del estatuto personal.

Por ejemplo, en el artículo 14 de nuestro Código Civil, semejante al de muchas legislaciones de América, se lee: "Los ecuatorianos, aunque residan o se hallen domiciliados en un lugar extraño, están sujetos a las leyes de su patria: (1) En todo lo relativo al estado de las personas y a la capacidad que tienen para ejecutar ciertos actos, con tal que éstos deban verificarse en el Ecuador; y (2) En los derechos y obligaciones que nacen de las relaciones de familia, pero sólo respecto de su cónyuge y parientes ecuatorianos."

Se infiere, pues, que el contenido jurídico del Estatuto Personal de los ecuatorianos, se descompone en estado civil, capacidad y relaciones de familia; y las leyes que regulan instituciones de esta clase, son extraterritoriales, porque se aplican en el extranjero, ya que nuestra legislación se funda en el sistema de la ley nacional.

Hay otras legislaciones que hacen regir el contenido del estatuto personal por la ley del domicilio, y esto puede fácilmente constatarse en América. Por lo mismo hay también desigualdad en esta materia y campo abierto para la multiplicación de los conflictos de leyes. La uniformidad, en nuestro concepto, debe perseguir la semejanza en cuanto a la ley que rige el estatuto personal.

La misión del Derecho Internacional Privado se orienta a dos finalidades principales: (1) Reducir en lo posible el número de los conflictos de leyes; (2) Resolver los conflictos inevitables, según normas de certidumbre y seguridad que, a la vez que respeten la soberanía de los Estados, garanticen plenamente el derecho de los particulares.

La primera finalidad no puede realizarse sino con la adopción de una ley igual para todos los países, en cuanto al contenido jurídico del estatuto personal. La segunda finalidad tampoco puede realizarse sino en tanto se admitan iguales calificaciones e iguales normas de solución de conflictos.

Así queda claramente explicado nuestro pensamiento tocante a este punto, de cuya solución depende el equilibrio justo y jurídico del porvenir, entre todos los Estados de América.

Si todos los países americanos admitiesen, para las materias del estatuto personal, o sólo la ley del domicilio, o

sólo la ley de la nacionalidad, es indudable que se eliminaría una causa preponderante de producción de conflictos.

Hemos indicado ya que la unificación (encaminada a obtener la igualdad de calificación de las instituciones jurídicas) y la igualdad en las normas que sirven para resolver los conflictos de leyes, son los dos factores que contribuyen a la feliz realización del Derecho Internacional Privado. La última parte (igualdad de normas de conflicto) no presta a la hora actual ninguna dificultad, por cuanto está ya, con ligeras excepciones, casi efectivada en su totalidad, desde que es muy rara la legislación que no admita reglas como las siguientes: Los bienes se regulan por la ley de la situación. La forma de los actos jurídicos, se rige por la ley del lugar en que se celebran. Los contratos, se someten a la autonomía de la voluntad, en aquellas partes que son de exclusivo dominio de las leyes facultativas, etcétera.

Lo que no se ha realizado hasta el momento presente (insistimos) es la unificación de calificaciones y la uniformidad de leyes reguladoras del estatuto personal.

Por ello, hemos preferido abordar este vital asunto, para cooperar con nuestro modesto esfuerzo a la solución de un trascendental problema humano de solidaridad jurídica, que abrirá ancho campo al establecimiento de una gran concordia continental que no parta de puntos de vista puramente políticos, sino de la honda trama concienical que crea la armonía jurídica entre los pueblos.

Pero, es indispensable hacer notar que ni la unificación ni la uniformidad, en el concepto preciso en que hemos tomado estos dos factores, quieren decir identidad de leyes. Tal identidad sería poco menos que absurda, porque ya lo dijo el gran maestro Fiore que la diversidad de las leyes es un hecho natural y necesario: natural, porque la ley refleja las necesidades especiales de cada pueblo; necesario, porque el progreso es diferente en cada orden colectivo de vida.

En consecuencia, salvando esta diversidad natural, sólo aspiramos a que esas leyes necesariamente diversas encarnen, sin embargo, la equivalencia real de las instituciones jurídicas del derecho privado americano que, por corresponder a pueblos de cultura análoga, favorecidos por la historia, la raza y la solidaridad común, no hay inconveniente alguno para que se edifiquen sobre sistemas reguladores análogos.

Nos resta referirnos a la codificación, el proceso más importante o, si se quiere, el medio más idóneo, para con-

vertir en halagadora realidad la unificación y la uniformidad deseadas.

Hay que recordar previamente que un código responde a dos necesidades principales: (1) Certidumbre de la norma jurídica; y (2) Realidad social de un pueblo en un momento de su historia. Por este segundo aspecto, se desprende de la falsedad de las afirmaciones de quienes creen que codificar un derecho es fosilizarlo e impedir su libre evolución.

Creemos firmemente en la importancia vinculadora de las codificaciones, porque partimos del supuesto lógico de que ninguna ley puede tener un valor de eternidad. Si así fuera, se tendría que renegar de las leyes del progreso social. De aquí que el derecho codificado exprese únicamente la certidumbre de la norma jurídica sin desconocer, en ningún caso, la función de su variabilidad a través del tiempo. La relativa permanencia del derecho codificado no es argumento suficiente en contra de la codificación.

Al considerar el Derecho Internacional Privado, varios autores han objetado la posibilidad de su codificación, alegando que no tiene las características del Derecho Civil Interior, o sean: uniformidad, estabilidad y regularidad. La acción americana ha logrado rebatir victoriosamente semejantes conclusiones, por medio de la obra concreta de un código, obra fecunda del talento del ilustre internacionalista Dr. Sánchez de Bustamante. No será este código el máximo de la perfección (porque no ha unificado calificaciones ni ha uniformado sistemas reguladores del estatuto personal), pero es un valiente y decidido esfuerzo que servirá de base a la obra más perfecta del porvenir en el que tenemos indiscutible fe.

Nuestro intento en el actual trabajo no es otro que el de procurar demostrar cómo la acción codificadora representa el medio específico idóneo para convertir en realidad la unificación y la uniformidad de leyes que, por el momento, deben ser de carácter particular antes que general (leyes civiles o leyes mercantiles, por ejemplo). El esfuerzo codificador no debe ser jamás desperdiciado. Debe ser canalizado y orientado de tal manera que se obtenga (sobre todo en el Derecho Internacional Privado) el fin que le asigna la ciencia jurídica, cual es el de la coordinación de las instituciones jurídicas, con miras al más amplio intercambio continental.

Si conseguimos esta demostración, nuestro anhelo quedará colmado; y, más todavía, si los postulados que aquí

sentamos, merecen despertar la atención de las ilustres entidades y hombres representativos de la ciencia internacional de América, que están congregados en Wáshington, con ocasión del Octavo Congreso Científico Americano.

UTILIDAD DE LA CODIFICACION Y SU TECNICA

Desde algún tiempo nos hemos preocupado muy hondamente de los factores y condiciones que no deben perderse de vista para poder obtener la eficacia de la codificación. Hemos llegado, en consecuencia, a convencernos de la ventaja inmediata de los siguientes principios:

1. Para que la codificación de materias particulares o generales del Derecho Internacional Privado rinda un resultado práctico, es menester adoptar muy cuidadosamente una técnica especial que no es otra que la de recurrir, previamente, a una codificación doctrinaria, esto es, a un prospecto de Código, con miras a obtener con antelación el acuerdo de los Gobiernos sobre identidad de calificaciones, sobre sistemas uniformes del estatuto personal y sobre igualdad de normas de conflictos de leyes. En tanto el acuerdo no exista, sería impropio e inútil convocar una convención con el fin de codificar el Derecho Internacional Privado; porque, precisamente, la codificación doctrinaria, para lograr el acuerdo de los Gobiernos, es prediplomática y anterior a los tratados.

Si así no se procede, se corre el riesgo de las ratificaciones con reservas que restan la generalidad de aplicación del Código.

2. El prospecto de Código (codificación doctrinaria) debe ser particular y no general, por razón de las materias. Con esto queremos decir que la codificación debe ser gradual y progresiva precisamente para evitar el inconveniente de los Códigos de carácter general que comprenden el derecho civil, el penal, el comercial, el procesal, etc.

3. El prospecto debe contener (y aquí está lo medular) igualdad de calificación de las instituciones jurídicas, igual reglamentación del estatuto personal, e iguales normas de conflictos de leyes.

4. Se debe preferir, al redactar el prospecto, la calificación que emplee la mayoría de los Estados americanos, con respecto a las instituciones jurídicas que va a comprender la

codificación (por ejemplo, tocante al matrimonio, a la sucesión, a la quiebra de los comerciantes, etc.)

5. Asimismo, se debe preferir, para la regulación del estatuto personal, el sistema legal que siga la mayoría de los países, advirtiéndose que la tendencia científica actual se inclina por la preferencia de la ley del domicilio. (Basta consultar el artículo 1º del Proyecto de Tratado de Derecho Civil Internacional, sometido a la Junta de Jurisconsultos de Montevideo, en marzo de este año.)

He aquí las reglas fundamentales que determinan, en nuestro concepto, una nueva técnica de codificación, con el fin de coordinar las legislaciones, coordinación más importante para el Continente Americano, que necesita hondas vinculaciones para realizar, en forma unida, su importante destino pacificador del mundo.

Cabe, sin embargo, que nos adelantemos a una objeción que podría hacerse a las sugerencias que dejamos establecidas:

Si todos los países americanos entienden del mismo modo las diversas instituciones del Derecho Privado; si todos ellos tienen la misma ley reguladora del estatuto personal; y si todos también consultan las mismas normas para resolver los conflictos de leyes, ¿para qué, entonces, hablar de Derecho Civil Internacional? ¿No bastaría hablar de un Derecho Civil Continental?

Esta objeción sería más aparente que real, porque el Derecho Internacional Privado, tiene un enorme campo de acción y no sólo se preocupa de resolver conflictos de leyes. Se preocupa, además, de reglamentar la condición de los extranjeros, de determinar las normas de la nacionalidad, entendida como mero vínculo jurídico-político entre el individuo y el Estado; y por fin, tiene a su cargo el amplio problema del respeto de los derechos adquiridos.

La codificación particular y gradual que proponemos, elimina solamente los conflictos en materia de Derecho Civil y quizá Comercial, lo cual es ya un enorme paso, en torno a la coordinación que se desea obtener. Y ha logrado resolver, además, nuestro método, uno de los puntos más difíciles y contra el cual se ha estrellado siempre el desenvolvimiento del Derecho Internacional Privado: los conflictos de leyes civiles y comerciales, materia de inacabable controversia entre las escuelas antiguas y modernas de la ciencia europea.

La codificación doctrinaria, anterior a todo tratado colectivo de codificación, tiene por objeto convencer a los Gobiernos de la necesidad de la unificación y de la uniformidad, poco a poco, hasta lograr el acuerdo pleno que debe quedar transparentado en el código definitivo.

Dicho acuerdo no se podrá obtener jamás en el momento mismo de la firma o ratificación de la convención codificadora, porque es imposible vencer de golpe las resistencias y susceptibilidades de los Estados que no quieren abandonar su propio sistema legislativo para adoptar otro, y que se ven obligados, por esta causa, a hacer reservas, en el momento de la ratificación, reservas que, tendiendo a salvar el derecho interior contenido en cada legislación, debilitan y opacan, en grado extremo, el Derecho Internacional, contenido en la convención de codificación.

Hay que recordar al respecto lo que ha sucedido en el Ecuador, al tiempo de ratificar la convención que aprobó el Código Sánchez de Bustamante. El Senado ecuatoriano lo aprobó, en todo lo que no se oponga a la Constitución y Leyes de la República, lo que equivale a hacer prevalecer el Derecho Interno sobre el Derecho Internacional y anular una obra de tanto esfuerzo como lo es una codificación continental.

Todo esto se evitaría, indudablemente, con la codificación previa que hemos denominado doctrinaria, porque el acuerdo de los Gobiernos de las Altas Partes Contratantes debe obtenerse, precisamente, por la fuerza de la doctrina científica del Derecho Internacional Privado, única que puede prestar decisiva base de convencimiento.

Obtenida la codificación doctrinaria, se la sometería a los Gobiernos, durante un tiempo suficiente para que los organismos encargados puedan gestionar la aceptación unánime; y sólo entonces, sería del caso convocar la convención que convertiría la obra doctrinaria en obra de derecho positivo, sin controversias, sin discusión y sin reservas obstaculizadoras.

Creemos sinceramente que mientras no se cambie fundamentalmente la técnica que se ha venido empleando hasta aquí, para la codificación, ésta será imperfecta, y no podrá progresar, por lo mismo, el desenvolvimiento de las relaciones internacionales de orden privado. La ciencia quedará estacionada, vencida, si se quiere, por el imperio irrestricto e inconducente de la soberanía de la ley de orden interno que, tomada en sentido ilimitado, aleja, cada vez más, el concep-

to de la comunidad internacional de los pueblos; sin que dejemos de recordar, por otro lado, que esa comunidad de instituciones jurídicas que perseguimos, vitalizaría la doctrina del inmortal Savigny, porque haría posible una estructura internacional, que por su gran autoridad, asegure la paz y el progreso de los pueblos.

Creemos y seguiremos creyendo que el desarrollo del Derecho Privado Internacional moverá, de modo espontáneo y natural, el desarrollo y prestigio máximo del Derecho de Gentes.

Una vez expuestos los puntos anteriores, es del caso ceñirnos al contenido mismo de la cuestión novena que no hubiéramos podido analizar, sin que previamente consideráramos el punto capital de cómo deben apreciarse la unificación, la uniformidad y la codificación.

Nos parecería insistir demasiado, si dijésemos que todo procedimiento, para ser lógico, no puede por menos que admitir que la codificación realizada ya en una convención que cree o fije el derecho positivo, debe ser el proceso final, al que solamente se puede llegar cuando se ha trabajado suficientemente en el ánimo de las Altas Partes, para lograr la unidad de los conceptos coordinadores del Derecho.

Para ello, lo más indicado sería contar con la cooperación de los organismos de carácter particular, entendidos éstos como colaboradores directos de las comisiones Permanentes de carácter oficial. La gran obra de la concordia jurídica del Continente Americano requiere la más perfecta división del trabajo, aprovechando, desde luego, las entidades que hasta aquí han sido creadas por la obra conjunta del Panamericanismo.

No debemos olvidar que la vida contemporánea se caracteriza, como muy bien lo expresa el profesor Pillet, por una creciente compenetración recíproca que se encuentra sin embargo, con la valla del Derecho Privado, diferente y nacionalizado en cada país. Si este aspecto llega a eliminarse, es claro que la comunidad jurídica, no como teoría, sino como obra real, será el factor más dinámico que saque la evolución actual del proceso de estancamiento, que ha hecho decir a algunos autores que, en el orden internacional, prevalece todavía aquel estado de naturaleza, que sirvió a Rousseau para explicar su contrato social, como base y origen del nacimiento jurídico de la sociedad civil. Es hora, pues, de que nazca la verdadera sociedad internacional; y su matriz ge-

nitora, no es otra que la convicción jurídica común de los pueblos, sobre el sustentáculo de las instituciones jurídicas, realmente equivalentes, del Derecho Privado.

Ahora, en lo que se refiere al procedimiento, o sea, al modo de actuar, entendemos que los organismos legales de carácter particular deben tener dos clases de funciones distintas: (1) Preparación de un esquema en que conste claramente expuesto, el Derecho Internacional Privado (civil, procesal, comercial etcétera, trabajando por grados) de su propio país, para remitirlo a la Comisión Permanente de Legislación Comparada de la Habana; (2) Preparación igual de un esquema en el que conste la calificación de las instituciones jurídicas del Derecho Civil, Comercial, Procesal etcétera, así como los sistemas reguladores del estatuto personal, para enviarlo a la Comisión Permanente de Juristas de Lima, que debe trabajar sólo en la unificación y en la uniformidad del Derecho Internacional Privado, según hemos definido estos términos.

La Comisión Permanente de Legislación Comparada debe, a su vez, hacer el gran cuadro comparativo, con los datos suministrados por las entidades legales particulares, y remitirlo a la Comisión de Juristas de Lima, la cual podrá con esos datos, presentar a la Comisión de Codificación de Montevideo una sinopsis General, ya codificada, y contentiva de la naturaleza propia de las instituciones de cada país, de sus normas de conflictos de leyes, de sus sistemas de estatuto personal, etcétera.

A su vez, la Comisión de Codificación de Montevideo realizará la que hemos llamado codificación doctrinaria, admitiendo los sistemas mayoritarios y las calificaciones seguidas por el mayor número de Estados, incorporando sintéticamente la doctrina científica de mayor trascendencia en el Derecho Internacional contemporáneo.

Aquí terminaría, la obra de las entidades particulares y de las comisiones permanentes, y quedaría la realización intermedia (diplomática) de aceptación por parte de los gobiernos de ese código doctrinario, antes de reunirse la Convención de Codificación.

Como las comisiones particulares y oficiales nombradas tienen o deben tener carácter esencialmente técnico, pediríamos que, para su integración se hiciera intervenir a las universidades de América, en lo que corresponde a la elección, porque la gestación del código doctrinario es más jurídica que

diplomática, y la labor a desplegarse para su aceptación por los gobiernos es más diplomática que jurídica.

Y por eso, respondiendo de paso a la pregunta del numeral octavo del tema único, diríamos que es más conveniente crear una comisión compuesta por dos diplomáticos de cada país, de alto prestigio y respetabilidad, para gestionar ante las cancillerías la aceptación de la codificación doctrinaria mencionada, de lo que sería establecer un Instituto de Juristas del Hemisferio Occidental. Es preferible no crear más institutos técnicos, sino aprovechar la acción de los que existen ya; pero, como éstos no pueden entrar en gestiones políticas y diplomáticas, por su labor esencialmente técnica, es procedente crear la comisión de diplomáticos a la que nos hemos referido y que podría llamarse: Asociación Permanente de Coordinación Jurídica Continental, para obtener, por todos los medios posibles, el acuerdo de las Altas Partes Contratantes, con anterioridad a la reunión de la convención codificadora definitiva.

He aquí nuestro modo de pensar con respecto al tema que hemos escogido, y hemos procurado exponer con la mayor claridad y sinceridad, como conviene a la intensidad de una obra que, en el futuro, sellará la fraternidad más auténtica del Continente Americano.

El Dr. Salazar Flor, Prof. de Derecho Internacional Privado, Ex-Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Central, Consultor Jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores, etc., nuestro distinguido consocio, es uno de los colaboradores del libro publicado en Washington por International Law, Public Law and Jurisprudence. Su valioso trabajo, con el ánimo de que sea conocido por los lectores de esta Revista, lo reproducimos gustosamente.

C A R L O S S A L A Z A R F L O R

CLAMOR A VOLTAIRE

"Ellos han derribado la Estatua de Voltaire..."

Simone Tery

"Futuro". México.

"Y adoraron al dragón que había dado potestad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: "¿Quién es semejante a la bestia, y quién podrá lidiar con ella?"

Apocalipsis, 4 13.

I

EL MAGO

Alarife, Gran Mago, Capitán—Almirante
De tu nave cargada de laureles y leones,
Engastando en la frágil, señorial, calavera
—Como un crisoberilo— tu sonrisa estupenda,

Patriarca de Ferney, hombre agudo y Gran Cruz,
Junto al hondo y moreno ombligo de mi América,
Asomado a la Sangre, desde el gran estampido
De mi Siglo, levanto mi puño encabritado;

Alzo el puño en martillo, y mi hostia stalinista,
Y te grito, con grito de ciudades cuarteadas,
De montañas hendidas y de mares sangrientos:
"¡Amigo, ven, ayúdanos! ¡Salva la Libertad!"

Caudillo de la Gracia, Señor de la Sonrisa,
En París andan sueltos los carneros de Prusia,
Talandos los follajes del bello Luxemburgo
Y hundiendo, bajo la uña, los jardines de Francia.

Picó al macho cabrío la abeja de tu risa,
Y él embistió tu Estatua y se quebró los cuernos.
Después, quemó tus libros. Después, fundió tu bronce...
¡Pero tu abeja vuela por las Cinco Academias!

Pero tu abeja vuela, pero queda tu lirio
Alado y tintineante sobre las Tullerías,
Saltando como un pájaro de seda entre los leves
Jardines enlutados de tu ciudad sin luz.

Del bronce de tu Estatua nace un río
De lava luminosa donde tira Lutero
corazones de bueyes teutones y boñigas
De Fichte, junto al belfo de la bestia voraz.

Patriarca de Ferney, qué te importa la bestia,
Dónde queda la bestia, qué te vale la bestia,
Si los hijos de madre, paridos de la sangre,
Tenemos en tu risa juguete y oración.

Si el mundo dá la tónica de tu gracia, si el pueblo
—Al que tú amaste siempre, más que a la alta Madame
La Marquise de Mimeuse— quebró picas al muro
De la Bastilla, en nombre de tu gran carcajada.

Si burlaste marqueses, si amaste nobles damas,
Si alcanzaste ochenta años por vencer al Rey Luís,
Si al coronar tu busto la Comedia, reiste,
Si tu risa bendijo a América en Franklin:

¿Qué puede hacer contigo el toro azul de Nietzsche,
Ni el cabro gris de Spengler, rebañego y teutón?
Tú, ante el circo de Goebbels, sonries con Gavroche,
Y el señor Lamartine festeja la ocasión...

Incólume Patriarca, tu risa está volando
Por el "Templo del Gusto" como una avispa de oro.
Y tu mano estrangula arzobispos y reyes,
Y el tálamo compartes con los príncipes mozos...

Han fundido tu bronce. Te robaron tu bronce.
Quieren hacer el arma que mate a "Micromégas".
Se quedan con el bronce... ¡Pero es tuya la risa!
¡Pero es tuya la risa que hace cuajar estrellas!

Patriarca de Ferney, faltan tus madrigales
 En esta hora de barro, de aceites y cenizas:
 Ulrica y Guillermina y el Grande Federico
 De Prusia, en el estruendo, te buscan y te invitan.

París —el de Ninón y los socios del Templo—
 Olympia, y tu enemiga la Pompadour, y el paje
 De Rohan-Chabot, con todos sus bastonazos viles,
 Y el abate ceñudo Chateneuf, y los muslos

De seda de la dulce Chatelet, y el pocillo
 De café —duende negro que te mordió los nervios—
 Te llaman, y te gritan, y te buscan conmigo:
 ¡Viejo Fauno del Bosque de la Eterna Alegría!

11

EL CLAMOR

En la hora de la Lágrima, en la hora del Gemido,
 ¡Cómo falta tu risa, Patriarca, para el Mundo!
 Todo es clamor y fiebre, todo es garra y herida,
 Todo sangres y hierros y fauces y desgarros.

En la hora de los turbios alaridos del Fuego,
 En la hora del Pantano, de la Selva y la Hiena,
 En la Segunda Edad del Mammuth y del Reno,
 En la hora de los cuernos del Rhin enfurecido;

En esta hora de azufres, y medusas, y plasmas
 Horrendos, y trilitas, y ázoas de podredumbre,
 En esta hora de espina, de dardo, de espoleta,
 Y de uñas arrancadas, y fémures rompidos,

En la hora de la roña universal, del lobo
 Nocturno, del chacal famélico y bermejo,
 En la hora donde llueven paraceves de sangre,
 En la hora en que, estuprada, la bella Diana muere;

En la hora de hoy que clava lo cárdeno y la llaga,
 En la hora de los vientos cargados de estampido,
 De vinagre, de sangre de los recién nacidos,
 De vientres fornicados, de cráneos remolidos,

En la hora de Varsovia y en la de Stalingrado,
En la de los rehenes de pelo encanecido,
En la hora de la luna de Lídice, vaciada,
En la hora de las vírgenes que caen sin sentido,

En la hora honda, sin voz —hora de la muerte honda—
Y del hondo cañón, y de la honda centella,
De cuervos y de perros morados, y montañas
De alaridos, y reses humanas desolladas,

En la hora de los lirios que enmudeció la tromba,
Y los peces tremantes de carnazas humanas,
Y las bocas que mueren sin los besos de Cristo,
Y la carne en la púa del alambre, y la mente.

En la madre, en la novia, en el humo oloroso
Del hogar, en la espiga donairoza y ventruda;
En esta hora parida de la entraña de Pathmos,
Y que no tiene nombre, ni crisma, ni sentido,

Patriarca de Ferney, apóstol de oprimidos,
Amigo de llagados, agresor de agresores,
Desenvaina tu risa y triunfa desde lo alto,
Y aplasta con el peso de tu estirpe al gusano.

Yo, el Poeta, te grito: mi corazón de rosa
Al borde del pantano te ensancha sus clamores:
¡Enciende el Infinito con tu risa de polvo
Y alumbranos, y manda soltarse a tus leones!

Cuenca. 1943

LA EDUCACION MUSICAL EN LA NUEVA CULTURA DE AMERICA

CONTRIBUCION ECUATORIANA AL ESFUERZO CONTINENTAL:
EL SINDICATO ECUATORIANO DE ARTISTAS MUSICOS

Antecedentes.— La decadencia uniformemente acelerada del arte musical en casi todos los países indoamericanos obligó, en otro instante y por más de una vez, la sincera exposición de mi pensamiento. El comentario sin velos, especie de diagnóstico indispensable y eficaz, si lo realizaban espíritus clarividentes y mejor preparados que el mío, parecía ser un imperativo del momento histórico, a menos que quisiéramos alcanzar hasta las últimas consecuencias de una deplorable postración artística. Pero aquella hora no ha pasado ni concluido la misión para ninguno de cuantos se interesan por dar a la nueva cultura de América su estructura integral y el acervo máximo de la esfera de valores espirituales.

Necesidad de la autocritica.— Antes de ocuparnos con laboriosos programas técnicos o didácticos de elevado jaez, dirigidos a convertir a nuestros noveles músicos en adalides de una gran cruzada artística y a nuestras jóvenes repúblicas en emporios de un arte popular depurado, se impone la conveniencia de ver y rever los factores ambientales e individuales y los de la "hora" cultural del mundo, que han de ser tomados en cuenta para su utilización o transformación; factores y fuerzas cuyo dominio hemos de alcanzar incuestionablemente, si aspiramos a la conquista del futuro.

Imposible agotar la etiología, tan frondosa como el vivir contemporáneo, de la decadencia musical de América

o de nuestro país. Al propósito mío bastará que mencione algunas causas principales, susceptibles de modificación, previo un concienzudo estudio.

"Se habla mucho de la corrupción del público. Pero ¿quién lo ha pervertido? Vosotros los compositores virtuosos"—, dijo Shumann, hace cien años. Hoy parodiaríamos: ¡Vosotros, los instrumentistas condescendientes, los malos profesores y los falsos folkloristas!

He señalado ya las siguientes, entre las causas de negativismo en la evolución de la música americana:

1.— La progresiva mediocrización del gusto público, resultante de la formidable actividad saturadora de la radio, apenas contrarrestada, y tal vez empeorada, por esas interpretaciones orquestales de obras, sinfónicas o típicas, que la lucha comercial demanda. Obras enhebradas para el cine sonoro-musical con hilos melódicos arrancados al clasicismo puro y metamorfoseados, cambiándoles de "color" armónico y de ritmo: el **Claro de luna** convertido en fox con variaciones, o la **Patética**, en espasmódica rumba.

2.— La preparación artística nula o, lo que es peor, defectuosa de la niñez y de la juventud, en escuelas, colegios y universidades; porque no se ha llevado hasta ellos la obra educativa de los conservatorios; porque no se ha penetrado en el aula mediante el "concierto escolar", sencillo, selecto y explicado. Porque, tampoco se ha creído necesario o posible —ni en los medios profesionales ni en los cultos, en general— reaccionar contra ese maléfico influjo, sentido por todas las personas conscientes, de la mecanización musical estandarizada.

3.— La perfecta desarmonía entre los profesionales músicos de muchos de nuestros países, que ni por instinto de conservación logran liberarse de egoísmos misérrimos, arrancando de sus ojos la venda que les impide distinguir esta verdad tan objetiva: si los músicos —ejecutantes, profesores, directores o compositores—, perfectamente unidos, declarasen su incomformidad activa, explícita y combatiente por la acción educacional creadora, de la buena música, frente a las exigencias del gran público y, por tanto, de las empresas de broadcasting y frente a la incomprensión de los poderes públicos, que en materia artística excusan sus desaciertos con un secillo encogerse de hombros; si los músicos, digo, así procedieran, los resultados les favorecerían a ellos, en primer término, y luego a la sociedad.

Plan de acción.— Este plan y los mejores procedimientos a emplearse en la poderosa campaña defensiva y reconstructiva del arte americano, campaña modeladora del ambiente en que ha de desarrollarse la nueva cultura de América, deben ser elaborados, de común acuerdo, por las Secretarías de Educación Pública, los sindicatos de músicos, los de escritores y artistas, las asociaciones de buenos aficionados y los conservatorios —éstos, ante todo como organismos de consulta y control técnico—.

Las cuestiones a estudiar y reglamentar de modo inmediato y preferente, serían: 1.^a.— a) La música en la escuela; b), en la educación secundaria y superior; c), en los medios obrero y campesino.

2.^a.— Las transmisiones radioeléctricas, controladas en extensión, intensidad y calidad de sus programas. Fomento y restricciones.

3.^a.— El paro forzoso de orquestas, causado por el desplazamiento del cine sonoro. Ayuda urgente al profesionalismo.

4.^a.— Las orquestas sinfónicas, municipales o nacionales, subvencionadas.

5.^a.— La música universal y la folklórica, en sus relaciones más útiles y posibles, entre sí y como factores educativos y de colaboración con las artes hoy evolucionadas sobre principios científicos.

6.^a.— Las ciencias físicas, por la invención de los instrumentos eléctricos, en su influencia posible sobre el perfeccionamiento de la música. Previsión de peligros y aplicación de ventajas.

Importancia educativa de la música.— Lugar común es el obligado elogio de la música y su valor educativo. Ningún prólogo de tratado musical sabe prescindir de la empalagosa divagación; pero esos mismos prologuistas no han aplicado siempre el oído y el corazón al ambiente en que viven y a la tarea que en los organismos educacionales ha de emprenderse para transformar aquel. Si hubieran aplicado atentamente su oído y corazón, habríanse maravillado, ellos mejor que sus lectores, de la vitalidad y eficacia del arte de los sonidos aplicado a las actividades educacionales.

Por desgracia, hemos de constatar que los beneficios innumerables de la difusión radioeléctrica y del cine, enumerados con ardiente elogio por cualquier espíritu ingenuo o por los mismos empresarios usufructuantes, bastan para empañar la transparencia de un pensamiento batallador que

se aplique, limpio y perspicaz, al estudio de lo que llamaré **decadencia musical por saturación de lo mediocre.**

América ha visto transcurrir cuatro siglos en la clarificación de su realidad social y política y en el hallazgo de su sentido histórico, y nace al mundo de la cultura musical cosmopolita en una hora de confusión, llevando su inmenso aporte de autoctonismo, que derrocha sin cristalizar en cánones de perduración.

Preparación de los músicos para la nueva cultura.—

En otra oportunidad he dicho que los músicos han menester de mucho espíritu de sacrificio y de maduro estudio para que la evolución de la música, en nuestros países, no aminore su ritmo, como parece irremediable; que los compositores no se satisfagan con la pequeña forma; que los profesionales de la música no luchen entre sí. Que no se adultere o falsifique la índole y verdadero espíritu de la melodía autóctona. Esa adulteración a la que se halla expuesto un producto, en cuanto se vuelve exportable, y a la que no escapó la música española ni la de Oriente, por obra y gracia de los empresarios hollywoodenses; esa adulteración o metamorfosis deformativa que es evidente en la más extendida y moderna de las ritmificaciones musicales, o sea, la influencia negroide, representada por el jazz. El **blue negro**, como el **cante jondo** español, es de un lirismo profundo y tan intenso, como que la potencia expresiva y el lirismo de que son capaces los pueblos explotados no tienen paralelo entre los pueblos de vida fácil y realmente humana. Ternura, tristeza, fe, sinceridad faltan en esas melodías recortadas por el sensualismo de los hombres cultos y el sensacionalismo de los empresarios, que confeccionan aquella música para el cabaret, con la misma premura y despreocupación con que recortan los trozos de *rosbeef*, o embotellan los licores falsificados.

Los materiales: canto, danza y música pura.— Bien seleccionados deben ser los materiales de la nueva educación musical, para que sean reales, aunque invisibles, por hondos y sutilísimos, los resultados de la enseñanza de la música, y llenen necesidades de sentido no sólo espiritual, sino biológico, y de alcance tanto nacional como ecuménico.

El problema de utilizar la música en función educativa del sentimiento y del espíritu nos ofrece, entre otros, este interrogante: ¿bajo qué forma será más accesible y asimilable la música para la captación de sus virtudes más pro-

fundas, que no están expresadas precisamente por su función recreativa? ¿canto, danza, música pura . . . ?

Si esta duda ha sido resuelta casi siempre a favor del canto, mi opinión es que se debe estructurar cuanto antes un plan integral, en el que la danza —gimnasia rítmica, musicalización específica— y la música pura desempeñen el rol a que son por igual acreedoras.

En cualquier caso, la médula de toda metodología de la música se resume en evitar la aridez, fatigosa y deprimente para la sensibilidad tanto de los niños como de los adultos.

El valor de la música instrumental pura en la educación es desconocido entre nosotros, porque dificultades de toda índole, que ninguna voluntad de educador ha superado, impidieron su reconocimiento y exaltación. Hablamos de aquella música de singular poder liberatorio que, buceando en el subconsciente, arranca de lo más escondido del psiquismo tesoros de emoción que permanecerían olvidados por siempre, de no mediar tan poderoso influjo; hablamos del sentimiento cósmico exaltado en un momento de entrega psíquica sin condiciones, sin propósito ulterior; entrega del ave en el columpio del viento.

Contribución ecuatoriana al esfuerzo continental por una nueva cultura artística.— ¿Han mejorado los tiempos para la educación musical ecuatoriana? ¿Mejorarán en un futuro próximo? La respuesta no corresponde únicamente a los profesionales, sino más bien a los gobiernos.

¿Es factible incorporar la buena música, la de la melodía, los timbres y el color armónico puros, a las actividades educacionales? Sí; con ciertas condiciones, métodos y a favor de especiales circunstancias. Mediante la colaboración de los conservatorios, de las organizaciones filarmónicas, de las escuelas fiscales y particulares, de los establecimientos educacionales medios y superiores y de todas las entidades culturales: he aquí el mayor empeño del Sindicato Ecuatoriano de Artistas Músicos, recientemente organizado en la capital del Ecuador.

La antedicha organización ha nacido como consecuencia de haberse meditado sobre problemas urgentes como éstos:

1º.—La necesidad ineludible de agremiación nacional e internacional de los músicos, singularmente americanos.

2º.—La conveniencia de orientar la educación musical en escuelas y colegios, como efecto y causa de una intensa

labor de los conservatorios, a fin de que sean los beneficiarios de su propia actividad, ya descubriendo, ya fomentando aficiones en todas las capas sociales, ya creando un mercado mejor para su arte. El empeño del Sindicato Ecuatoriano de Músicos es el de que los conservatorios colaboren con la educación primaria, secundaria y superior, en forma activa y orientadora.

3.— La reglamentación concienzuda de la difusión musical radioeléctrica.

4.— El mejoramiento económico, social, intelectual y espiritual del músico, que ha de basarse en su propio esfuerzo y en la conjunta labor de las asociaciones locales, regionales, nacionales e internacionales de los músicos de América.

La contribución ecuatoriana al esfuerzo continental por una nueva cultura artística se halla representada substancialmente en el estatuto que guía la acción del Sindicato Ecuatoriano de Artistas Músicos.

Quito. 1943.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

LA MUJER DE PIEDRA

"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
y más la piedra dura porque esa ya no siente."

Rubén Darío.

Del golpe del artifice, duro y seco, la piedra
alcanzó los contornos de una mujer yacente.
Sobre su cuerpo vuelan los vientos insensibles,
no hay nada en su cabeza que inquiete o que conmueva,
el torso tiene móvil ilusión, y en los pechos,
hay la sorpresa muda que nunca ha de verterse.
Los muslos están quietos, por más que el vital ritmo,
nos diga del combate sin fin que hay en la tierra
y los brazos caídos, distensos, son inútiles,
pues la mujer de piedra no habrá de defenderse...
¿De qué? Sobre su oscuro simulacro, los árboles,
en sombra unánimista podrían extenderse;
los pájaros del cielo no bajarían raudos,
para en su seno tardo beber ni suspenderse.
Flechas del sol tan solo clavan sus dardos áureos
sobre esa cabellera de nunca estremecerse
y nuestras esperanzas, tejidas desde siempre,
hallaran la dureza mayor para perderse.

¡Ah!, que angustia de siglos, que aliento retenido,
que sed de filtros hondos, la que ahora tuviera
esa mujer de piedra, que cansancio inaudito,
recostada sin sueño, si la piedra sintiera!
Pero en su labio pétreo, el canto nunca dicho,
es la verdad mayor que labran los silencios.

Podeis buscar su grito con la pica, y herirla,
y la saltante astilla, desde su pecho inerte,
os dirá de la entraña compacta, sin dolores,
de la total molécula de la piedra sin muerte.
Figurada despierta, pero más que dormida,
privada del color, del vuelo y del augurio,
sin paz ni sobresalto, sin adánicos sinos,
sin sabor ni esperanza, su paraíso es este,
sin luz, bajo el fulgor del mundo, e insaboro
mientras la sal conserva y melifica el fruto;
sorda junto al rumor, ciega bajo los astros,
antítesis del pájaro, de la brisa y del agua,
de todo lo que pasa, de la flor y el minuto.
Jamás os respondiera y nunca os engañara,
ni pródiga, ni astuta; ni ternuras, ni frío;
ni celo, ni pesares, ni abrazo, ni amargura;
ni recuerdos, ni anuncios, ni pavor, ni desvío,
ni fuerza de explosiones como en la primavera;
ni cansancio, ni duda, ni posesión, ni hastío...
—¡Cuántas cosas callara, si la piedra sintiera!—

Sin los frutos fecundos que son dolor, retoño,
alegría también, destrozo, fiebre, anhelo,
detenida en un punto del espacio, estatiza
esta mujer de piedra, los contornos del suelo.
No buscará las ramas del sustento. Ni cuantos
la miren, desearán sus formas en desvelo.
Para moverla, obreros fornidos usarían
como en labor de lucha, las palancas de hierro,
y cien ángeles arduos no pudieran alzarla
hacia donde se alarga la dulzura del cielo.
Y si mi amiga un día quisiera retratarla,
sus pinceles que hicieron la Virgen Reina, habrían
en un óleo, terroso, por fuerza, de mojar-se.

Mujer de piedra, estatua del silencio tendido
cara al sol, a la lluvia, al confin y al vacío.
Soledad que no siente, sordera que no sufre,
conformidad en gris, residuo de infinito,
Mujer de piedra, ausencia del pensamiento, ausencia
de la nostalgia, ausencia del bien y el mal... Alguno
que te advirtió en el fondo del patio soledoso,
en tu mudez inánime, creyó como Darío,

en esa dicha inerte de la piedra insensible,
que ignora su dureza, su asperidad, su frío,
la dicha de la piedra, más que del árbol, — suerte
de crecer floreciendo, reventar y caerse,
en las hojas oscuras y en el tronco con muerte.—
Más en no poseyendo ni un corazón silvestre,
Mujer de piedra, acaso tu dicha sorda suene
cuando la dinamita explore entre sus sienes,
y con toda su estrella y su podre, parece
más dichosa la entraña que no sabes ni tienes,
la que alza ahora a mis ojos el llanto que humedece
el paisaje de sangre donde los hombres mueren,
que refleja el recuerdo de otras vidas, y baña
ese presentimiento de otros caminos fieles,
cuando recoja Dios mi corazón sin paso
y lo entregue al moldeante decurso de sus leyes.

Quito. 1943.

A U G U S T O A R I A S

MANUELA SAENZ, LIBERTADORA DEL LIBERTADOR

(Continuación)

IV

Bolívar desembarcó en el Callao, el 1º de setiembre de 1823, en medio del repique general de las campanas y del estampido ensordecedor de los cañones, lo que revelaba la alegría del pueblo, por la trascendencia sin igual del hecho: el Perú iba a confirmar su independencia, mediante la acción libertadora del Padre de la Gran Colombia. Por la tarde, éste siguió con dirección a Lima, donde los hijos de la ciudad lo condujeron en hombros hasta la casa fijada para residencia. El entusiasmo era general, pues, se sabía que, con el arribo del hombre que había hecho vibrar las páginas de la historia americana, terminarían las disidencias existentes entre los mismos elementos libertarios.

En efecto, con anterioridad al hecho que antes queda consignado, extraordinarios acontecimientos habían conmovido la vida del Perú, pues, el General José de San Martín, quien, después de su conferencia con Bolívar, había tenido conocimiento de la reacción registrada contra su Gobierno, declinó el mando respectivo, siendo reemplazado por una Junta de Gobierno, constituida por el General José de Lamar, don Felipe Alvarado y el Conde de Vista Florida. Pero esta situación no se prolongó por mucho tiempo, pues, habiéndose registrado las derrotas de Torata y de Moquegua, la opinión pública reaccionó contra los indicados personajes, quienes, con anterioridad, se habían negado a aceptar los auxilios mandados por Colombia, de acuerdo con el Convenio establecido entre los Jefes de los dos Estados.

En consecuencia, el Congreso accediendo al influjo del ejército acantonado en Lima, depuso a los miembros de la Junta, designando como Presidente de la República, al Coronel José de la Riva Agüero, quien, de acuerdo con las circunstancias del momento, tuvo que abandonar la capital, trasladándose, con el Gobierno, al puerto del Callao. Pero las disidencias se presentaron de inmediato, y, como consecuencia, el Congreso depuso, también, a Riva Agüero, quien, después de conocer la resolución en referencia, acabó con las funciones de aquel. Sin embargo, los representantes se volvieron a construir en Lima, donde designaron para el ejercicio del Poder Ejecutivo a don José Bernardo Tagle, conocido, más bien, como el Marqués de Torre Tagle.

En este estado de cosas, Bolívar arribó a la ciudad de los Virreyes, asumiendo, poco después, la autoridad militar, en toda la República, con las facultades ordinarias y extraordinarias que, a la sazón, se requerían. Además, inició las gestiones necesarias para la reconciliación de los diversos sectores, único medio de realizar una labor de conjunto. Por desgracia, Riva Agüero se negó a todo entendimiento, manteniendo la dolorosa situación que presentaban dos Gobiernos que, sosteniendo la misma causa, no podían entenderse. Hasta que, habiéndose comprobado que este se hallaba en connivencia con los españoles, el Libertador se dispuso a actuar, acercándose con sus huestes, a la ciudad de Trujillo, señalada como sede del Gobierno respectivo. Sin embargo, no fué necesario hacer intervenir la fuerza para acabar con la discolia acción de Riva Agüero, pues, el Coronel Gutiérrez de la Fuente, quién comandaba una de sus mejores unidades, se rebeló contra él, y, apresándolo, lo puso a órdenes de Bolívar, quien dispuso su inmediata libertad, a condición de que saliera con dirección a Europa.

A continuación, el Libertador, después de permanecer pocos días en Trujillo, regresó a Lima, quedándose, previamente, en Pativilca, donde pasó los primeros días de enero de 1824. A la sazón, se hallaba física y moralmente agotado, pues, si las continuas traiciones habían afectado su espíritu, el alza de temperatura, producida por una afección hepática, debilitaba, profundamente, sus órganos. En estas circunstancias, lo encontró don Joaquín Mosquera, quien, habiéndole preguntado qué pensaba hacer en esos momentos, obtuvo, como única respuesta, la que sigue: "¡Vencer!".

Entre tanto, en la ciudad de Lima se tramaba una nueva

deslealtad contra la causa de la libertad americana, pues, el Presidente Torre Tagle, celoso de la popularidad y prestigio del Libertador, había entrado en negociaciones con el General Canterac, Jefe del ejército realista, por intermedio de don Joaquín Berindoaga, Marqués de San Donás, quien, a la sazón, desempeñaba las funciones de Ministro de Guerra del Gobierno libertario. Sin embargo, un hecho inesperado había de adelantarse a estas circunstancias. Y fué que las tropas argentinas que, por entonces, guarnecían el Callao, desconocieron la causa americana, sometiéndose, otra vez, a las órdenes del Rey. Ante estas circunstancias, el Congreso resolvió que Bolívar se invistiera de todos los poderes, a fin de que pudiera conjurar la situación. En efecto, el Libertador se trasladó, con su Cuartel General, a Trujillo, ciudad en la que empezaron a funcionar las Maestranzas instaladas con el fin de habilitar los medios necesarios para la iniciación de la campaña. El Padre de la Patria trabajaba intensamente, pues, a las labores antes dichas, había que agregar las maniobras que, con el fin de alcanzar la preparación correspondiente, realizaban, casi a diario, sus ejércitos. Al fin, en los primeros días del mes de abril, el Libertador dispuso el traslado de todos sus efectivos a la ciudad de Huamachuco, en la que reunió los diversos contingentes con los que, a la sazón, contaba, pues, como se ha dicho, estaba dispuesto a terminar la lucha. Y, así, con fecha 15, decía a Sucre lo que sigue: "Parece que el Genio de la guerra y el de mi destino se me han metido en la cabeza: los enemigos vendrán con ocho mil hombres y como nosotros llevaremos al campo otros tantos, la victoria será nuestra, sin remedio."

Pero he aquí que, en estas circunstancias, una mañana del mismo mes de abril, el General Jacinto Lara, quien contaba con la cariñosa confianza del Libertador, dijo a este lo que sigue: "Mi General, estamos para salir a sablear a los godos y está usted cargando con mujeres: La señora Sáenz ha llegado ayer tarde procedente de Quito, en unión del doctor Bernardo Monteagudo." (1) Bolívar reaccionó, en el acto, pues, según parece, desde su salida de Guayaquil, no había vuelto a tener noticias de su amante. Y era esto, precisamente, lo que había impulsado a Manuela, quien, no pudiendo resistir la tentación que despertaba, en su espíri-

(1) —Carlos Camino Calderón— "Anedoctario de los Libertadores".

tu, el recuerdo del amor lejano, había resuelto desafiar todos los peligros, hasta llegar al Cuartel General de los rebeldes. Al paso por Guayaquil, conoció al doctor Bernardo Monteagudo, que, habiendo sido Ministro del régimen político que presidió, en Lima, el General José de San Martín, se hallaba desterrado del Perú, como consecuencia a los hechos que habían determinado la declinación de este. Desde entonces, el político en mención andaba errante, por las playas americanas, sin medios para regresar a su país: la Argentina. En Quito, trabó relaciones con Bolívar, quien lo hizo concebir esperanzas de enviarlo, con un cargo oficial, a la república de México, lo que no llegó a realizarse, por causas ajenas a la voluntad de ambos. Con posterioridad, viajó hasta Guatemala, donde fué sorprendido por una carta del Libertador, en que lo invitaba a regresar al Sur. Parecía que iba a cambiar su suerte. Y, por esto, se embarcó, el 24 de febrero, en el puerto de Acajutla, con destino a Guayaquil, de donde debía seguir a la ciudad del Rímac.

La coincidencia hizo que Monteagudo, que viajaba por insinuación de Bolívar, conociera a Manuela, que marchaba en pos de éste. Y, de este modo, quedó sellada una amistad que, por el temperamento de ambos, hubo de ser franca, leal y sincera. El viaje se realizó, pues, dentro de un ambiente de comprensión y camaradería, ya que, como lo anota un autor, "la atingencia en materia religiosa, la afición a determinados autores, el despejo intelectual y la virilidad de carácter, eran puntos de contacto llamados a vincularlos." Además, "el sentimiento irónico, la viveza espiritual, un cierto satanismo, lleno de ingenio, constituían los lazos que estrechaban moralmente a estas dos personalidades." (1)

A su paso por Lima, Manuela no se entrevistó con su esposo, que, como se ha dicho, estaba radicado en esta Capital. Siguió, pues, con dirección a Huamachuco, sorprendiendo al Libertador en su tienda de campaña, esto es, en medio de los peligros derivados de la guerra. A partir de este momento, la personalidad de Bolívar reaccionó notablemente ya que, afectado, como estaba, con tantas preocupaciones, había pasado horas de verdadero enervamiento. La presencia de Manuela vino a ser, para él, un remanso en medio del sendero, pues, como es sabido, el temperamento de ésta era propicio a las más joviales expansiones. El amor

(1) —Máximo Soto Hall— "Monteagudo".

renació con la misma intesidad de antes, dando motivo para que los más destacados personajes que, a la sazón, rodeaban al Padre de la Patria, pudieran apreciar las cualidades intelectuales de su amante. Y era que el Libertador, que, ante todo y sobre todo, era hombre, sentía una intensa fruición al comprender la admiración que despertaba Manuela, al hacerla intervenir en las conversaciones que mantenía con hombres de la talla de Sánchez Carrión, el eminente político peruano, quien, como Ministro General, se hallaba en el campamento. Para demostrarlo, bastará recordar el hecho de que, según relación de testigos presenciales, Bolívar gustaba de promover discusiones religiosas, políticas o culturales entre este personaje y el no menos notable Monteagudo, en las que Manuela emitía conceptos llenos de interés y gracia. Sobre todo, en tratándose de asuntos relacionados con los dogmas, "la dama solía poner, con su acostumbrada exageración, la nota cómica en sus alegatos, provocando la risa general, y, muy especialmente, la del Libertador" . . . (1)

Al fin, llegó la hora en que Bolívar debía salir a campaña, atravesando, para esto, los horribles desfiladeros de los Andes por sendas que, además de ser pendientes y resbaladizas, habían sido trazadas al borde del abismo. Esta circunstancia hacía que sus huestes tuvieran que marchar en columna de a uno, bajando a barrancos profundos, para, enseguida, subir a alturas vertiginosas. Por esta razón, Manuela no pudo seguir la marcha respectiva, pues, aunque valor y entereza le sobraban, no tenía derecho a desoír los designios de su amante. A fines del mes de mayo, estaba otra vez sola, en Huamachuco, desde donde seguía, día a día, el proceso de las operaciones, aunque sin recibir noticias del Padre de la Patria, quien, obsesionado, como estaba, en las actividades del ejército, apenas si tenía tiempo para pensar en ella. Esto preocupó, profundamente, su espíritu, y, creyendo que se trataba de olvido indefinido de quien era, para ella, la única razón de su existencia, no vaciló en dirigir al Capitán Juan Santana, Ayudante de Campo del Libertador, la carta que, a continuación, se copia:

(1) —Máximo Soto Hall— "Monteagudo".

"Huamachuco, 28 de mayo de 1823.

Al Capitán Santana.

Mi amigo: Las desgracias están con migo. Todas las cosas tienen su término: el General no piensa ya en mí. Apenas me ha escrito dos cartas en diez y nueve días. Qué será eso? Usted, que siempre me ha dicho que es mi amigo, me podrá decir la causa? Yo creo que no, porque usted peca de callado. Y que yo le pregunte a usted!... Pero, a quien, pues le preguntaré? A nadie, a mi mismo corazón, que será el mejor y único amigo que tengo.

No será usted temerario. Se acordará usted en mi ausencia, que soy muy amiga de usted.

Manuela.

P. D.— Tenga la bondad de decirme si allí se halla el señor Comisario Romero, que me precisa saberlo. Adiós, hasta que la casualidad nos junte, que yo estoy muy mala y pueda que muera de esta porque yo no quiero vivir tampoco más. Ya basta. No le parece?"

A través del documento transcrito se pone de manifiesto el temperamento apasionado de Manuela, que, al no tener noticias directas del Libertador, no vaciló en dirigirse a uno de sus subalternos, en demanda de las mismas. Por desgracia, no se conoce la respuesta que hubo de dar el Capitán Santana, quien, además de ser un hombre de temperamento frío, no contaba, según parece, con la absoluta confianza de su Jefe, que, a pesar de esto, sabía reconocer su profundo sentido de hermetismo. Así, por lo menos, lo anota el General Luis Perú de Lacroix, en el "Diario de Bucaramanga", al poner los labios de Bolívar, los términos que, a continuación, se copia: "No es militar, aunque viste el uniforme, y no veo que destino civil se le podría dar, en razón de su indolencia canónica y de su ninguna experiencia en los negocios públicos. Pero sabe guardar los secretos y esta es una cualidad que yo he sabido apreciar."

Con estos antecedentes, es de presumir que la respuesta del Capitán Santana no fué tan amplia como quería Manuela, quien, por su parte, se adelantó a anunciar el resultado, al decir que "peca de callado". Pero, sea de esto lo que fuere, la verdad es que, poco despues, salió con destino a Lima, donde, como es sabido, se hallaba su marido, quien, en el acto, trató de reanudar la vida conyugal, interrumpi-

da con el viaje de su esposa a Quito. Desde luego, todos los esfuerzos resultaron inútiles, pues, como es fácil deducirlo, Manuela continuaba viviendo, espiritualmente, al lado del Libertador, cuya actuación seguía paso a paso.

Entre tanto, Bolívar se acercaba, cada vez más, al pínaculo de la gloria, pues, el 6 de agosto, desbarataba la caballería realista, en los campos históricos de Junín. A continuación, cedió el Comando Supremo de las Fuerzas al General Antonio José de Sucre, retornando, meses después, a la ciudad de Lima, donde entró el 7 de diciembre de 1824. Dos días más tarde, se afirmaba, en los campos de Ayacucho, la libertad del Nuevo Continente.

Con estos resultados, el Libertador podía dedicarse a disfrutar de la apacible tranquilidad de la paz, entre los brazos amorosos de Manuela. Esta era su voluntad, no obstante los múltiples problemas del Gobierno. Consecuente, pues, con sus deseos, convocó la Asamblea Constituyente, que debía reunirse el 10 de febrero de 1825, por considerar que habían cesado "las circunstancias lamentables que obligaron al Congreso a crear la autoridad extraordinaria de la Dictadura, y la República ya está en el caso de constituirse y organizarse como le parezca." Hasta tanto, continuaría en el ejercicio del Poder Ejecutivo, encausando, discretamente, la organización del mismo.

Durante este período, Bolívar y Manuela se vieron con frecuencia, no obstante la difícil situación en que se hallaban. Dentro de las esferas oficiales, esta gozaba de las más caras atenciones, pues, "todos los Generales del ejército, sin excluir a Sucre, y los hombres más prominentes de la época, tributaban a la Sáenz las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador" . . . (1)

Al fin, llegó la hora en que Bolívar debía resignar el mando, lo que, en efecto, hizo, declinando su elevada posición ante el Cuerpo de Representantes, constituido en Congreso. Pero esta Corporación, lejos de acatar la resolución tomada por el Genio, le presionó en el sentido de que continuara al frente del Gobierno. Así lo hizo, calmando, de este modo, la inquietud que había despertado en todo el pueblo.

Pero era necesario recorrer los vastos territorios libertados con la acción de su espada vencedora. Y, para esto, el Libertador salió de Lima, el 11 de abril, con dirección a

(1) —Ricardo Palma— "Tradiciones Peruanas".

Arequipa, de donde debía seguir al Cuzco, La Paz y Potosí. En consecuencia volvió a alejarse de Manuela, quien en esta vez, no podía, como antes, salvar distancias y volar a reunirse con el Héroe. Se limitó, pues, a mantener una intensa relación epistolar, a través de la cual se comprueba que, para el Libertador, era un motivo de profunda inquietud la situación en que estaba colocada su amante. Para comprobarlo, bastará transcribir la siguiente carta, a través de la cual se manifiesta el estado de nerviosidad en que se hallaba su ánimo:

"Ica, 20 de abril de 1825.

Mi bella y buena Manuela:

Cada momento estoy pensando en tí y en el camino que te ha tocado. Y veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible situación: por tí, porque tú sabes reconciliarte con quien no amas; y yo, porque debo separarme de quien idolatro. Si, te idolatro hoy más que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión, se me ha multiplicado el sentimiento, de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo.

Cuando tu eras mía, yo te amaba más por tu genio encantador, que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora, ya me parece que una eternidad nos separa porque mi propia determinación me ha puesto en el tormento de arrancarme de tu amor; y de tu corazón justo nos separa de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos daba existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro, tú estarás sola, aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no somos culpables. No, no lo seremos más."

Según se ve, a través de los términos transcritos, el Libertador, fiel a los principios morales que le habían inculcado en la infancia, confrontaba una grave preocupación, como consecuencia natural del estado en que se habían situado las cosas. Y, aún cuando amaba locamente a Manuela, deseaba sinceramente que ésta volviera a reconciliarse con su esposo, como único medio de solventar la situación. Pero, esto, que lo pensaba con toda sinceridad y calma, no era posible realizarlo, sin antes destrozar su propio espíri-

tu, compenetrado, como estaba, con los encantos de Manuela, que eran, para él, una atracción y un aliciente en las horas más duras de la lucha. De allí que, aunque lejos, materialmente, de su amante, no podía, ni por un momento, dejar de pensar en sus encantos, que habían llegado a dominar la personalidad del más grande Capitán que registra la historia americana. Y, así, cuando, por una u otra causa, dejaba de escribirle, recurría a sus amigos de mayor confianza para que, con toda exactitud y acierto, le informaran acerca de Manuela. Para demostrarlo, bastará transcribir los siguientes términos, constantes en las cartas que, con fecha 26 de septiembre, el Libertador dirigió, desde Oruro, al General Tomás de Heres, con quien mantenía una cordialidad estrecha: "No sé nada de mi señora doña Manuela. Por lo mismo, le suplico a usted le haga una visita de mi parte y le pregunte como está."

Entre tanto, el doctor Thorne desarrollaba una campaña de asedio contra Manuela, en su deseo de reconciliarse con la misma. Pero, esta, que mantenía vivo el recuerdo del Libertador, desechaba sus propuestas, en forma muchas veces despectiva, lo que, lejos de desanimar al flemático sajón, constituía un estímulo para que él reanudara sus acometidas. En ocasiones, las cartas llegaban acompañadas de regalos, que, no obstante su significación, eran rechazados por Manuela. Así las cosas, el inglés cambió de táctica y comenzó a mortificar a su esposa, con amenazas, más o menos infundadas. Y esto, que, si, en un principio, no tuvo ninguna importancia para el temperamento fuertemente templado de Manuela, andando el tiempo, se convirtió en un estado de continuo malestar. De allí, que, con fecha 2 de septiembre, no pudiera menos que comunicarle a Bolívar lo que, a la sazón, pasaba. Por desgracia, no se conserva la carta respectiva, pero, por la contestación correspondiente, se puede apreciar el significado de esta. He aquí los términos correspondientes:

"Potosí, 13 de octubre de 1825.

A Manuelita Sáenz.

Mi querida amiga: Estoy en cama y leo tu carta del 2 de setiembre. No sé lo que más me sorprende: Si el mal trato que recibes por mí o la fuerza de tus sentimientos, que, a la vez, admiro y compadezco.

En camino a esta villa, te escribí diciéndote que si querías huir de los males que temes, te vinieses a Arequipa, donde tengo amigos que te protegerán.

Ahora te vuelvo a decir.

Dispénsame que no te escriba de mi letra. Tu conoces esta."

A través de la anterior misiva, se deja ver el cambio de criterio que, en relación con Manuela, había experimentado Bolívar. Antes le preocupaba la situación en que, por él, se había colocado su amante, y, contra su voluntad, le aconsejaba la conveniencia de reconciliarse con su esposo. Ahora, en posesión de últimas noticias, no vacilaba en decirle que, cuanto antes, se alejara del lugar en que se encontraba este, con ánimo de evitar sus continuas asechanzas.

Manuela recibió la carta de Bolívar, y, sin duda, vaciló un instante. En el fondo, temía que las ausencias repetidas hubieran enfriado el corazón del Padre de la Patria, pues, así se lo hacían pensar los prolongados silencios que había tenido durante la campaña y después de concluída esta. Además, salir de Lima, para ir a estar sola en Arequipa, era cosa que no le complacía. Por último, una idea embargaba su mente: y era que, llegado el caso, Bolívar podría insinuarle la conveniencia de que regresara a Quito, lo que constituiría, para ella, una derrota extraordinaria, ya que, volver al lugar que había sido teatro del escándalo, equivaldría a terminarse en vida. Todo esto lo meditó largo y profundamente, hasta que, en forma decidida, escribió la siguiente carta, que, en su notable imperfección, revela el estado de ánimo en que, a la sazón, se hallaba su autora:

"Lima, 27 de noviembre de 1825.

Señor: Estoy muy grave y enferma. Cuán cierto es que las grandes ausencias matan el amor y aumentan las grandes pasiones. Usted que me tendría un poco de amor y la grande separación lo acabó. Pero yo, que, por usted, tuve pasión, que esta la he conservado por conservar mi reposo y mi dicha, que ella existe y existirá mientras viva Manuela.

El General Sandes llegó y nada me trajo de usted. Tanto le cuesta escribirme? Si tiene usted que hacer violencia, no lo haga nunca. Yo salgo el 1º de diciembre y voy porque

usted me llama, pero, después, no me dirá que vuelva a Quito, pues, más bien quiero morir que pasar por sinvergüenza.

Manuela.

P. D. — Estoy con un gran dolor de cabeza y en cama me vió el General Sandes."

Manuela partió, pues, para Arequipa, alejándose de los continuos requerimientos de su esposo. A partir de este momento, hacen falta noticias exactas, con respecto a su persona, pues, sólo se conoce la carta que el Libertador le dirigió desde Plata, que es contestación a una de ella, remitida con un individuo, apellidado Salazar. Bolívar se demuestra nuevamente preocupado por la condición moral de su amante, quien sigue inspirando, en él, una pasión tan grande, que sólo puede expresarse conforme a los siguientes términos:

"Plata, 26 de noviembre de 1825.

Mi amor:

Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta. Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacer soñar con tu espíritu adorable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y admirable a la vez. Deseo verte libre pero inocente, juntamente, porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fué virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé como hacer para conciliar mi dicha y la tuya con tu deber y el mío. No sé cortar este nudo que Alejandro, con su espada, no haría más que intrincar más y más, pues, no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta, de mi amor, en fin, con Manuelita, la bella."

V

El Libertador prolongó su gira política por el Alto y Bajo Perú hasta el 10 de febrero de 1826, día en que retornó a Lima. El recibimiento resultó grandioso, pues, los días en que había estado ausente sólo había servido para aumentar su prestigio. A la sazón, la única preocupación que tenía era la de regresar, cuanto antes, a la Gran Colombia, para rea-

sumir la Presidencia Constitucional de este Estado, ejercida, durante su permanencia en el Sur, por el General Francisco de P. Santander.

Sin embargo, las circunstancias políticas le impedían proceder de acuerdo con sus deseos, pues, con anterioridad, debía designarse la persona que ejerciera el Poder Ejecutivo. Y, para esto, pensó, primeramente, en el General José de Lamar, y, poco después, en el General Andrés de Santa Cruz, cuyas respectivas actuaciones, durante la guerra de la Independencia, eran prenda segura de adhesión a la causa libertaria. Por otra parte, las múltiples atenciones que, a diario, recibía, eran motivos más que poderosos para prolongar, muy a su pesar, su grata permanencia en Lima.

Y era que, desde el momento mismo en que Bolívar fijó su residencia en La Magdalena, lugar situado a cuatro millas de la ciudad de los Virreyes, fué objeto de las más caras atenciones, pues, no sólo los hombres, sino, también, las mujeres, acudían con el fin de reiterarle sus constantes simpatías. La Quinta en mención se convirtió muy pronto en centro de todas las actividades, así políticas como sociales, razón por la cual fué convenientemente arreglada, con el lujo y confort correspondiente a la época. Para comprobarlo, bastará recordar que, según lo dice un distinguido autor de nuestros días, "por aquella época, estaba profundamente adornada con florones dorados, grandes espejos de cuerpo entero, vistosos candelabros artísticos y elegantes arañas de exquisito gusto francés; las alfombras que cubrían el suelo eran riquísimas; los muebles, lujosos; las cortinas de puertas y ventanas, hechas con damasco rojo, estaban recogidas con grandes borlas de seda; y, en los relucientes marcos de los cuadros que pendían de las paredes, cuyas pinturas eran simbólicas, la luz centellaba y ofrecía toda una delicada armonía de colores. Adentro, en el comedor, colocadas en vitrinas de madera pulida, brillaban las vajillas de plata y porcelana, la cristalería, los cubiertos de distintas clases en sus estuches de terciopelo y airosos centros de mesa de diversos estilos y figuras." (1) Dentro de este ambiente laboraba el Libertador, alternando las actividades propias de su cargo, con los bailes y zaraos que se realizaban por las noches, ya que, "después de la firma del Héroe, que autorizaba estas o aquellas decisiones, siempre geniales y de gran significación para

(1) —Eduardo Picón Lares— "Las Quintas de Bolívar".

el Continente, venían la música, las flores, los perfumes, el baile, el champán y el amor: las damas peruanas, delicadas y bellas, atraídas por aquel Sol de los prodigios, se disputaban el brazo para prenderse de él. Las emociones gratas se sucedían unas tras otras, formando una cadena de cordialidad y de recuerdos. Y el Libertador, los grandes Generales de la Epopeya, los Oficiales del Ejército y la concurrencia desbordante, se confundían en las contra-danzas y valeses, se entusiasmaban con los brindis elocuentes, con el sonar de las copas, con el delirio de los vivas clamorosos." (1)

Así se deslizaba la vida del Padre de la Patria, quien, en carta al Vice-Presidente Santander, decía las significativas palabras que, a continuación, se copia: "Es la primera vez que no tengo nada que desear y estoy contento de la Fortuna". Por su parte, el General José Gabriel Pérez, quien, como es sabido, desempeñaba las funciones de Secretario General del Libertador, decía, en carta al Coronel Blanco, los términos que, a continuación, transcribense: "Esta Quinta es una Babilonia, pues, parece que todas las mujeres hermosas se hubieran dado cita para venirnos a trastornar las cabezas: Qué variedad de tipos, de bellezas, de coqueterías. Quien sabe si aquí hubiera sucumbido la virtud del casto José . . ."

Manuela, mientras tanto, continuaba en Arequipa, y, aún cuando, en diversas ocasiones, había expresado sus deseos de volver a Lima, el Libertador la contenía, manifestándole que, después de poco, iría él a la ciudad primeramente dicha. Así se deduce, por lo menos, del contenido de la siguiente carta:

"Lima, 6 de abril de 1826.

Mi querida amiga:

Mucho me complacen tus amables cartas y la expresión de tus cariños son mi placer en medio de la ausencia. Ya digo a Sucre que te recomiendo nuevamente y nada más. A tu mamá que no se vaya, por nada, nada, nada. Mira que yo me voy a fines de este para allá, sin falta. Espérame a todo trance. Has oído? Has entendido? Si no, eres una ingrata, pérfida y más que todo esto: Eres mi enemiga.

Tu amante."

(1) Eduardo Picón Lares— "Las Quintas de Bolívar".

Con todo, poco después Manuela había salido de Arequipa, y, por orden de Bolívar, fijado su residencia en Lima, desde donde viajaba con frecuencia, hasta La Magdalena. Sus relaciones se mantenían aún en forma clandestina, pues, aún cuando eran del dominio de todos, la elevada posición del amante impedía que su concubina fuera a habitar en el palacio. Sin embargo, esta llegaba a aquel tomando las medidas convenientes con el fin de no ser vista por aquellos que, aunque no desconocían sus amores, fingían por lo menos, no haberlos advertido. Así lo hace pensar la siguiente carta que, por carecer de fecha, impide determinar, con exactitud, los días a que se refiere su contexto:

“Señor:

Yo sé que usted estará enfadado conmigo. Pero yo no tengo la culpa. Entré en el comedor y vi que había gente; mandé a llevar candela, para sahumar una sábana, al cuarto inmediato; y, al ir para allá, me encontré con todos. Con esta pena, ni he dormido. Lo mejor es, señor, que yo no vaya a su casa, sino cuando usted quiera o pueda verme. Dígame si come algo antes de toros.

Manuela

Va un poco de almuerzo que le gustará. Coma, por Dios. No?”

Radicada en Lima, Manuela era la admiración de los hijos de Rímac, que contemplaban su belleza, aureoleada con los prestigios de la leyenda. Para todos, era la amante del Libertador y esto era suficiente para colocarse en un sitio especial, dentro del criterio público, no obstante de que las más linajudas damas de las ciudad se le mostraban, por lo regular, esquivas, lo que, para ella, no tenía la menor importancia, ya que “nada hacía para conquistar simpática benevolencia entre los seres de su sexo”. (1) A menudo, se le veía salir “cabalgando a manera de hombre, en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dormán rojo, con brandeburgos de oro, y pantalón bombacho de cotonia blanco”. (2) Su porte era distinguido, realzando la belleza de su rostro, con dos anillos de oro y coral que usaba como pendientes. . .

(1 y 2) —Ricardo Palma— “Tradiciones Peruanas”.

Desde luego, el doctor Thorne, con la constancia propia de los hombres de su raza, no perdía la esperanza de reconquistarla, para lo cual había vuelto a enviarle cartas, adjutándole sumas de dinero, que, en ocasiones pasaban de trescientas onzas. Manuela devolvía unas y otras, pues, según el General Daniel F. O'Leary, quien, por ser Edecán del Libertador, tuvo ocasión de tratarla con frecuencia, era "el ser más desinteresado que he conocido" (1)

Pero si las cartas de su esposo no lograban conmover su corazón, en cambio si servían para despertar el celo del Libertador, a quien, según parece, Manuela, en sus ratos de desconfianza, amenazaba con la idea de reconcillarse con él, para seguir, acto continuo, con destino a Londres.

Esta debe ser la razón de la siguiente carta, correspondiente al mes de julio del año en referencia:

"Mi adorada:

Con que tú no me contestas claramente sobre tu terrible viaje a Londres. Es posible, mi amiga? Vamos! No venga con enigmas misteriosos. Diga usted la verdad y no se vaya usted a ninguna parte. Yo lo quiero, resueltamente. Responde a lo que te escribí el otro día, de modo que yo pueda saber con certeza tu determinación.

Tu quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos. A que tú no me quieras como yo. Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aún con Dios mismo.

A la mujer única, como tú me llamas a mí.

Tuyo."

Manuela no fué a Londres, ni se reconcilió, tampoco, con su esposo. Siguió, pues, en Lima, acudiendo a la Magdalena, cada vez que convenía, con Bolívar, la cita respectiva. A veces, amanecía en el palacio, cuyo aposento —con su lecho adornado con regias colgaduras carmesíes; su velador, sobre el cual descansaba un rico florero de bacarat; etc.;— era, para ella, familiar. En efecto, se dice que una

(1) —Daniel F. O'Leary— "Memorias".

noche que encontró un arete en la cama del Libertador, cargo, contra éste, en tal forma, que hubieron de acudir los edecanes...

Al fin, los acontecimientos políticos requirieron imperiosamente la presencia de Bolívar en Bogotá, pues, en Caracas, el General José Antonio Páez había desconocido el Régimen Constitucional que, interinamente, presidía el General Santander. El Libertador hizo conocer su resolución, y, en el acto, se realizaron, en Lima, una serie de manifestaciones tendientes a impedir su partida. Con todo, dada la trascendencia política del momento, el Libertador no pudo menos que rechazar todos los requerimientos, y, embarcándose en el bergantín **Congreso**, salió, para Guayaquil, el 4 de septiembre del año en referencia.

Entre tanto, los departamento del Sur de la Gran Colombia, ante los acontecimientos registrados en Venezuela, se habían apresurado a proclamar a Bolívar, como Dictador de la Nación, rompiendo, de este modo, el orden legal establecido. El Libertador llegó a nuestro Puerto Principal, el 11 de septiembre, de donde, después de permanecer hasta el 18, salió para Quito, ciudad a la que arribó diez días más tarde. Poco después, o sea, el 5 de octubre, emprendió viaje con dirección a Bogotá, deteniéndose en Ibarra, el 8, adonde, según parece, recibió noticias de Manuela, razón por la cual escribió la carta que, a continuación, se copia:

Ibarra, octubre 6 de 1826.

Mi encantadora Manuela:

Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado. Todo es amor en tí. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora, como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. Oh! no! A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho ídola de la Humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: Te amo y te amaré sola y no más. No te mates. Vive para mí y para tí. Vive para que consuèles a los infelices y a tu amante, que suspira por verte.

Estoy cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, no tengo tiempo para escribirte con letras chiquitas y cartas grandotas, como tú quieres. Pero, en recompensa, si no rezo, estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré, cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No sé escribir."

Después de esto, Bolívar continuó su ruta, deteniéndose en cada una de las poblaciones importantes, lo que hizo retrazar el término de su viaje, en forma que arribó a Bogotá, el 14 de noviembre. La recepción resultó espléndida, pues, regresaba a la Capital de la Gran Colombia, cinco años después de haber salido de ella. Sin embargo, no reasumió las funciones de su cargo hasta el día 23, ejerciéndolas hasta el 24, pues, al día siguiente, salió con dirección a Caracas. Entre tanto, el General Páez, sabedor de la proximidad del Libertador, se aprestó a recibirlo, y, arrepentido de su falta, no vaciló en reconocer la autoridad de aquel, a cuyo perdón se acogió, rindiendo, en esta forma, sus armas. Bolívar, por su parte, se mostró extraordinariamente magnánimo, pues, lejos de recriminarlo, le reiteró, por completo, su confianza, disponiendo que continuara al frente de la Comandancia General de Venezuela. El hecho conmovió el ambiente, pues, si, por una parte, afirmaba la pacificación de un sector importante de la Gran Colombia; por otra, resentía, profundamente, al General Francisco de P. Santander, quien, en su carácter de Vice-Presidente Constitucional, había condenado la insurrección y tomado las medidas necesarias para la conjuración correspondiente. A partir de este momento, se intensificó el enfriamiento de relaciones que había empezado a producirse entre las dos más importantes figuras de la vida administrativa del Estado, que habría de culminar, de un modo total, después de poco tiempo.

Pero, mientras esto sucedía en el territorio de la Gran Colombia, en el Perú, la opinión pública comenzó a agitarse contra el Libertador, instigada por elementos que, desde el día mismo de su partida, habían iniciado una política de desconfianza, que se concretó en la insurrección de la Tercera División del Ejército Auxiliar de la Gran Colombia, que por orden de Bolívar, había quedado de guarnición en Lima. Los hechos se registraron como sigue: desde mucho antes del 26 de enero de 1827, el General Tomás de Heres, que, a la sazón, desempeñaba las funciones de

Ministro de Guerra del Perú, tuvo conocimiento de que se trataba de infiltrar el espíritu de indisciplina entre el contingente antes indicado, figurando, entre los más destacados instigadores, los políticos peruanos Francisco I. Mariátegui y Manuel Lorenzo Vidaurre, quienes, si, en un principio, se habían manifestado adictos a los principios sustentados por el Libertador, más tarde, se habían convertido en sus más decididos detractores. En consecuencia, su labor estaba encaminada a conseguir, en primer lugar, la sustitución de la Constitución Boliviana, según la que Bolívar era Presidente Vitalicio del Perú, por la que, con anterioridad, estaba vigente, con lo cual creían alcanzar la declinación de algunos personajes que, habiendo ratificado su adhesión al Libertador, continuaba al frente de la gestión administrativa del Rimac.

En posesión de tales datos, el General Tomás de Heres, cuya lealtad y consecuencia para Colombia nunca ha sido discutida, procedió a dictar medidas convenientes con el fin de evitar la realización de los hechos a que se hace referencia. Pero, es el caso que el desarrollo progresivo de los acontecimientos impidió que estos pudieran conjurarse, pues, en la fecha que antes queda registrada, la Tercera División del Ejército Auxiliar de la Gran Colombia, encabezada por su Jefe de Estado Mayor, Comandante José Bustamante, lanzó el grito de rebelión, invocando, para ello, el hecho de que, según se decía, el Libertador pensaba reemplazar la Constitución de Cúcuta con la Boliviana, con ánimo de realizar el anhelo imperialista. Pero, de inmediato, quedó de manifiesto el verdadero origen de la cuestión, pues, el pueblo de Lima, impulsado por la acción de los dos políticos nombrados, se congregó, también, exigiendo la declinación de los Ministros de Estado y la convocatoria de una Asamblea Constituyente, que, después de dictar la nueva Carta Fundamental, debería elegir los mandatarios del Estado.

A la sazón, Manuela se encontraba en Lima, pues, no habiendo podido seguir al Libertador, en su viaje de regreso a la Gran Colombia, quedóse en el lugar en referencia, con especial encargo de cuidar de sus papeles. Esta circunstancia, así como la viva admiración que, en todo tiempo, había despertado entre los subalternos de Bolívar, hizo que bien pronto su casa se convirtiera en centro de reunión de todos los que, en una u otra forma, estaban al servicio de Colombia. Heres, especialmente, la visitaba con frecuencia,

ya por cuestiones oficiales, ya, también, por la fruición espiritual que le causaba dialogar con ella. Y era que encargado, como estaba por el Padre de la Patria, para la resolución de asuntos de interés público, no podía hacerlo, sin antes consultar el archivo que estaba en poder de ella, quien, según parece, no era muy liberal en aquello de enseñarlo. Así se desprende del contenido de los siguientes términos constantes en una carta escrita por dicho General al Libertador, en la época que nos venimos refiriendo. "Si V. E. lo tiene a bien, podría dar orden a Manuelita para que me proporcionara siempre cuantos documentos le pidiese en lo sucesivo, porque es muy regular que, con el tiempo, tenga que recurrir a ellos, para dar algunas contestaciones."

Expuestas así las cosas, se comprenderá la razón por la que Manuela conocía la evolución de los sucesos que hubieron de culminar en la forma antes dicha. De allí que, al saber que la insurrección ya se había producido, no vaciló en lanzarse a la calle, dispuesta a mantener el respeto que se merecía el Héroe, aunque esto fuera a costa de su propia vida. Por desgracia, la violencia con que se registró el hecho impidió que ella viera satisfechos sus deseos, pues, aún cuando "disfrazada de hombre y con pistola en mano, penetró, a caballo, en uno de los cuarteles insurrectos" (1), encontró que los Generales Arturo Sandes y Jacinto Lara, por ser adictos a Colombia, habían sido aprehendidos, y que el General Tomás de Heres, por igual razón, había tenido que refugiarse en un barco francés, a cuyo bordo salió, poco después, con destino a Guayaquil. En estas condiciones, Manuela no pudo contenerse ante la ignominia que, a la sazón, se registraba, y, con la entereza propia de su espíritu, recriminó a quienes habían empañado el honor de las armas de Colombia, con grave detrimento para sus propias glorias. Así mismo, puso de manifiesto la actitud de Mariátegui y Vidaurre, en términos que evidenciaban la variabilidad de estos. Por último, intentó hablar con el General Heres, lo que, no habiendo podido hacer, por la prohibición que le impuso Bustamante, le hizo concebir la idea de comunicarse con él, de un modo clandestino. En efecto, después de redactar el parte respectivo, se lo confió a una persona que, siendo amigo de ambos, debía verse con el General de Heres. Por desgracia, la misiva no pudo llegar a su destino, según ad-

(1) —Ricardo Palma— "Tradiciones Peruanas".

vierte quien debía recibirla, en carta dirigida al Libertador, con fecha 24 de febrero, conforme a los términos que, a continuación, se copia: "La señorita Manuelita Sáenz le dijo a un amigo mío que había querido verme, pero que Bustamante no le había permitido. En consecuencia de esto, ella misma, en persona, llevó al dicho amigo un pliego muy abultado, para mí. Pero, temeroso él de que lo aprehendieran, no quiso remitírmelo. . ."

Pero, no terminó, con esto, la actividad de Manuela, que, aunque sometida a la impotencia, no le faltaban fuerzas para lapidar a quienes habían tenido una intervención directa en los hechos que antes quedan registrados. Y, como conocía de cerca la vida de Bolívar, relataba, con dureza, los diversos servicios que este había hecho a quienes se habían convertido en sus más implacables enemigos. De Vidaurre, especialmente, contaba lo que había presenciado un sector importante de la sociedad limeña, esto es, que en uno de los bailes con que los hijos del Rímac habían celebrado el arribo del Libertador, el indicado personaje se había presentado ante este en posición cuadrúpeda, dirigiéndole los siguientes términos: "Señor, ante el Héroe superior de los hombres, no creo deber ni poder presentarme, sino en esta posición: Honréme S. E. dejando sentar su planta bienecho-ra sobre mis espaldas."

Naturalmente, el hecho indignó al aludido, que, habiendo tomado posesión del cargo de Ministro de Gobierno, como consecuencia del movimiento revolucionario que acababa de realizarse, no vaciló en ordenar la detención de su detractora, la misma que, después de poco, fué recluída en uno de los conventos de la ciudad de Lima, con la advertencia de que, si continuaba allí la labor emprendida contra tan importante funcionario, sería trasladada a la prisión de Casas Matas, o sea, a una de las mazmorras medioevales que, con anterioridad, habían funcionado en el Callao. Por felicidad, para ella, el Gobierno hubo de cambiar la resolución tomada en relación con su persona, y, cuando menos lo esperaba, recibió la orden de destierro, lo que, en definitiva, vino a significar su inmediato regreso a la Gran Colombia.

(Continuará)

J O R G E P E R E Z C O N C H A

D A N Z A N E G R A

*Armoniosa y sensual, seraidesnuda,
al son de las músicas febriles
de las tierras del sol y las palmeras,
su plástica escultura, llama viva,
en mármol de la noche modelada,
vibra en la danza, litúrgica, pagana.*

*Negro lirio su cuerpo, estremecido,
esculpe y borra relieves multiformes:
la languidez de la ola desmayada
y en los brazos del viento ya vencida,
la gracia vertical del cocotero
extendiendo hacia el azur las manos
pescadoras de nubes y de estrellas.*

*De la helénica euritmia sensitiva
brota en rito de líneas y de formas
la epopeya de los éxtasis abscónditos.
Se oye el murmullo de las piernas ágiles,
el grito de los muslos encendidos,
y las combas caderas voluptuosas.*

*Quebrado el bello torso serpentino,
las garzas de los senos, prisioneras,
amenazan el vuelo que no arranca.
En el rostro venusto las estrellas
de los ojos fulguran, ardorosas,
mientras los labios de coral sonríen.*

*Derrama el negro cáliz de ese cuerpo,
flor de los paraísos adamitas,
cálido aroma de trópico en la noche:
esencias de los mirthos capitosos,
embriagantes zumos dionisiacos
de las íntimas frondas vegetales.*

*Lírico cuerpo, fuente de armonías:
la carne musical jocunda canta
vibrando en los júbilos sensuales.
Y en el clímax de la danza negra,
el girasol del pubis, embriagado,
gira en un giro vencido, de agonía.*

Quito.

A N T O N I O M O N T A L V O

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

Del libro inédito "Pluma de acero o la Vida Novelesca de Juan Montalvo"

De los despeñaderos de los montes serranos, de los parajes agrestes que rodean a la ciudad de San Juan de Dios de Ambato y de la tranquilidad de la existencia campesina; Juan Montalvo se siente bruscamente transportado a la inmensidad del Océano.

El barco abanza lentamente surcando las ondulantes olas y el sol color del ambar se pierde en la lejanía del horizonte sin nubes mientras él, sólo y despreocupado junto a la barandilla de cubierta, piensa y sueña. Por fin, al cabo de mucho tiempo se siente feliz, satisfecho de sí mismo y dispuesto a llevar adelante las más arduas empresas. Viaja en el "Paraná" buque de doscientos pasajeros, que se dirige a las costas de Inglaterra para de allí pasar a las de Francia. Entre los viajeros se encuentra el General Brown, aquel anciano "que sobresalía por el porte majestuoso y la barba enteramente cana", (1) héroe de la independencia y uno de los vencedores de Junín, quien navega con su hija Pilar hacia el Imperio Británico. En las horas de la travesía y mientras el General se dedica al juego de rocambo, el joven diplomático cultiva amistad con la bella boliviana que fastidiada de la tristeza de las minas de Cochabamba donde vive, se encamina por primera vez a la patria de su padre.

Pero el novel navegante demuestra encontrarse más de su grado contemplando el choque de las olas y las variaciones del mar: "ya sea en calma y alumbrado por una hermosa

(1) Juan Montalvo. "Siete Tratados"

luna, ya rugiendo furioso en una noche de tormenta arrebatada", según escribe a su hermano Francisco Javier para referirle sus impresiones.

El mar como el campo tienen para él la misma grandeza. Nunca falta un sitio apartado sea en el puente o cerca de la proa donde, junto a los marineros que maniobran con los grandes cables se puede permanecer meditativo observando a los delfines o mirando a las blancas gaviotas que aletean asustadas anunciando la proximidad de los alegres puertos. Muchas noches, cuando todos descansan, cuando nada turba su cavilación sin término, cuando solamente se oye el fuerte silbido del viento, el rumor de las olas y el remolino de las blancas espumas que salpican sobre sus mejillas en gotas de agua fresca y salada; él permanece aún divagando y atraído por las primeras sensaciones del camino. "Muchas veces me encontré, en alta noche y cuando todos dormían, yo solo sobre el puente contemplando ese infinito que causa tantas emociones. Deseaba que el viaje no tuviese término, porque había simpatizado singularmente con el Océano; pero se acabó al fin..."

Pasarán los días y con ellos las melancolías que produce al mar, el bullicio de los muelles y el cuadro de las costumbres nuevas que observa el viajante al tocar en las ciudades. Antes quizás de lo esperado se dibujarán a lo lejos las siluetas de las costas de Francia y despertando de su letargo pronto se sentirá perdido en el tumulto de París: avenidas de árboles, "Cafés" llenos de gente, mujeres hermosas en los grandes bulevares, luces, rumores de vaivén de carruajes. El tranquilo provinciano que aún conserva el recuerdo del olor de los naranjos de su huerto y del silencio de las noches de luna en alta mar, se encontrará desconcertado. Todo lo quiere ver y observar; pero todo pasa vertiginoso ante sus miradas, y prefiere encerrarse en el aposento de la hostería, donde sentado en un sillón podrá dejar libre cabida al devaneo de sus pensamientos y la violencia de sus emociones. Detrás del cristal de la ventana se contempla la ciudad. ¿Cuántas alegrías y tristezas, cuántas emociones y placeres encerrará la gran metrópoli? Indudablemente algunos para el extranjero de veinticinco años que siente bullir en su cerebro los ardores de la fantasía y las inquietudes de su juventud. Sin embargo, no pasará mucho tiempo sin que el romántico viajero sienta los primeros desencantos de la realidad.

Pocos días más tarde se presenta oficialmente en la Legación del Ecuador en París. Allí debe prestar sus servicios temporalmente hasta que el curso de los acontecimientos cambie y pueda trasladarse al lugar de su destino. El Ministro es Pedro Moncayo, ex-presidente de la Convención del 54, político de ideas liberales, en otros tiempos periodista, quien después de desempeñar el cargo de Ministro en Lima, ha sido enviado a Francia e Inglaterra para arreglar las relaciones diplomáticas discordantes por el convenio referente a las Islas de Galápagos, convenio rechazado por los Estados Unidos y retirado por el Gobierno del Ecuador.

Probablemente Pedro Moncayo ayuda al misántropo e idealista funcionario que se muestra dispuesto a trabajar con entusiasmo y quien a pesar de su temperamento irritable y neurótico, revela vasta ilustración y profundo conocimiento sobre los hechos y las glorias de Francia. Seguramente le aconseja, lo guía y lo acompaña a desenvolverse en los primeros tiempos.

Los pasos iniciales del joven diplomático después de concluido su trabajo de oficina, serán hacia los alrededores de la ciudad en busca de reposo y hacia los museos y monumentos de arte que parece le interesan sobre manera. "Paso mis días bien en los bosques de los alrededores, bien en los museos y bibliotecas; casi siempre voy al Louvre y no salgo sino cuando los guardianes gritan: Messieurs, on va fermer. En un momento pasan las horas, y yo no me acuerdo que tengo que irme, sentado al pie de la Virgen de Murillo o de los cuadros de Rafael y Miguel Angel."

Ama las cosas viejas, los edificios destruidos, los lugares por donde pasaron los grandes hombres. Prefiere la soledad de los sitios apartados y tomando una diligencia o "el camino de fierro" se dirige a uno de los parques silenciosos adornado con fuentes de cristalinas aguas, donde crecen los arbustos copetones, donde se esconde alguna figura humana apoyada sobre un muro, o una pareja de amantes ocultan sus caricias debajo de las tupidas ramas. "Yo no se por qué me inclino tanto a las cosas antiguas —escribe a su hermano— no busco aquí espléndidos monumentos ni me gusta ir a los palacios; prefiero los edificios viejos que se pierden en los tiempos y que contienen tantas tradiciones y recuerdos."

Pronto aparecerá deambulando en las proximidades del barrio latino para detenerse frente a la Iglesia de Nuestra

Señora. "Inexplicable impresión me causó ese edificio misterioso medio oculto en un barrio sucio y feo; desde luego su pórtico es imponente, y bien se conoce que son muchos los años que pesan sobre ese domo inmenso. Con cierto temor y sagrado respeto penetré; mis pasos resonaban por las naves. . . ¡Qué emociones las sentidas! Parece que allí se respira un aire sagrado, y el espíritu se conmueve de tal modo, que si un ateo entrara a ese templo, saldría con el corazón y el pensamiento llenos de un Dios que no había sentido antes. La majestad y grandeza del recinto; su silencio interrumpido solamente por las prolongadas vibraciones de una campana que invita a la plegaria; una lámpara que despidе una luz rojiza y apagada; un sollozo comprimido que sale detrás de una columna; son cosas que causan una impresión profunda en el corazón naturalmente triste de un extranjero que busca los lugares solitarios."

Las alegres terrazas de las alamedas, los sitios donde vibra la música, las mundanas que venden sus encantos por unos dineros, el torbellino y el bullicio de París; no tardarán en aturdirle. Ante sus compañeros de oficina seguramente pasa por extravagante. Y aunque aveces trate de asimilarse al nuevo medio en que vive, frecuentar las diversiones en las que brota la champaña, se escuchan las carcajadas de las joviales cortesanas, donde se compra el amor y se mendigan caricias; presto vuelve a su retiro. Aquello no se encuentra de acuerdo con su temperamento de ese entonces, él busca una mujer romántica y pálida que le entregue su cuerpo, después de citas en el bosque, en una estancia silenciosa apenas alumbrada, junto a los poemas de Byron y las páginas de Lamartine.

Las torturas de la nostalgia no tardarán en atormentar su naturaleza sensible y extraña. Le hacen falta el aire de la cordillera, el sabor de las frutas cogidas junto al árbol, el sol caluroso de los campos serranegos y la existencia apacible de la provincia lejana, donde los sencillos aldeanos cultivan la tierra y los indios esclavos cuidan de las sementeras sacudidas por la ventola. "Yo, habituado a la cuadra, cómo estaré aquí? Ni veo un Cayambe a lo lejos, ni un Ejido verde se extiende a mi vista, ni una acequia de agua viene rodando del cerro, ni un árbol en torno mío, ni una flor, ni aire libre, ni sol en el invierno, ni sombra en el verano, ni nada oh Dios, ni nada. Venir acá de nuestro espacio, nuestra libertad y nuestra luz de América, es lo mismo

que bajar del mundo al limbo. Se entiende en cuanto a la naturaleza, en cuanto a la vida del alma, en cuanto a las relaciones que existen entre algunos corazones y la calma y el silencio de la tierra." (1)

Una enfermedad nerviosa u orgánica —que le acompañará casi hasta el fin de sus días— comienza a torturarlo desde esa época. Quién sabe si alguna lesión tuberculosa contrída en los años de su infancia, es la que causa los males y dolores en las extremidades, dolencia que se recrudece con la atmósfera nociva de las ciudades, el trabajo asiduo y la falta de sol y de aire puro. Posiblemente aquella será igualmente la causa de sus procedimientos siempre extraños, de su continuo desasosiego y de su deseo de cultivar la soledad y fomentar la melancolía. Pero como en vez de reaccionar contra esto procura dar rienda suelta a sus impulsos, su sistema nervioso se agota y enferma. No obstante, un deseo de superarse guiará sus acciones alejándolas de las cosas vulgares y de los sucesos prosáicos que pudieran empañar la pureza del cristal al rededor del cual quiere trazar su destino.

Enfermo y desconcertado consulta médicos y especialistas; toca la puerta del oculista Doctor Desmarres, quien sin tomar en cuenta sus desazones las achaca jocosamente a un mal de amores, aconsejándole cambiar de vida, frecuentar los teatros y buscar el equilibrio de su sistema afectado. "Otras veces, cuando llueve, por ejemplo, no hay más remedio, tengo que observar la receta, entro en un teatro casi siempre a la Opera, porque la música y el canto me gustan más que esas fubonerías de los demás teatros. Si pudiera leer de noche no saldría de mi cuarto; pero es preciso hacer algo que distraiga, y no consumirse tendido en un sofá contando los minutos, como me ha sucedido tanto tiempo."

Transcurre el Otoño, sólo comienzan a caer las ojas de los árboles y sin embargo la falta de aire y de luz tan mezquinos en las pobladas urbes, le inquietan sobremanera: "Yo puedo no comer o comer mal; pero si no hay luz en mi vivienda, si no respiro el aire que baje del cielo y no el que sube de los fangos; si no tengo una ventana ancha por donde echar mi vista, estoy como un encarcelado, el corazón me viene a la garganta, me ahogo, no tengo gusto para nada." "El movimiento, el aire libre —continúa— son necesarios para

(1) Cartas de Juan Montalvo a su hermano Francisco Javier.

el hombre. Yo sería un eterno viajero, verdad; pero nadie concibe como yo esa vida solitaria en algún campo, en medio de mis libros y mis árboles y sin pensar siquiera en las ciudades"

Pero pasan los meses y ni el General Urbina llega a Europa para hacerse cargo de la Legación de Roma ni el joven diplomático recibe orden ninguna de su Gobierno para trasladarse a otro sitio. París comienza a fastidiarle y la sangre de trotamundos que ha heredado de su padre y de su abuelo le impelen constantemente a buscar otros horizontes y dirigir sus pasos tras las nuevas sensaciones por los caminos del mundo.

Después de cuatro meses más o menos de permanencia en París, deseoso de visitar las ruinas itálicas y los vestigios del Imperio Romano que por tanto tiempo han obsesionado su imaginación, abandona la ciudad para emprender el peregrinaje por aquellos lugares que conoce de antemano a través de la lectura de la Historia y de los viajes de su fantasía.

Ha comenzado el invierno. Es el mes de Enero de 1858 y la nieve cubre los campos obstruyendo las fangosas rutas por donde corre la diligencia que deja atrás las montañas de los Alpes y la nevada cumbre del Monte Blanco.

EL ÚLTIMO ASILO

En breñoso rincón del cementerio,
donde el ciprés su copa balancea,
y cerca de un rosal semisalvaje
yace olvidado para siempre un poeta.

En su vida sin pan y sin amparo
pisó los espinales de la senda
cantando los delirios del ensueño
y el himno matador de la tristeza.

Era el amanecer de aquella aurora
en que al amor el alma se despierta,
cuando un eco lejano y misterioso
decía al dulce bardo: "espera, espera!..."

Creó que las promesas seductoras
con que nos enardece el hada buena,
serían realidad, serían algo
que quizás endulzara la existencia.

Mas, pasaron las horas indolentes,
sin que hubiese una flor lozana y bella
que adornara la frente soñadora
y el gran milagro de la paz se hiciera.

Era el cantor de la melancolía
y el salmodiante fiel de la dureza
con que atormentan las desesparanzas,
el hambre, la orfandad y la miseria.

A veces entonaba serenatas
al pic de ventanilla humilde y vieja

que nunca se entreabrió para anunciarle
siquiera un rayo de gentil promesa.

Perdido en el desierto campesino,
recogía las notas plañideras,
para forjar dolientes yaravies
con el gemir de la naturaleza.

Tembloroso rimó los madrigales
del hogar donde vió la luz primera
y del dolor con que nos posternamos
para llorar ante la madre muerta.

Reclamó del amor una caricia,
pero egoísta el amor cerró sus puertas,
y el pobre peregrino iba diciendo:
"Apídate, Señor, de mis tristezas! . . ."

Algunas veces, en las tardes grises,
buscando lenitivo a sus dolencias,
taciturno y callado se perdía
en el antro letal de las tabernas

Tambaleante se alejaba luego
por la tortuosidad de las callejas
que llevan al suburbio solitario
en donde se refugia la bohemia.

Y así cruzó del mundo los senderos,
solo y herido por la cruel dolencia,
de pesares ocultos en el alma,
sin que nadie jamás los conociera.

Hasta que un día hallaron los labriegos,
fundido entre guijarros y maleza,
en el recodo de fangosa playa,
el rígido cadáver del poeta.

Y desde entonces, sobre su sepulcro,
que no tiene una cruz ni una leyenda,
sólo el ciprés derrama como lágrimas,
las aguas del sereno y la tormenta.

El vecino rosal riega sus flores,
sobre la muda losa del poeta
y la brisa, en la noche y en la aurora
piadosa y susurrante, llora y reza

Nadie, al pasar por la callada tumba,
breves instantes se detiene en ella,
para ofrecerle un pensamiento grato,
como tributo de amistad sincera

Oh triste realidad de los anhelos,
que las liras desgranar en sus cuerdas,
aquí donde perduran los pesares
hasta en el mismo seno de la tierra! . . .

Pero quién sabe si al correr los siglos,
brille el bardo la genial grandeza,
y, al llamarle inmortal, deje la Fama,
que suene vibradora su trompeta:

es el sarcasmo de la humana suerte,
que día a día vemos con sorpresa,
el inútil aplauso de la gloria
tras de un vivir de angustia que envenena

Descansa, trovador del desengaño,
en el embrujo de enervante siesta,
porque es mejor dormir en el sarcófago
que arrastrar una lóbrega existencia

Si alguien, tal vez, entre la noche oscura,
cerca de tí cantara tus endechas,
los recuerdos surgieran y una lágrima
derramarías en tu helada huesa;

Y entonces meditaras sollozando,
que aquí, en el mundo, donde el mal impera,
ni en el sepulcro calman los dolores
de los que nacen para las tristezas . . .

M I G U E L A N G E L A L B O R N O Z

EL DOCTOR JUAN BENIGNO VELA

—Soliloquio—

Escribía "El Pelayo" levantando bandera, a guisa del infante español para combatir a los moros, contra la patulea bárbara y el caudillaje desafortunado de los primeros tiempos de la dominación política que arrancó de la revolución del 95. Eran él y otros la Gironda en la Convención, la Gironda, esto es, el grupo selecto de hombres libres y pensadores que sienten su ideal herido viendo cómo la revolución, de la que fueron pensamiento y alma, se convierte en crimen estéril para la libertad, fecundo para la anarquía, el atropello y el despotismo. Y, junto al sublime ciego Vela, en la Gironda estaban Modesto A. Peñaherrera, Julio Andrade, Gonzalo Córdova, José Peralta, Julio Fernández, Francisco De P. Avilés, Gabriel Ullauri, Abel Pechano, Alejandro Villar, Alcibíades Cisneros.

Eran los girondinos, que no terminaron en el aparato de Guillotín, gracias a que nuestra revolución no alcanzó la ferocidad de la que proclamaba y consagraba los derechos del hombre que hoy yacen sepultados bajo la bota totalitaria después de recibir el pisotón alevé y canalla de los políticos demócratas, obra maestra, engendro admirable del genio revolucionario.

No recibieron la caricia de la guillotina nuestros girondinos, pero fueron derrotados y ahogados como lo es siempre el grito libre y la voz racional en el tumulto, en la revuelta, en medio de esta humanidad que si no es intrínsecamente mala como lo quisieron ciertos ingenuos estudiantes en un debate curioso, en la mayor parte de las veces, casi siempre, viéndola tan incapaz de orientarse, ordenarse y liberarse,

desgarrándose y devorándose así misma, parece irremediablemente tonta y bruta.

El ciego de Ambato tuvo entonces rasgos de verdadera grandeza. Llegó a la cúspide de sí mismo, donde llegan tan sólo los hombres superiores y pudo desde allí contemplar el panorama triste y mísero de la política y la revolución. Descendió después quizá de esa altura para transigir y ser humano y razonable y mezclarse en la corriente de los sucesos opacándose y deslustrándose, pero nada de esto puede amenguar la nobleza de su actitud cuando ciego y sordo, y por lo mismo ensimismado, reconcentrado, ardiendo en su interior, despidiendo fulgor extraño, supo erguirse y elevarse, en las robustas alas de su pensamiento y de su corazón, para lanzar el apóstrofe encendido, el anatema relampagueante, la protesta airada contra las tropelías de la fuerza y del poder que, en el furor de la lucha y el arrebató de la victoria, desmienten y ultrajan todo lo que invocaron para cohonestar la violencia, esa estúpida virilidad que la política adora como su mejor arma, cifra y emblema, la política que es el macho en la historia, casi siempre más tonta y bruta que mala, como la humanidad misma.

¡Qué poder de sugestión tenía el ilustre ciego de Ambato! Nos parece verlo aún, cuando llegaba de su tierra natal y bajaba de la diligencia y lo conducía del brazo un lazarrillo y se iba por esas calles, vitoreado por la multitud, con su figura airosa, su estatura prócera, alta, echada hacia atrás la cabeza, serena y altiva la expresión, noble y desenfadado el continente, el paso rápido, seguro y firme, que no parecía sino que era él, y no su conductor, quien llevaba y conducía. Y luego, en el Parlamento, con su elocuencia, a veces exaltada y áspera como la de Mirabeau, o atronadora y brava como la de Dantón, o majestuosa y serena como la de Vergniaud, dominando el vocerío desgarrado, la grito salvaje de los **garroteros** que el Gobierno enviaba a la barra —¿cuándo los Gobiernos no tuvieron recursos grotescos?— para intimidar y acallar a los hombres que con sola su palabra, con la fuerza moral de la palabra, contrarrestaban la ola tempestuosa y arrolladora de la tiranía revolucionaria.

Como Montalvo, admiraba la antigüedad grecorromana y sus actitudes tomaron las líneas y los relieves y los aires de los demócratas griegos y los patricios de Roma. Como Montalvo, venía luchando con su pluma, infatigablemente, en "El Espectador", "El Combate", "El Argos", "La Idea",

"El Pelayo", por una pequeña dosis de libertad en esta tierra de los tiranos militares, de los tiranos teocráticos, de los tiranos liberales, donde se pregona democracia y se glorifica a los enemigos de ella y se tiraniza desde arriba o desde abajo, desde arriba con el despotismo de los gobiernos que provocan y constriñen a la revolución, y desde abajo con la revolución que incuba y genera los peores despotismos, círculo infernal, círculo dantesco, círculo mefítico donde necesariamente ha de asfixiarse todo espíritu libre.

Liberal de verdad, estuvo a la altura de los fundadores del liberalismo ecuatoriano. De Hall y Pedro Moncayo. Hall, el inglés, discípulo de Bentham, que traía el puro espíritu de ese credo, que es de cepa inglesa y que cuenta con filósofos como Locke Burke, Stuart Mill, Spencer, Hobhouse y políticos como Glandstone, Campell - Bannemar, Grey, Asquith, Lloyd George. Y Pedro Moncayo, que fué a morir en playas extranjeras despidiéndose de su patria con estas palabras: "Cuando la opinión pública, subyugada, arrastrada por los acontecimientos, llega a extraviarse y a perderse en el tumulto y desorden de las malas pasiones, no le queda al hombre de bien otro abrigo que la conciencia individual para salvar su responsabilidad ante Dios y la patria, supuesto que la demoralización y el crimen han hecho inútiles, por imposibles, sus buenos y leales servicios." Así Vela pudo también exclamar: "A la manera de Ixión, los ecuatorianos abrazamos siempre una sombra fugaz, nunca la diosa libertad... que se cubre el rostro, se avergüenza de nosotros, nos declara indignos de poseerla, no puede habitar en los campos de desolación y muerte, despliega sus alas y huye de la patria infortunada." Y lo decía porque no le era dable reprimir su indignación ante hechos que escarnecían las doctrinas y principios que él había sustentado y defendido, padeciendo por ello persecuciones, destierros y martirios. Ideólogo debieron llamarle los políticos de acción a quienes estorban las ideas para su magna tarea de cimentar —¿qué cimentan?— de construir —¿construir qué?— de establecer y organizar instituciones —¿dónde están?— Magna tarea que el viento se lleva cuando no está informada y animada de principios ideales prendidos y arraigados en la conciencia social.

Vela fué de los pocos que comprenden y penetran la esencia y el espíritu del liberalismo. El mayor elogio que

puede tributársele es decirle verdadero liberal. Porque, "conviene recordarlo, dice un filósofo español, el liberalismo es la suprema generosidad, la forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia, el más noble grito que ha sonado en el planeta." "Era inverosímil, se ha dicho, que la especie humana hubiese llegado a una cosa tan bonita, tan paradójica, tan elegante, tan acrobática, tan antinatural. Por eso, no debe sorprender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla. Es un ejercicio demasiado difícil y complicado para que se consolide en la tierra." "Porque el liberalismo, se ha dicho también, antes que una cuestión de más o menos en política, es una idea radical sobre la vida, es creer que cada ser humano debe quedar franco para henchir su individual e intransferible destino." Y el liberalismo, añadimos nosotros, es el arte primoroso de no molestar a otro ni con pretexto de ayuda y protección, ni so capa de apostolado; el arte exquisito de no meterse en la vida ajena, no por egoísmo o indiferencia, sino por respeto profundo de su valor autónomo.

Pero la especie humana vuelve a sentir, agitarse el espíritu liberal en la hora presente y es ese espíritu el que enciende la cólera británica y flamea en las cuatro libertades del Presidente Roosevelt para derribar la potencia de la animalidad y la fuerza. Es el mismo espíritu con que en las más vibrantes páginas de "El Pelayo" se ensalzaba a Inglaterra y Estados Unidos señalando a esos pueblos como paradigma y prototipo de instituciones democráticas.

Bien merece un varón así que alguna vez se le dedique un recuerdo, que alguna vez se enaltezca su memoria, que se mantenga latiente la tradición de sus hechos e ideas, soterrados en injusto olvido, pero que guardan intacta su virtud germinal. En la aridez escéptica de nuestros años viejos, nos anima y entona la pura onda de emoción política, venida de tiempos distantes, que afluye a nuestra alma al recuerdo de un hombre que admiramos con fervor juvenil cuando en los momentos culminantes de su vida pública supo con voluntad superior vindicar la honra y encumbrar los ideales del liberalismo ecuatoriano.

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

DAVID CONTRA GOLIAT

PALABRAS, SOLO PALABRAS

Si pudiéramos saber el número de palabras que malgasta el hombre en los periódicos del mundo. Para qué tanta palabrería vacua, diríamos. La verdad es sencilla, transparente, sabia, generosa. Cuando hiera, cautiva y purifica. Si ella está ausente de quien la propugna, el humo denso de la farsa deslustra y ahoga. La verdad es cosa tan grande, como el universo. La verdad es cosa tan diminuta, como el átomo invisible. Se entrega en la magnificencia del día, o en una gota de áloe. . .

Si pudiéramos saber la cantidad de papel que derrochan en un día las prensas del mundo. Para qué tanto papel mugroso, diríamos. La verdad tiene la humildad de la violeta. La verdad tiene la transparencia del aire. Para qué tanto papel . . . Si ella ocupa asiento de reina en una hoja tan liviana como el céfiro. Cuando la mentira y la vanidad se afirman en montañas de papel turbio, la verdad se refugia en el latido de la sangre, en la brasa del pensamiento.

El hombre hace de su lengua un disco sórdido, porque tiene miedo a la verdad; porque es cómplice de algún delito; porque es inepto para el bien; porque es el verdugo de su propio destino. . . La cobardía se manifiesta en la espuma amarga de los discursos insinceros. El egoísmo y la incapacidad tienen por arma de defensa y de ataque el resonador de la boca o el noble trapo del periódico. . .

El periodista que disfraza la verdad es un malvado; el periodista al servicio de un hombre o de un círculo es un malvado; el periodista que moja su pluma en la tinta co-

rosiva del rencor es un malvado; el periodista tres veces malvado es un infame, a quien hay que arrancarle, de cuajo, la lengua.

La verdad es tan sencilla. Hay que buscarla como el oro entre la arena. El periodista veraz y generoso es un buscador de oro. Quien lava con el agua de su frente las arenas de las miserias humanas, encuentra el tesoro rutilante de su alma pulcra.

EL OXIGENO DEL PUEBLO

No se puede aplastar el corazón del pueblo con la piedra dura de la ley o de la imposición.

El pueblo resiste impertérrito sólo el peso que reclama sus necesidades y aspiraciones, bajo el yugo, el único yugo, de la equidad y la razón.

Todo acto sin la intervención de estas dos potencias, es arbitrario y ruin. La omnipotencia de un hombre, tiene el peligro de dividir a un pueblo y de sembrar la discordia.

El corazón del pueblo, maltrecho por la injusticia o el error de quien lo gobierna, se torna en una mina de tiempo. El roce iracundo de los dos pensamientos opuestos, es la chispa fatal que acelera el estallido de la mina.

El pueblo se siente feliz cuando sus atributos no han sido menguados por opresión alguna. Le gusta labrar con sus propias manos su felicidad o su desgracia. Su desgracia, no... El sentido innato de vigilar la subsistencia de la raza, le obliga a desvelarse y superarse en sus tareas cotidianas. La cooperación del Estado, cuando sus afanes son llamaradas de júbilo, es el mejor estímulo para su triunfo.

La ley, la buena ley, la que es arteria vital del pueblo, por donde corre su sangre enardecida, no es piedra dura sobre sus hombros, ni grillete en los tobillos.

El pueblo que es más apto para sentir que para pensar, conoce la mano amiga. La mano falsa no llega nunca al pueblo por estrecha y mezquina.

Y desde que conquistó su libertad, pagando con la moneda cara de su sacrificio de sangre, nadie, nadie puede desoír su voz, anular sus deseos, restarle el bien de la libertad.

Porque la libertad es su palabra sin reserva; porque la libertad es su acción sin recelo; porque la libertad es su idea

sin mancilla; porque la libertad es su porvenir sin angustia. . . porque la libertad es la única fuente donde se toma el agua que tonifica la materia y dignifica el espíritu.

El pueblo sin el oxígeno de la libertad, pierde sus atributos y cae a merced de un tiranuelo, en cuyas manos puede volverse un monstruo dispuesto a devorar a su verdugo y a destrozarse sus propias entrañas hasta encontrar su libertad.

LA CALLE Y EL HOMBRE

Y habló la calle:

—¡Qué grande es mi tormento! Por un justo que pasa, soporto la caterva de noventa y nueve enfermos. . . El justo deja en mi cuerpo una estela de sol. La caterva borra con la pezuña de la mediocridad esa huella de bienandanza. ¡Oh, si existieran instituciones sanitarias para purificar el espíritu! Cómo correría por los cauces de mis miembros el lodo pútrido de las dolencias humanas.

Una basura que venía saltando con la alegría de una niña al contacto de los dedos del viento, interrumpió el soliloquio:

—Calla. El hombre te crió a su imagen y semejanza. Necesitaba canalizar en su propio molde sus virtudes y sus maldades. El hombre es una calle inmunda que camina. La calle es su sombra. . . su estatua derribada del pedestal de lo efímero por el golpe del error. Calla. El viento te acaricia compasivo. Su frescura de alba es bálsamo para tus llagas. . .

La calle, pensando en su destino y en la inmovilidad aterrante de sus miembros, experimentó la angustia del espíritu del hombre, tendido, de bruces, sobre su cuerpo.

¡ALBRICIAS!

Ayer de noche se agitó la fronda transparente del espacio. Y las flores niveas de las estrellas dieron, en gotas intermitentes, la esencia eterna de sus cálices.

El tintero gris del mundo, carcomido por las manchas cárdenas y negruzcas de la perversidad, recibió, conmovido, la ofrenda luminosa del jardín sideral.

* * *

¡Albricias, hombres, albricias! Ya podéis escribir vuestros mensajes con la tinta diáfana de la sinceridad. Los pensamientos que acechan, los deseos que abren simas infranqueables, ya no torturarán vuestros ánimos. El dique de la duda ya no es peso de montaña para vuestras mentes. Lo que habéis escrito hasta ayer, hasta este momento en que vuestros espíritus se arrugan de espanto ante la zarpa del dragón del odio, ya puede ser ceniza, sombra que se apaga acosada por el diamante del arrepentimiento. El que escribe con rencor, tira rayas negras sobre la página blanca de su vida.

¡Albricias, hombres, albricias! Mojad en la tierra empapada de sangre de estrellas la pluma generosa de vuestras palabras. La palabra pulcra fulgura perennemente en la penumbra de los fracasos.

¡Albricias!

Quito.

A L F R E D O M A R T I N E Z

EL PRIMER HISTORIADOR DEL ECUADOR INDEPENDIENTE

El primer historiador de la República independiente, en el Ecuador, fué Pedro Fermín Cevallos.

Lo fué, como José Restrepo en Colombia; como Baralt y Díaz en Venezuela; como Bartolomé Mitre en la República Argentina.

El ecuatoriano Pedro Fermín Cevallos, fué hablista, académico, presidente de asociaciones literarias, jurisconsulto, profesor universitario e historiador.

Inevitablemente, como intelectual ecuatoriano que era, fué también político.

De cada uno de estos relevantes aspectos, tomaremos, al vuelo, dos o tres líneas para ensayar el esbozo.

EL MEDIO INTELECTUAL

Ya contemporáneamente, en los días mismos en que vivió el historiador, dijo uno de los más connotados hombres de ciencia que conocieron más a fondo nuestro país: "Lo que para el Ecuador en el siglo pasado fué Maldonado en materia de Geografía, en el siglo XIX es Cevallos en la de Historia" . . .

Con esta expresión hacía Teodoro Wolf el más noble y certero elogio del conspicuo ecuatoriano.

Porque si Maldonado en el siglo XVIII tomó relieves de excepción fué, antes que por el volumen de aportaciones científicas, apreciadas como cantidad, más bien por lo novedad y originalidad que ellas representaban, por la altura de su intención patriótica y, sobre todo, por el grandioso esfuerzo que ellas revelaban, en un medio intelectual todavía li-

mitado, pobre para la abnegación científica y para la acción metódica y tenaz, y pobre también para el aquilatamiento público de aquella abnegación.

Lo que ha caracterizado a los más eminentes hombres de fé o de inteligencia en el Ecuador, ha sido siempre la desolación en que les tocó actuar. Pedro Fermín Cevallos, ecuatoriano del siglo XIX, se formó y laboró también en plena desolación ambiente: sin viajes, sin archivos, sin conocimientos auxiliares, en medio de ese intelectualismo superficial característico de la iniciación de la República, que apenas oscilaba entre la poesía y el periodismo político, principalmente; pero que eludía las empresas muy laboriosas, los estudios de muy sostenida y prolongada atención, las responsabilidades de una obra extensa y orgánica.

Había en tiempos de Cevallos muchos polemistas; muchos poetas; no pocos articulistas, y hasta hablistas. Había también algunos averiguadores, muy meritorios, del pasado nacional, que aportaban, de cuando en cuando, valiosa información aislada. Pero eran muy raros quienes se aventuraban en tareas intelectuales de sostenido esfuerzo o que implicaban trabajo de investigación muy larga y con finalidades concretas como para la reconstrucción de una Historia nacional más o menos completa, que comprendiese desde la más remota antigüedad hasta los días más próximos de la vida misma del autor.

Sólo en el siglo XVIII la había planeado e iniciado el P. Juan de Velasco. Y sólo muy avanzado el siglo XIX se repitió el esfuerzo —y ya más amplio a causa de la formidable extensión que había alcanzado la materia,— por el doctor Pedro Fermín Cevallos.

EL HOMBRE.

¿Qué antecedentes; qué móviles; qué medio propicio hubo para este ecuatoriano, al decidirse a una tan esforzada y compleja empresa?... ¿Acaso era un hombre muy rico, sin preocupaciones económicas que le estorbaran?... ¿Acaso disponía de tiempo sobrado, como los monjes o los anacoretas; para dar plena libertad a las aficiones o consagraciones de su espíritu, en la amplia e irrestricta soledad de un aislamiento delicioso?... ¿O, quizás, estas faenas intelectuales no produjeron alguna vez sacrificios y dolores personales para sus autores, y disgustos o incomprensiones agresivas entre los demás prójimos?...

No. Nada de eso había. Cevallos era pobre. Cevallos llenaba su tiempo con trabajos para vivir; pues, o ejercía su profesión de abogado o ejercía obligaciones de empleado, de Magistrado judicial, o de Profesor universitario de alguna rama del Derecho. Cevallos, en fin, no era un solitario, ni un fracasado físico, ni un perseguido de las gentes. Erase, más bien, un hombre bien presentado y atractivo, regocijado, de aptitudes varoniles y de sociedad.

Sin embargo, nada más sorprendente que los cambios profundos en la vida de Cevallos; que la abnegación; que el renunciamiento de Cevallos a los placeres que tanto endulzan la juventud, para dedicarse a labores tan pesadas e inagotables como la de las lecturas obligadas.

En efecto, Cevallos principia a vivir como un epicúreo, y acaba como un cenobiarca.

Una buena porción de años de su vida consagra al goce irrestricto, en todas direcciones. Nada le niega al cuerpo. Según observaciones de un paisano, amigo y contemporáneo suyo, aunque más joven —don Juan León Mera,— Cevallos, aún entrando a la madurez, es casi un libertino.

EL HOMBRE DE LETRAS

Pero van pasando los tiempos de mocedad; y se deja tomar, de repente, por las fauces de la afición literaria.

Lee, y lee como un frenético: novelas, ensayos, historias, biografías, geografías, gramáticas, las mejores prosas del siglo. A la vez, redacta y cultiva un estilo personal. En otros términos, se forma o se descubre el trabajador intelectual de raza.

A los 50 años de edad entra definitivamente, con trabajos de filólogo, de biógrafo y hasta con trabajos de su profesión de abogado, en las mejores corrientes literarias de su país. —Algunos libros de este carácter, revelan la variedad de sus predilecciones; al mismo tiempo que la multiplicidad de sus talentos: "Breve Catálogo de errores en materia de lenguaje", "Galería biográfica de ecuatorianos ilustres", "Instituciones de Derecho práctico ecuatoriano", etc.— Pero como esta labor, con ser buena, dista mucho de ser excepcional, asume una función superior a las mismas aficiones ambientes, y se aleja, como un cenobiarca, de todos los demás placeres mundanos o fáciles, para entregarse, acicateado por ferviente curiosidad, a la investigación de hechos,

móviles, ideas, personas y cosas que constituyeron el pasado de la Patria.

El intelectual aparece y triunfa ya en plena vida madurada y serena. Lo que no le impide ser, como el gran argentino Mitre, hombre de letras en actividad pública, y un político.

Como hombre de letras se pone a la cabeza de los más ilustres literatos de su tiempo. En el año de 1875 se establece en el país la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española, con Julio Zaldumbide, con Juan León Mera, con Pablo Herrera, con Antonio Flores Jijón y otros valores literarios de primera línea. Y es, por voluntad de estos prominentes intelectuales que Pedro Fermín Cevallos asume la presidencia inicial de la Academia.

EL POLITICO

Paralelamente a las actividades del hombre de letras, aparece, en el torbellino de la vida pública ecuatoriana, también el político.

Actúa en las legislaturas y forma parte de las filas de avanzada de la época. Cuando José María Urbina encabeza el movimiento liberal, junto a militantes como los Montalvos, como Pedro Carbo, como Pedro Moncayo, como Francisco Javier Aguirre, Cevallos es Secretario General y Ministro de Gobierno del Presidente Urbina. Como liberal, actúa en la prensa de su partido, y hace las cosas que, en el tiempo, juzga este partido que urgen hacerse; aunque en los partidos enemigos se levante el odio airado. En el año de 1867, cuando un Ministro del Presidente Carrión ordena la invasión del Parlamento con tropas regulares, para disolverlo a la fuerza, Cevallos forma parte de esa mayoría austera que no se disuelve ni huye y que se impone ante las tropas regulares.

En 1876, cuando la traición y las violencias del odio socavan el poder constituido, rodeando al Presidente legítimo Antonio Borrero de toda clase de amenazas y chantajes, es la voz de Cevallos, desde el Consejo de Estado, que aconseja soluciones de política civilizada para resolver los problemas constitucionales, planteados o exagerados, sin ninguna probidad política, por la más indigna y traicionera de las oposiciones.

El pertenecer, sin embargo, a las combativas avanzadas cívicas de la época, no le impidieron jamás ser hombre de buen sentido, perspicaz y sereno. Y apareció, siempre, tan leal en sus luchas de político como probó en sus funciones de historiador.

Estas cualidades no las sostuvo, desde luego, sin sufrir las consecuencias que, en medios revueltos, entre hombres feroces y odios sin cuartel, suelen sufrir las más bellas cualidades humanas, inclusive la ecuanimidad y toda elevación mental.

El hombre público, el político, por lo mismo que surge entre discrepancias y luchas, no está destinado al clamoreo unánime. Sectores habrá para él, en todo caso, que no le segregarán palmas, sino cieno. Hubo, por lo mismo, cieno también para el eminente Pedro Fermín Cevallos. Y lo hubo, no solamente de los bajos fondos políticos —entre los que toda puñalada de trapero es vorazmente requerida,— sino también entre cierta jerarquía de intelectuales, de inconformismo profesional, que no quisieran entender como historia más que lo que deprime o infama, y, como política, nada más que lo que es subversión consuetudinaria.

EL HISTORIADOR

Con todo, el político, aún admitidas luces y sombras, ha podido ser discutido y olvidado.

Lo que no han podido destruir las pasiones coetáneas, ni podrán destruir, en lo futuro, aun los análisis más fríos, será su obra inmarcesible de historiador republicano —ejemplarmente ecuaníme, concienzudo, documentado y veraz.—

Claro que no será posible ya considerar inrectificables los primeros capítulos del **Resumen de Historia del Ecuador**, en cuanto tratan de la antigüedad, de la conquista y de la administración colonial en la Presidencia de Quito. Los estudios antropológicos y de etnología comparada; los hallazgos paleontológicos en tobas pleistocenas del Ecuador; las investigaciones de los americanistas más eminentes, sólo vinieron después de Pedro Fermín Cevallos. Y las cuestiones de antigüedad indígena no pudieron, por tanto, ser dilucidadas por nuestro historiador a la luz de los nuevos resultados de la indagación científica.

Tampoco viajó Cevallos a Europa, no siéndole dable, por tanto, el conocimiento de las documentaciones y hasta

de simples libros antiguos que se guardan en archivos y bibliotecas de ese continente. Los archivos españoles, principalmente de Sevilla y de Simancas, no fueron consultados por él para el arreglo de los capítulos referentes a los tres siglos de dominación española. Esta parte, por tanto, es natural que resulte, en nuestro tiempo, deficiente.

Estas deficiencias afectan, desde luego, a la generalidad de historiadores hispanoamericanos de principios y mediados del siglo XIX. Escribieron sus obras a base de tradiciones y de lectura febril de cronistas, de algunas actas de cabildos y de papeles de escribanías. La información principal sobre muchos aspectos les fué desconocida.

La rectificación, pues, ha sobrevenido lógica. Aparte de que ninguna historia del mundo ha podido escribirse, hasta la fecha, con caracteres definitivos, como Evangelios.

Los propios historiógrafos posteriores a Cevallos, en el Ecuador, como Federico González Suárez, han tenido que rectificar sus primeros trabajos. González Suárez llegó a dejar constancia, explícitamente, de su desautorización a afirmaciones contenidas en el tomo 1º de su **Historia General del Ecuador**. Lo que, en todo caso, demuestra que toda obra histórica lleva la contingencia de las revisiones, a ritmo de los nuevos descubrimientos documentales o de renovados datos científicos.

No habría sido extraño, por tanto, que el propio Cevallos hubiera reconstruido posteriormente su obra, con los nuevos materiales. Como no habría sido extraño tampoco que, así reconstruída esa obra, no habría sido fácil superarla.

Y así y todo, su magistral **Resumen de Historia del Ecuador** sigue siendo fundamental. A partir del tomo III resulta invalorable.

Si en los dos primeros volúmenes revela su gran capacidad investigadora (pues que aprovechó de todos los materiales disponibles en su tiempo), en los cuatro últimos evidencia, además de esa capacidad, la altura y radiosa serenidad de su espíritu para la objetividad y el discrimen.

Lo que resalta, entonces, es la narración correspondiente a hechos, ideas, personas, cosas y avatares de la vida nacional ecuatoriana ya en pleno siglo XIX; pues que Cevallos, aún sin escatimar riesgos, se enfrenta con la difícil Historia contemporánea —caliente todavía de venganzas y prejuicios,— poniendo a servicio de tan formidable como delicada labor, con una noble pasión toda una ardiente fe patriótica.

Fué así Pedro Fermín Cevallos el primero y verdadero Historiador ecuatoriano de la Emancipación y de la República. Reconstruyó, con cuanto material escrito tuvo a su alcance, toda aquella grandiosa etapa de la Revolución de Quito, las viscisitudes de la Gran Colombia y las vacilaciones, dolores y esperanzas de los primeros quince años de la República autónoma, que él contempló de cerca, como un testigo sereno que vió pasar torrentes.

LA PATRIA

Y para todo ello fué siempre el narrador probo, objetivo y sin interpretaciones arbitrarias o tendenciosas.

Expuso lo que en su conciencia tenía los caracteres de la verdad, entendiendo como tal no precisamente sólo aquello que podría servir para denigrar a la Patria, deprimiendo o infamando la vida nacional y amenguando, sistemáticamente, el significado de sus elementos creadores o de sus obras, sino también aquello que podía y debía servir para enaltecerla y transfigurarla con todos sus aspectos más nobles.

De este modo, la obra de Cevallos no fué solamente de laboriosidad benedictina, de **comon sense** y de patriotismo, sino también de un elevado ministerio orientador y directivo, de una elevada conciencia creadora.

Y mientras todos vivían entregados a su presente, unos entre regocijos pantagruélicos, y otros, entre las suavidades e irresponsabilidades de una existencia indiferente, ese hombre, con una pasión no comprendida se entregaba a la lectura frenética de libros y papeles antiguos, buscándolos no en ordenados o bien clasificados archivos sino en verdaderos hacinamientos cubiertos de polvo y basura. Luego se ponía a escribir, de día y de noche, incansablemente, sin perjuicio de los trabajos que rendían sueldo para el pan cotidiano, como si en tan agobiadora tarea se le fuese todo el interés de su vida.

Y después de tanto, ¿qué premios, qué gangas, qué remuneraciones o recompensas; qué final tranquilo, por lo menos, esperaba Cevallos para su existencia? . . .

La biografía de nuestro primer historiador republicano, cuando se escriba, lo que nos ha de demostrar es que en vez de premios y de recompensas, o siquiera de un final decoroso, lo que se labró con su apasionada y febril faena y con

todas las lumbres de su fama no fué sino una vejez triste, de hombre pobre y ciego, indefenso para todo dolor.

Claro que no faltaron, alguna vez, honores para el anciano. El Presidente Luis Cordero le invitó varias veces a su coche, como un homenaje del Poder para el gran hombre de letras nacional. También podía considerarse como un acto de reparación pública, o de público aprecio, frente a las diatribas, maledicencias y ruindades de los malquerientes y libelistas políticos de la época.

Pero sólo de públicas apariencias, o de honores incidentales no arrancan los consuelos definitivos. Tampoco alcanzan a contrarrestar, con eficacia, las obras pequeñas de la maldad, que dificultan, rastaramente, la vida.

Y así se sabrá que este ecuatoriano ilustre, aún rodeado de elogios, en sus últimos tiempos, pocas veces tuvo seguro el pan de cada día. Y que una vez, cierto Congreso —como hay muchos,— a quien se dirigiera en demanda de auxilio (según lo recordó, dolorido, el gran Abelardo Moncayo), le negó, con singular bajeza, hasta una vulgar jubilación...

Esta vida ecuatoriana, tan laboriosa como meritísima, que se había iniciado el 7 de Julio de 1812 en Ambato, se extinguió, serenamente, en Quito, en la tarde del 21 de Mayo de 1892.

GUILLERMO VALENCIA

Ha muerto, en Popayán, el poeta Guillermo Valencia. El "maestro", por antonomasia, en ese tratamiento que los colombianos suelen dar a sus hombres de selección, confirmando el que en esa Patria hay no solamente asidero para el triunfo, sino también que se mantiene el clima del las consagraciones, como una virtud ciertamente rara, que proscribía allí ese conocido axioma de la dificultad de los profetas en la tierra propia.

Colombia decreta duelo nacional por la muerte de Valencia, y de seguro que el poeta que manifestara en ocasión solemne el propósito de evadirse de la estatua, porque aquella le parecía una anticipación a la muerte, aún cuando el bronce o el mármol sean los materiales en los cuales el hombre comienza a vivir de modo perenne, ya no ha de lograr tal cosa. Por cuanto sobre sus perfiles en rigidez mortuoria ha buscado ya la forma de su faz, la mascarilla del escultor.

Valencia es y será uno de los poetas más grandes de América. Su nombre está al lado de los que implantaron la renovación modernista. —Darío, Silva, Lugones, etc.— Las obras de verdadera excelencia se incluyen por su propia virtualidad y al cabo de la depuración del tiempo en la categoría de las clásicas.

Si no poemas verdaderamente raros, Valencia escribió los que pudieron ofrecer la mejor condensación de las esencias del simbolismo, y estrofas de un impecable gusto parnasiano, en las cuales el culto de la forma no se supeditó jamás a la hondura del pensamiento o a las expresiones más ricas de la sensibilidad. Por lo que a él pudiera aplicarse también esa frase lírica con la que quiso definirse el propio Darío. "En mi jardín se vió una estatua bella — se creyó mármol y era carne viva . . ." Y el que dijo, hablando de Silva, que la divisa de arte podía valer hasta en el sacrificio de una

vida para "pulir un verso", es el dueño del poemario más cultivado que se halle en tierras colónidas. Poeta cultísimo, dijimos, y así mismo, en la conferencia, en el ensayo, en el discurso del cual fué uno de los más enteros cultores, grande vitalidad de humanista, conocimiento de los más cimeros problemas del hombre; todo en un estilo de ágil armonía que es el estilo de los poetas cuando desembocan "en el río ancho de la prosa."

Uno de los libros más repetidamente impresos de Guillermo Valencia en su volumen "Ritos". Y de entre sus poemas apenas habrá lector de alguna información que ignore de los alejandrinos magníficos de "Los Camellos" o de la silva nueva "Palemón el Estilita", o de varios de sus sonetos, contorneados como por un orfebre. Y asimismo no serán muchos los que ignoren ese su poema augural "Anarkos", el mismo que, cualquier cosa que se dijera en contrario, está movido por una revoloteante inquietud social y por las preocupaciones que más tarde se plantearían en el mundo, con modos acerbos o angustiados.

El homenaje que Colombia tributa a su gran poeta muerto, es, en todo caso, un homenaje a la inteligencia y a la excelencia de la sensibilidad poética. En vida gozó Valencia de envidiable fama. De una fama anchísima que pone en evidencia ese espíritu que se cultiva en Colombia como una manifestación auténtica de su conciencia nacional. Ahora será mucho más que antes, revisada y revalorizada la obra de Guillermo Valencia. Ahora se hará la edición definitiva de sus versos y la de sus ensayos de prosista.

LA EXPOSICION DEL LIBRO VENEZOLANO

Un hecho verdaderamente trascendental para la vida del Grupo América, de estos últimos tiempos, fué la Exposición del Libro Venezolano, organizada como especial homenaje en honor del Excmo. Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, señor General don Isaías Medina Angarita y su distinguida comitiva, con ocasión de su visita al Ecuador. Pues, era la primera vez que el Representante de una de las naciones más antiguamente vinculadas con el país, por los lazos de la historia y por la presente comunidad de ideales americanistas, hiciera acto de presencia en una ceremonia de exclusiva y alta significación cultural, simbolizadora del alma de dos pueblos hermanos, que con singular y recíproca actitud de comprensión y solidaridad internacional y de fe y de esperanza en sus propios destinos, han vivido y viven, aportando sus esfuerzos a la estructuración y afirmación del destino continental.

Honraron la sesión inaugural de la Exposición del Libro Venezolano, el Excmo. señor Presidente de Venezuela General don Isaías Medina Angarita, el Excmo. señor Presidente del Ecuador, doctor Carlos A. Arroyo del Río, el Ministro y Consejero venezolanos en Quito, don Manuel Arocha y doctor V. M. Pérez Perozo, el señor Ministro de Hacienda de Venezuela, don Arturo Uslar Pietri, el poeta don Andrés Eloy Blanco, el escritor don Pedro Sotillo, el pintor don Tito Salas; miembros del Gobierno ecuatoriano; miembros del Grupo América; representaciones de las entidades culturales del país y de la prensa.

En expresivo discurso, el Secretario General del Grupo América, don Isaac J. Barrera explicó el significado y la finalidad que entrañaban aquella exposición bibliográfica a la cual, tan generosa y comprensivamente había contribuido el Gobierno venezolano, haciendo suyos los afanes de la institución por la difusión e intercambio cultural.

A nombre del Excmo. señor Presidente de Venezuela tomó la palabra el distinguido poeta don Andrés Eloy Blanco, desentrañan-

do el sentido de auténtico acercamiento espiritual que tenía aquella exposición de bibliografía venezolana; pues que la gran mayoría de los escritores de la República hermana estaban allí representados, en todos los géneros de la expresión literaria: los estudios sociológicos y los de investigación científica, la historia, la novela, el cuento, la poesía y el teatro, es decir un grande y aquilatado acervo de producción intelectual que permitiría a los estudiosos y a los escritores del Ecuador ponerse en un contacto más íntimo con el espíritu creador de la cultura venezolana.

En metáforas patéticas, y de colorido lírico, Andrés Eloy Blanco, se refirió especialmente al destino del libro, siguiendo los esguinces de su vía-crucis, esclareciendo su virtualidad esencial y su trascendencia en el interconocimiento de los pueblos y de la cultura, mostrándolo en la imagen del río y del puente para el acercamiento espiritual; pues que, de río, sus corrientes llevaban las músicas de la expresión literaria, y, de puente, por él, mejor que por ningún otro, pasaban y se amalgaban las afinidades espirituales. Al definir la función del libro y su valor en la hora de la cultura contemporánea, lo hizo también en lo que respecta al escritor, al trabajador intelectual, con hondo sentido de sociólogo, analizando su situación humana, las condiciones específicas de su vida y de su trabajo, la remuneración económica que necesitaba y el rol social en que debía ser colocado como obrero de la cultura que es.

A continuación, nuestra distinguida consocia, doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, hizo entrega del pergamino con que el Grupo América quería recordar el paso del Excmo. señor Presidente de Venezuela y sus distinguidos acompañantes por la Institución, con las siguientes expresivas palabras:

"General: . . . Una alta honra me han dispensado mis compañeros del Grupo América al querer que sea yo la que os entregue este pergamino, símbolo de la amistad que existe entre el Ecuador y Venezuela; mis manos débiles y desarmadas representan muy bien a mi Patria, como la vuestra a la cual yo llamé nido de águilas inmortales, está muy bien representada en Vuestra Excelencia."

El texto del pergamino entregado al Excmo. señor Presidente de Venezuela, fué el siguiente:

"El Grupo América de Quito, al Excmo. señor General don Isaías Medina Angarita, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, con ocasión de su visita al Ecuador, en homenaje del tradicional afecto de nuestro país a la tierra de los Libertadores, y en símbolo de la fe en una nueva y auténtica fraternidad internacional, para el advenimiento de la libertad y la cultura que iluminen los destinos de América.— Quito, a 24 de Julio de 1943.

(Firman:) Hipatia Cárdenas de Bustamante.—Isaac J. Barrera.—Antonio Montalvo.—Julio E. Moreno.—Jorge Icaza.—César Carrera Andrade.—Oscar Efrén Reyes.—José Alfredo Llerena.—Jorge Pérez Concha.—Alfredo Martínez.—Julio Endara.—Rafael Quevedo Coronel.—Carlos Salazar Flor.—Augusto Arias.—Juan Pablo Muñoz Sanz.—Ángel Modesto Paredes.—Guillermo Bustamante.—Augusto Sacotto Arias.—Miguel Ángel Albornoz.—Aurelio García.—Jorge Escudero.—Emilio Uzcátegui."

Luego, el consocio don Oscar Efrén Reyes, leyó un magnífico estudio sintético sobre la literatura venezolana, en el que fueron esbozadas las figuras y obras de los escritores venezolanos, a través de ágiles juicios biográficos y críticos.

En el curso de la sesión, fué también leído un acuerdo expedido por el Grupo América, por el cual se nombraba socios de la Institución a los distinguidos escritores y artista venezolanos visitantes, don Arturo Usalar Pietri, don Andrés Eloy Blanco, don Pedro Sotillo y Tito Salas.

Terminada la sesión inaugural de la Exposición del Libro Venezolano, el Excmo. señor Presidente de Venezuela y su comitiva, acompañados por el Excmo. señor Presidente del Ecuador y miembros del Gobierno, fueron invitados a recorrer el Salón de la Exposición, en la que se repartieron sendos catálogos de las obras expuestas.

Aspectos de la Exposición del Libro Venezolano



El Libro Venezolano

Visitó el General Medina Angarita la Biblioteca del Grupo América, en la que se había organizado la Exposición del Libro Venezolano, ordenada y abundante.

Fué el Excmo. señor Presidente con su comitiva y muchos distinguidos invitados de las esferas administrativas, diplomáticas, consulares y los centros culturales.

Este aplaudido certamen de la intelectualidad vigorosa de la patria de Bello, ostentaba libros de los destacados acompañantes oficiales como del señor Ministro de Hacienda, Arturo Uslar Pietri, "Las lanzas coloradas", "Red", "Barrabás y otros relatos"; "Baedker 2.000", "Malvina recobrada", "Poda", de Andrés Eloy Blanco; "Andanza", de Pedro Sotillo. Se encontraban especialmente personalidades conocidas en Quito, que vinieron en esta ciudad, como del inolvidable y genial don Pepe de Austria que aquí editó sus "Lámparas de ilusión", el doctor Héctor Cuenca que también publicó en esta capital las "Fuentes de la doctrina bolivariana", y que es autor de "El surco vivo" y "La inquietud sonora". Dos palabras, en la imposibilidad de alargarnos, acerca del doctor Diego Carbonell. Pasó cierta memorable ocasión por Quito y fué recibido en el Instituto Nacional Mejía. El fecundo y científico catedrático ha narrado biografías y cosas de la gesta magna, sin perjuicio de sus estudios de medicina y biología. Citaremos los volúmenes que constan en la Biblioteca del Grupo América: "De biología trascendental", "La Parasitología en Venezuela y los trabajos del Dr. Núñez Tobar", "Bolívar y San Martín". Acompañamos hasta la estación del Sur Eloy Alfaro al doctor José Santiago Rodríguez, historiador de la época federal de Venezuela y doctor en jurisprudencia. Sus dos tomos de "Elementos de Derecho Romano" le han valido el dictado de Ortolán venezolano. El erudito Canciller Caracciolo Parra Pérez, recibido con tanto entusiasmo en nuestro país, hizo resonar su palabra autorizada, singularmente en el acto académico celebrado en la sacra Sala Capitular. Estuvieron a la vista estas obras: "Historia de la primera República de

Venezuela", "Bayona y la política de Napoleón en América", "Páginas de Historia y polémica", "Documentos del Archivo universitario de Caracas", "Filosofía universitaria venezolana" y "Miranda et la révolution française". Mariano Picón Salas tiene en los estantes del aludido santuario intelectual "Viaje al amanecer", "Formación y proceso de la literatura venezolana", "Un viaje y seis retratos" y "Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana". De vuelta de la Argentina, fué huésped en Quito por breves horas el periodista e historiador J. A. Cova, autor de muchas obras docentes y bolivarianas. Dirige la editorial selecta "Cecilio Acosta". Entre ellas, hemos visto "El Super Hombre", "Máximos y menores poetas venezolanos" y "Ensayos de crítica e historia". El diplomático y amigo V. M. Pérez Perozo conquistó aplausos con sus "Fabulillas". Son también de él "Motivos venezolanos".

Por último, en Quito, formó afanosamente el doctor Manuel Archa, el muy estimado Ministro de Venezuela, su elegante e ilustrada "Iconografía Ecuatoriana del Libertador".

En el desempeño de su cargo diplomático estuvo en Quito el doctor Nelson Himiob, al que pertenecen "Alvaro Huaica" y "En la Carretera", que parece tremenda pesadilla de lo que sufrió durante la férrea dominación del General Juan Vicente Gómez, el sombrío opresor de la juventud.

Con el Colegio Sucre vino a visitar la tumba del Mariscal su rector J. M. Núñez Ponte del que en la Exposición del Libro Venezolano figura el rápido ensayo sobre la "Importancia cultural del Castellano."

Sorprende el número de obras venezolanas de todo género, antiguas y modernas, que permiten seguir la cultura y el desenvolvimiento literario de ese gran país no sólo de héroes, sino también de intelectuales, que han sobresalido especialmente en la historia, en la poesía y en la novela, con escritores y poetas, con novelistas de fama continental. En el campo humanístico surgen autores preclaros como Andrés Bello. En el ciclo de la historia, insigne varones han narrado las luchas y emergencias, las dictaduras y guerras civiles, los progresos y resurgimientos del país. Venezuela es rica en historiadores que se respaldaron con abundantes documentos, sobre todo en el género epistolario de los libertadores.

Largo sería enumerar los géneros que demuestran la cultura de la República y el señorío literario sobre todo en la novela, el cuento, la poesía. En el arduo terreno del derecho surgen preclaros talentos, como el múltiple Andrés Bello, como Cecilio Acosta, el ya citado Rodríguez, Alamo Ybarra, Itriago Chacín, Narváez, Prieto, Toro, Dies, Godoy, Fonseca y otros. ¿Cómo no citar a Vicente Dávila, el infatigable analista de las glorias de Miranda y buceador en los

problemas sociales? ¿Cómo no sentar siquiera los nombres de Manuel Díaz Rodríguez, Pedro César Dominici, Rufino Blanco Bombona, Rómulo Gallegos, Gil Fortuol, Vallenilla Lanz y una legión más de adalides de la idea y la belleza?

Muchos intelectuales de los ya nombrados y de los que faltan son casi familiares en el Ecuador. Intrépida juventud en libros y revistas de Caracas libra batallas de arte y literarias. A la delicada y sentimental Teresa de la Parra han estudiado, en sustanciosos ensayos, distinguidos ecuatorianos.

La doctrina de Bolívar, que llena algunos anaqueles de la Exposición, se difunde en Quito con profusión y método. Monografías y estudios especiales aparecen constantemente en publicaciones medulares como "El Libertador". La Sociedad Bolivariana mantiene, como lámpara votiva en un santuario, encendido perpetuamente el culto a Bolívar.

De la revista "Espejo"

La Exposición del Libro Venezolano Organizada por el Grupo América

El acontecimiento de cultura de mayor significación que se haya realizado con motivo de la visita del Presidente de Venezuela a esta ciudad, es, sin duda, el de la Exposición del Libro Venezolano que organizó el Grupo América, institución cuyos principios son los de mantener lazos de amistad entre los escritores del Continente, propósitos que ha logrado con el mejor de los resultados, ya que se han creado filiales del Grupo América, en México y en otros países del hemisferio.

Un millar de libros de escritores, poetas, novelistas, ensayistas, historiadores, sociólogos, etc. de la República de Venezuela se han exhibido en galería adecuada, en el propio local del Grupo América ofreciendo a los múltiples visitantes lo que debe ser una Exposición en la cual se aprecie, así como a los cultores de cada uno de los géneros, las condiciones editoriales de un determinado país que no sólo revelarán un aspecto de economía y comercio del libro, sino también el esfuerzo que se demuestra estimativo de esa producción mental.

EL LIBRO, UNIFICADOR Y SALVADOR

En el momento de inaugurarse la Exposición del Libro Venezolano, el poeta cumánés Andrés Eloy Blanco, en feliz improvisación se refirió al libro salvador y unificador. Lo primero porque en cuanto se lo valore justicieramente respaldará no solamente la nombradía del escritor si no también su dignidad económica y lo otro porque el del libro, con su liviana carga y su aptitud viajera, suele relacionar a los hombres, efectiva y armoniosamente.

TITULOS DE LIBROS

El Grupo América ha ofrecido un Catálogo de los libros venezolanos que posee, y aun cuando las advertibles premuras editoriales no han permitido el que se confeccionase con detallismo bibliográfico, tienen ya el lector y el estudioso una guía para orientarse en cualquier consulta que quisieran hacer en la Biblioteca de Autores Americanos.

Sería labor ingente la de ir anotando paso a paso todas y cada una de las secciones en las que, con arreglo a las materias, se ha dispuesto la Exposición del Libro, pero haremos, por lo menos, una reseña que sea brevemente expositiva de algunas de ellas.

FILOSOFIA Y RELIGION

Entre quienes han buscado las teorías de los filósofos para exponerlas y comentarlas están: José Austria, muy conocido para los quiteños, Diego Carbonell, Caracciolo Parra, Antonio Reyes.

Entre las obras religiosas, figura, por ejemplo, la de Fray Froilán María de Rionegro, "Orígenes de las misiones de los PP. Capuchinos en América", en dos volúmenes.

CIENCIAS SOCIALES, DERECHO, ETC.

Es una sección numerosa que puede corresponder no sólo a las ciencias sociales de Venezuela, sino a las de América toda. Hay nombres como los de Mario Briceño Irigaray, Vicente Dávila, Augusto Mirjares, y en las ciencias políticas como E. Arroyo Lameda, Jesús Arocha Moreno, Andrés Ponte, L. Vallenilla Lanz.

En la sección de Derecho resaltan las grandes obras de Cecilio Acosta y Andrés Bello, el gran polígrafo del Continente, cuyos libros se distribuyen, también, en las secciones de filología, en la de ensayos y en la de los poetas.

CIENCIAS PURAS Y APLICADAS

No es reducida la sección de ciencias puras y aplicadas. Ramón Briceño Perozo, J. Rojas Contreras, Diego Carbonell, Pastor Oropeza, Luis Roncayolo, están allí, entre otros, con sus libros acerca de la composición y descomposición de la materia, tratado de Biología, estudios médicos, etc.

HISTORIA, CRONICA, CRITICA

Bien sabido es como el aporte venezolano a la Historia de la Independencia es de veras grande. Y como la figura de Bolívar se ha dado a la mayor universalidad de los estudios. Lecuna, Picón Lares, Pulido, Sucre, Jurado, Correa, Urbaneja. Y los Archivos de Páez y de Miranda. Y los famosos documentos bolivarianos de José Félix Blanco.

La Historia de Sud América, escrita por venezolanos, ocupa una buena parte de la Exposición.

BOLIVAR Y LOS LIBROS

Bolívar fué hombre de libros, él mismo los hubiera compuesto de la mejor especie. Hay un volumen riquísimo de sus proclamas; muchos de sus cartas. El es mejor crítico de Olmedo y el biógrafo inicial de Sucre. La sección dedicada a Bolívar es nutrida. Figuran allí libros extranjeros, hasta el reciente de Ludwig, lo que está dando razón de la extensa perennidad del Libertador.

La Iconografía ecuatoriana de Bolívar es el libro justamente ponderado del doctor Manuel Arocha, Ministro de Venezuela en el Ecuador. El local de la Exposición del Libro Venezolano está decorado con retratos de Bolívar de pintores ecuatorianos, especialmente Salas y por escenas heroicas del dos de agosto, tratadas por Cadena y Villacreses.

EL RELATO VENEZOLANO

La reseña va para largo y tendremos que sintetizar y prescindir de otras secciones. La del relato venezolano (novela, cuento) es bastante completa. Este género ha sido cultivado en Venezuela con intensidad semejante a la del Ecuador. Hay autores de prestigio continental como Rómulo Gallegos que aparece con todas sus novelas, como Arturo Uslar Pietri, como Teresa de la Parra, cuya "Ifigenia" tiene celebridad. Y luego Arraiz, el mismo Rufino Blanco Fombona que es de los grandes escritores de América, ensayista, historiógrafo, panfletario, poeta; Padrón, Meneses, entre los jóvenes; Dominici entre los de otra generación y que ahora nos recuerda antiguas lecturas con su novela "Dyonisos", de tipo griego, que comporta un contraste frente a los relatos vernaculares, venezolanos, que allí se exhiben, aun cuando Dominici también es autor de una novela histórica, venezolana, americana: El Cóndor.

LOS POETAS

De ayer y de hoy, la generación de poetas venezolanos no es reducida. Al azar vamos encontrando libros conocidos: el de Andrés Mata; los de otro Andrés, clásico como Olmedo: Andrés Bello. Los de Udon Pérez. Los de Andrés Eloy Blanco. Los de Héctor Cuenca. Los de Pérez Perozo. Y siguen: Alvarez Arévalo, Torrealba, Churion, Otto D' Sola, Arraiz, Ferrez, Olivares Figueroa, Paz Castillo, Pedro Rivera, María Calcaño, Pedro Sotillo — tantos más.

Mucho se queda sin mencionarse en esta demostración catalográfica que la escribimos al vuelo, pero con el agrado de señalar un índice de auténtico acercamiento de los pueblos. Los visitantes de la Exposición han ido a conocer a los escritores venezolanos en sus libros. Y eso es bastante.

De "El Comercio". Quito.

RELOJ DE PIEDRA

LIBROS BARATOS

Uno de los números más interesantes que compusieron los diversos programas de recepción al Presidente Medina en los países bolivarianos, fué la Exposición del Libro Venezolano, realizada en la Capital del Ecuador. Se verificó mediante los esfuerzos del Grupo América, entre los días 26 y 30 de julio. La Biblioteca de Autores Americanos mantiene, mediante su Revista, una constante relación con las Instituciones culturales del Continente. Esa Biblioteca constituye uno de los mejores logros del Grupo América, fundado el año 35 por los fundadores también de la Revista, los escritores Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, y donde figuran valores como los Carrera Andrade, don José Rafael Bustamante y su insigne esposa doña Hipatia Cárdenas, Jorge Icaza, Augusto Arias, Zaldumbide, Francisco Guarderas, los dos Escudero, Muñoz Sanz, Velasco Ibarra, Sacotto Arias, Hugo Moncayo y muchos más.

Un gran número de libros venezolanos fueron presentados en la Exposición; desde monografías coloniales hasta obras de los escritores y poetas de la última generación. Y no fueron mero alarde o exhibición de carátulas para que el público las viera por unos días; sino que la Biblioteca de Autores Americanos mantiene abiertas sus puertas y animadas sus mesas con la presencia de numerosos lectores.

Magnífica idea la de las Exposiciones y Ferias de Libros; es preciso alentarla y estimularla. Pero no basta con eso. Es preciso considerar como una necesidad nacional la solución del problema del costo de nuestros libros. La producción de papel para editoriales ha debido ser afrontada desde hace tiempo como una empresa de patriotismo de más importancia que lo que podría sospecharse a primera vista. De una importancia que llega mucho más a los alcances que han tenido los esfuerzos bolivarianos de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Si la Sociedad Bolivariana hubiera querido realizar una magnífica labor bolivariana, habría podido encarar con los recursos de que hubiera dispuesto, un trabajo de trascendencia incalculable y de históricas repercusiones: se habla mucho, y no siempre con serena mensura de razones, de los sentimientos sanmartinianos o bolivarianos de éste o aquel sector estudioso del Perú. Se habla y se discute, pero no se piensa en que la República Argentina ha sabido crear industrias editoriales poderosas; ha sabido escribir libros de texto y editarlos a precios incompetibles y ha sabido inundar a sus vecinos de una literatura didáctica, bien escrita y bien presentada, que llena las librerías, se mete en las escuelas y cubre los territorios de América con la sistemática fidelidad de su culto eficaz y elemental a los fundadores de su nacionalidad. En las manos de todos los niños del Perú está el libro argentino, familiarizando los grandes nombres argentinos con los grandes y pequeños destinos del peruano. Mientras tanto, nosotros damos conferencias para nuestro uso particular, o publicamos costosos libros que no llegarán nunca al pupitre de un maestro de escuela de Chiclayo.

Los libros venezolanos en la Exposición quiteña, tenían para los ecuatorianos cierto encanto de estampillas difíciles, de hallazgos arqueológicos, de valioso equipo museal; cuando un escritor me preguntó el precio que podría tener en moneda ecuatoriana uno de aquellos libros, le respondí:

—Veinte sucres.

Y replicó inmediatamente:

—Con veinte sucres pueden comprarse cinco libros de ese mismo formato.

Y con veinte sucres, o sea con diez soles, puede un peruano comprarse ocho libros argentinos que enteren al comprador de la vida y hazañas de ocho argentinos ilustres.

Y con veinte sucres no se consigue en Venezuela ni una obra buena y completa que contenga la vida limpia y generosa de Sucre; la vida que se daba, como deben darse los libros.

Con veinte sucres, en Venezuela, no se consigue un sucre, por más que se consigan cinco bolívares.

De "El Nacional", de Caracas. Set. 27 de 1943.

A N D R E S E L O Y B L A N C O

C R O N I C A

NUEVO DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA

En la Asamblea anual que tuvo lugar el 12 de Agosto del presente año, la Institución, de acuerdo con sus disposiciones estatutarias, procedió a elegir los miembros del nuevo Directorio que debe actuar por el tiempo de un año, y el mismo que se integró en la siguiente forma:

Señor don Augusto Arias, Secretario General;

Sr. Dr. Dn. César Carrera Andrade, Director del Instituto de Cultura Americana;

Sr. Dn. Antonio Montalvo,

Sr. Dr. Dn. Julio Endara y

Sr. Dn. Oscar Efrén Reyes, Directores de la Revista "América";

Sr. Dn. Alfredo Martínez y

Sr. Dn. Jorge Pérez Concha, Directores de la Biblioteca de Autores Americanos;

Sr. Dr. Dn. Augusto Sacotto Arias, Procurador;

Sr. Dn. Jorge Icaza, Director de la Editorial América;

Sr. Dr. Dn. Rafael Quevedo Coronel, Tesorero, y

Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz Sanz, Secretario de Actas y Correspondencia.

En esta misma Asamblea, por votación unánime, se resolvió otorgar un voto de aplauso al Secretario General cesante señor don Isaac J. Barrera, por su benéfica y brillante actuación desarrollada en el Grupo, desde su primer cargo directivo.

NUEVOS CONSOCIOS DEL EXTERIOR Y DEL PAIS

En la sesión solemne que tuvo el Grupo durante el desarrollo de la Primera Exposición del Libro Venezolano, organizada en homenaje del Excmo. señor General don Isaias Medina Angarita, Presidente de

los Estados Unidos de Venezuela, y sus distinguidos acompañantes, en su visita al País, fueron designados socios de la Institución en el exterior: Andrés Eloy Blanco, Arturo Uslar Pietri y Pedro Sotillo.

Fueron también aceptados, en sesión posterior, como miembros de la Entidad, los escritores ecuatorianos César Andrade Cordero, de Cuenca, Alfredo Gangotena, Gustavo Vásconez Hurtado y Gerardo Chiriboga, residentes en esta Capital.

DONATIVO PARA LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LIMA

A raíz del incendio de la Biblioteca Nacional de Lima, uno de los centros bibliográficos más ricos de Sud América, que privó al Continente y al Perú, de modo especial, de su máspreciado tesoro cultural, el Grupo América, a insinuación del escritor peruano Jorge Falcón, Director de "Hora del Hombre", envió su primera contribución bibliográfica compuesta de obras de varios autores ecuatorianos entre los que constaban: Rafael Quevedo Coronel, Juan Pablo Muñoz Sanz, Gonzalo Escudero, Rafael Alvarado, Augusto Arias, Isaac J. Barrera, Carlos Salazar Flor, Julio E. Moreno, Jorge Carrera Andrade, Angel Mosto Paredes, Jorge Pérez Concha, Jorge Icaza, Oscar Efrén Reyes, Augusto Sacotto Arias, Antonio Montalvo, Telmo N. Vaca del Pozo.

POR LA LIBERTAD DE ABRAHAM ARIAS LARRETA

Prueba de amplia comprensión y solidaridad con los postulados americanistas que preconiza y mantiene nuestra Institución, ha sido la que, en espontáneo gesto, han dado nuestras filiales de México y el Brasil, al dirigirse al Primer Mandatario del Perú, pidiendo se gestione la libertad del escritor don Abraham Arias Larreta, socio en Lima del Grupo América de Quito.

CONDECORACION AL CORONEL ADRIAN CRAVIOTO

En significativa ceremonia organizada por el señor don Luis Robalino Dávila, Ministro del Ecuador en México, le ha sido entregada al señor Coronel Adrián Cravioto, Presidente del Grupo América de la Capital Azteca, la condecoración "Al Mérito", otorgada por el Gobierno ecuatoriano, a petición de nuestra Entidad, por la labor desplegada por tan eminente militar y escritor mexicano en favor de los intereses internacionales del Ecuador. Con este motivo, el Coronel Cravioto pronunció el siguiente discurso:

“Excelentísimo Señor Ministro del Ecuador:

Señoras y señores:

Hondamente emocionado por el honor excepcional que por vuestro conducto he recibido del H. Gobierno del Ecuador, deseo hilvanar breves frases que expresen mi profundo y leal agradecimiento.

Mi actitud en la defensa ideológica de la bendita Patria Ecuatoriana, ha nacido del hondo sentimiento de fraternidad que une a nuestros pueblos, y obligada por la agresión injusta y sin motivo, de otro de nuestros hermanos de raza, arrojado a esa mala acción por la impureza de sus políticos y por las mezquinas ambiciones económicas de unos cuantos...

Creemos firmemente en que ha pasado ya para siempre, la etapa de la humanidad en que se consideró la conquista como tarea honrosa y prestigiada, que al dar gloria y laureles a los conquistadores, les entregaba, encadenados, tierras, hombres y riquezas... Y estamos seguros de que a partir del siglo inmortal de las emancipaciones, la humanidad ya no estimó meritoria la acción conquistadora y esclavizante, y en el siglo presente, la condenamos y la maldecimos como un atropello y como un crimen...

Desterrando del alma del mundo la bárbara teoría del derecho que da la fuerza bruta, bajo cualquier nombre o forma que se le quiera dar, las generaciones del presente dan su sangre forjando para el futuro, no la espada agresiva de Atila que esterilizaba la tierra por donde pasaba su caballo, sino la redentora espada de Benito Juárez, defensora del derecho, de la libertad, la democracia y la justicia...

Un grito desesperado del dolor nacional ecuatoriano llegó a nosotros y estremeció las almas de los americanistas sinceros de México; ese grito de un pueblo hermano agredido sin razón, inspiró nuestra pluma y nos aprestamos a ocupar nuestro lugar en la trinchera, al lado del hermano en peligro. Quito, Luz de América, que dió sus hombres, lo más florido de su juventud y sus recursos no escatimados, para la magna empresa de libertar al Perú, sufría un ataque más de su vecino...; nuestro espíritu rebelado ante la injusticia se envolvió en el humo de las pólvoras y el tronar de los cañones que destruían poblados y derramaban sangre hermana en las campiñas, y voló a los campos de batalla ecuatorianos lamentando estar lejos para llevar el esfuerzo de nuestro brazo a la defensa...

Y nuestro pensamiento y nuestras palabras no han sufrido desmayo en difundir y divulgar entre los mexicanos, el problema y la justicia y el derecho que asisten a vuestra Patria en este trágico conflicto, porque con ello cumplimos nuestro deber americanista, y obedecemos al imperativo de la voz de nuestra conciencia...

Ahora, Señor Ministro, Ecuador me honra sin merecerlo; recibo

con lealtad y con pureza de alma, este fragmento de la bandera ecuatoriana por la que tantos hermanos han luchado y han muerto, como un honor para mi Patria y para el Ejército de México; sobre mi corazón esta presea sentirá la sinceridad de sus latidos, y me hablará muy cerca, de cuánto tenemos todavía que realizar en el deber de perseverar en la noble tarea de cordialidad, de unión y de amor entre los pueblos americanos.

Muchas gracias, Excelentísimo Señor, por la generosa consideración con que me habéis distinguido y que tanto me estimula. Llevad a vuestra Patria la certeza de que Ecuador cuenta en mí, con un hijo más, que sabrá lealmente ocupar su puesto de lucha en la defensa de su libertad y de su soberanía..."

AGRADECIMIENTO AL MINISTRO DON MANUEL AROCHA

Por el oportuno y alto apoyo que el distinguido diplomático venezolano prestara para la realización de la Primera Exposición del Libro Venezolano, el Grupo agradeció en los siguientes términos:

Quito, a 23 de Agosto de 1943.

Excmo. Sr. Dn.
Manuel Arocha,
Enviado Extraordinario y Ministro
Plenipotenciario de los EE. UU. de Venezuela
Ciudad.

El Grupo América del Ecuador, que nunca perdió de vista su fin constructivo de la unidad continental, no ha olvidado que al organizar la Primera Exposición del Libro Venezolano en Quito —idea planeada a propósito de la visita del Excmo. Sr. Presidente de Venezuela a nuestro País y realizada en honor del Mandatario venezolano—, contó con el apoyo más entusiasta y efectivo del progresista Gobierno que hoy conduce los destinos de la Patria de Bolívar.

El Grupo América acordó dirigirse a Usted, señor Ministro, para hacer llegar, por su digno intermedio, hasta el Excmo. Presidente de Venezuela, General don Isaias Medina Angarita, la expresión de reconocimiento más cierto por aquel apoyo, y el propósito de perseverar en la cruzada americanista que el Grupo se formuló hace muchos años.

Al pedir al señor Ministro, don Manuel Arocha, sea el portavoz

de las expresiones que anteceden, le reiteramos las seguridades de nuestra más alta estima y perdurable amistad.

Atentamente,

Augusto Arias,
Secretario General

Alfredo Martínez,
Director de la Biblioteca de
Autores Americanos

Juan Pablo Muñoz Sanz,
Secretario de Correspondencia

DE NUESTRAS RELACIONES INTERNACIONALES

Complacémonos en insertar las notas cruzadas entre el Grupo América y el Excmo. señor doctor don Ramón Piriz Coelho, E. E. y Ministro Plenipotenciario del Uruguay y Excmo. señor doctor don Salvador Martínez Mercado, Embajador de México en el Ecuador, con motivo de las saluciones presentadas en las respectivas festividades cívicas nacionales:

Quito, a 16 de Septiembre de 1943.

Excmo. señor doctor don
Salvador Martínez Mercado,
Embajador de los EE. UU. de México.

Presente.

Excmo. señor Embajador:

El Grupo América, en sesión de hoy, acordó exteriorizar, por intermedio de esa distinguida Embajada, al Gobierno del Excmo. General Avila Camacho, el más efusivo saludo de la entidad ecuatoriana, con motivo de celebrarse la Fiesta Nacional de México, es decir, la Fiesta de la Democracia de América.

Con esta misma oportunidad, el Grupo acordó manifestar a S. E. la sincera congratulación por el merecido ascenso en su carrera diplomática, que nos garantiza la presencia de un buen amigo del Ecuador.

Atentamente,

Augusto Arias,
Secretario General

Juan Pablo Muñoz Sanz,
Secretario de Actas y Correspondencia

EMBAJADA DE MEXICO

Quito, a 18 de Septiembre de 1943.

Señores Doctor Don Augusto Arias y
Don Juan Pablo Muñoz Sanz,
Secretario General y Secretario de Actas y Correspondencia,
respectivamente del Grupo América.

Ciudad.

Distinguidos señores:

Tengo el agrado de acusar recibo de la atenta comunicación, de fecha 16 del mes actual, por la cual se sirven informarme que esa culta Institución acordó exteriorizar, por intermedio de esta Embajada, su más efusivo saludo al Gobierno de mi país que preside el Señor General Avila Camacho, con motivo de la celebración de la Fiesta Nacional de México, así como la congratulación de ese prestigioso Grupo por mi ascenso a Embajador en esta patria ecuatoriana a la que sinceramente admiro.

Al agradecer a ustedes y por su apreciable conducto al Grupo América tan valiosas y expresivas muestras de simpatía, me es muy grato suscribirme de ustedes como su afmo. y atento servidor.

Dr. Salvador Martínez Mercado,
Embajador de México.

Quito, a 25 de Agosto de 1943.

Excmo. Sr. Dr. D.
Ramón Piriz Coelho
Ministro Plenipotenciario y
Enviado Extraordinario de la República del Uruguay
Ciudad.

El Grupo América del Ecuador, consciente de que en la intensa agitación del mundo contemporáneo, el porvenir de América tiene su fórmula eficaz y su juramento inviolable: Solidaridad; convencido, al mismo tiempo, de que frente a los adversarios de las libertades humanas —que nunca desearían la unión de nuestros pueblos—, se debe alzar un continente solidario, acordó saludar, en el mejor de sus días, a ese gran País que lleva el nombre de República Oriental del Uruguay, cuna de espíritus brillantes y crisol de democracia auténtica.

Sírvase transmitir al Gobierno del Uruguay, dignamente representado por su Excelencia en nuestro País, el pensamiento del Grupo América y los sentimientos expresados.

Atentamente,

Augusto Arias,
Secretario General

Juan Pablo Muñoz Sanz,
Secretario de Actas y Correspondencia

LEGACION DEL URUGUAY

Quito, a 31 de Agosto de 1943.

Al Señor Secretario General del Grupo América del Ecuador,
Don Augusto Arias.
Presente.

Señor Secretario General:

Es para mí un señalado honor, a la vez que un motivo de singular satisfacción, dirigirme a esa ilustre Sociedad, integrada por valores auténticos de las letras ecuatorianas, agrupados bajo un nombre sublime, símbolo perenne de unión, armonía y libertad: América; para expresarle por su digno intermedio, mis íntimos agradecimientos por el saludo que en términos vibrantes ha formulado, en el mejor de los días de mi patria.

Me sentiré honrado y complacido al transmitir al Gobierno del Uruguay, el bello pensamiento del Grupo América del Ecuador, y los sinceros sentimientos emitidos.

Valiéndome de esta primera y feliz oportunidad, ruégole se digne aceptar, Señor Secretario General, las seguridades de mi muy alta consideración.

Ramón Piriz Coelho.

VISITA DIPLOMATICA

El Grupo tuvo el honor y la complacencia de recibir la visita del Excmo. señor don Gustavo Santos, Embajador de Colombia, quien departió con nosotros en interesante conversación sobre tópicos de la cultura americana y las afirmaciones espirituales entre nuestros dos países. El distinguido hombre de letras y diplomático colombiano nos hizo la gentil oferta, que mucho agradecemos, de completar, en cuanto sea posible, la sección colombiana de la Bibiloteca de Autores Americanos, especialmente con la valiosa colección de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

COMISION DEL I. CONCEJO DE AMBATO

En sesión extraordinaria del Grupo, nos fué muy placentero dar cumplimiento a la comisión encomendada por la Ilustre Municipalidad de Ambato, de realizar la entrega de los galardones ofrecidos por esta corporación edilicia, a los triunfadores en el Concurso organizado por la Radioemisora "La Voz del Tungurahua" y que los obtuvieron los estudiantes señores Jorge Adoum y Juan Manosalvas, por sus trabajos literarios.

ANTOLOGIA DE POETAS ECUATORIANOS

Muy pronto entrará a prensa la "Antología de Poetas Ecuatorianos", obra que por Decreto Ejecutivo fuera encomendada al Grupo América, cuyos trabajos de formación y edición se encomendó a los distinguidos consocios señores don Augusto Arias y Antonio Montalvo. La publicación de esta antología vendrá a llenar un gran vacío en la cultura nacional, ya que ella comprenderá el proceso de la poesía ecuatoriana, desde los tiempos coloniales hasta los actuales momentos.

SENSIBLE FALLECIMIENTO

El mundo de las letras ecuatorianas acaba de enlutarse con el sensible fallecimiento del fecundo e infatigable escritor señor Alejandro Andrade Coello, quien había alcanzado, por su destacada labor periodística y literaria, un justo renombre dentro y fuera del país.

América deja constancia de su pesar por tan luctuoso acontecimiento, que priva a las letras nacionales de uno de sus más asíduos y claros exponentes.

INDICE

Año XVIII. Nos. 74, 75_76 y 77

	Págs.
Editoriales	
Valor actual de América	7
Una cruzada moderna. El místico Wallace	147
Los nuevos rumbos del americanismo	359
Albornoz, Miguel Angel	
Discurso en la Feria Interprovincial de Ambato	104
El último asilo	439
Andrade y Cordero, César	
Clamor a Voltaire	398
Arias, Augusto	
El nuevo Fausto	69
Los problemas económicos—sociales y su expresión literaria en América	276
La mujer de piedra	408
Andrade Coello, Alejandro	
El libro Venezolano	464
Barrera, Isaac J.	
Es la hora del libro?	11
Poetas ecuatorianos	322
El Grupo América recibe al Ciudadano Presidente de Venezuela	363
Barrera B., Jaime	
Edipo	39
Blanco, Andrés Eloy	
Poemas continentales	373
Reloj de Piedra. Libros baratos	471
Bustamante, José Rafael	
Guerra de civilización	27
El Doctor Juan Benigno Vela	442

	Págs.
Bustamante, Guillermo	
Todos serán hermanos	71
Carrera Andrade, Jorge	
Octubre	72
Endara, Julio	
La sífilis como problema de higiene mental	246
"El Comercio"	
La exposición del Libro Venezolano organizada por el Grupo América	467
Franklin, Alberto B.	
Rasgos españoles de la novela "Indigenista"	118
García, Aurelio	
La naturaleza política del hombre y sus formas de organización	176
Garcés, V. Gabriel	
Ambato, sociografía de un pueblo ejemplar	80
Hays, H. R.	
Escuchad con cuidado. (Traducción de Jorge Carrera Andrade)	73
Lasso, Ignacio	
Raíz y signo de la novela norteamericana	13
Variaciones sobre la angustia	151
Martínez, Alfredo	
El Tunguragua es un hombre	78
David contra Goliath: Montalvo, Quijote de los Andes. Mensaje a Wallace	270
Palabras, sólo palabras. El oxígeno del pueblo. La calle y el hombre. ¡Albricias!	446
Mera, Julio P.	
La Biblioteca y la cultura	300

	Págs.
Montalvo, Antonio	
La muchacha del baño	268
Bibliografía	333
Danza negra	431
Mora Reyes, Alfredo	
La nueva ecuatorianidad	108
Muñoz Sanz, Juan Pablo	
Confrontación americanista de la Post_Guerra	214
La educación musical en la nueva cultura de América	402
Pérez Concha, Jorge	
Manuela Sáenz, Libertadora del Libertador	286 y 411
Reyes, Oscar Efrén	
El Libro de Venezuela en el Ecuador	366
El primer historiador del Ecuador Independiente	449
Salazar Flor, Carlos	
El Estado de la naturaleza Internacional	23
Cruces a cuestras	76
Método sociológico de interpretación de la Historia	229
Cooperación en la labor de la codificación, la uniformidad y la unificación del Derecho en América	386
Sacotto Arias, Augusto	
De la naturaleza de los libros	324
La voz del Grupo América en la tumba de Ignacio Lasso	331
Uzcátegui, Emilio	
Revalorización de la cultura	92
Vásconez H., Gustavo	
Por los caminos del mundo	433
Crónica	128, 340 y 473
Cuarto ciclo de conferencias	150
Sr. Lic. don Ignacio Lasso	328
Segundo Concurso Literario Latinoamericano	346
Guillermo Valencia	457

LA LIBRERIA MONTALVO

COOPERA PARA LA SOLIDARIDAD Y LIBERTAD DE LAS AMERICAS, PROPAGA LA CULTURA ECUATORIANA EN EL EXTERIOR Y DIFUNDE EN FORMA ECONOMICA LA CULTURA EN EL PAIS, PORQUE OFRECE:

A LOS INTELLECTUALES DEL ECUADOR Y DE AMERICA
EL MAS COMPLETO SURTIDO DE OBRAS ECUATORIANAS
POESIA — NOVELA — ENSAYO — CRONICA — HISTORIA —
GEOGRAFIA — DERECHO — CIENCIAS SOCIALES.

OBRAS COMPLETAS

EN LIBROS EXTRANJEROS OFRECE A PRECIOS SIN COMPETENCIA PUBLICACIONES DE LAS MEJORES EDITORIALES AMERICANAS.

COMPRA LIBROS Y BIBLIOTECAS A BUENOS PRECIOS

LA LIBRERIA MONTALVO establece el canje de libros ecuatorianos con libros americanos.

Dirección local: Esmeraldas y Montúfar

Dirección Postal: Juan J. Concha.—LIBRERIA MONTALVO

Apartado N° 468 — Quito-Ecuador

CERA MERCOLIZADA

BLANQUEA Y HERMOSEA EL CUTIS

LA VENDE EL

"BAZAR DE NOVEDADES"

Calle Venezuela N° 18.—Teléfono N° 5-4-4

LA BLANCURA Y BUEN OLOR
QUE SU ROPA NECESITA,
SOLO SE ADQUIERE USANDO

JABON "MISTER"

UN PRODUCTO DE

ANSOLA Hnos. & Cía.

CEMENTO

EXTRANJERO

GRIS Y BLANCO

VENDE

"LA COMPETIDORA"

Cuenca N° 35.

Teléfono 17-97

Frente a la Iglesia de la Merced.

CALZADO "ARTIGAS"

Ofrecen el mayor surtido en calzado, para
señoras, señoritas, caballeros y niños

VEA USTED LOS ULTIMOS MODELOS
EXPUESTOS EN NUESTROS ALMACENES

Calle Venezuela y Sucre
Calle Bolivia, bajo el Banco de Préstamos,
Portal Municipal.

LA MARCA QUE SE HA IMPUESTO
EN EL PAIS POR SU GRAN CALIDAD
Y PRECIOS LIMITADOS

Visite Ud. nuestros Almacenes
y podrá apreciar la calidad
de NUESTRO CALZADO

GASOLINA Y KEROSENE

MARCA

"CHIMBORAZO"

INSECTICIDA

"CHIMBA"

ACEITES LUBRICANTES

"CHIMBOL"

Y

"ANCONOIL"

PRODUCTOS NACIONALES

DE ALTA CALIDAD

AGENTES:

Soc. Com. Anglo-Ecuatoriana Ltda.

GUAYAQUIL

QUITO

**LA LIBRERIA QUE MAS PROPENDE A LA CULTURA
NACIONAL LE OFRECE LOS MEJORES LIBROS
EN TODAS LAS MATERIAS**

PARA MEDICOS, DENTITAS Y VETERINARIOS

Las mejores obras en Medicina, Radiología, Fisioterapia, Operatoria, Clinica, Oftalmología, Obstetricia, Patología, Odontología y Veterinaria. Todas ediciones de 1942 y con los nuevos adelantos de la Ciencia Médica.

PARA PROFESORES Y ESTUDIANTES

Los mejores autores en Pedagogia, Historia, Geografía, Ciencias Físicas y Químicas, Electricidad, Radiotécnica y otras tantas para todas las necesidades del maestro y el estudiante.

PARA TODOS EN GENERAL

Tenemos un extenso stock de libros con literatura amena para todas las edades: delicadas y sentimentales novelas, literatura histórica y filosófica y los mejores cuentos del gran moralista Constanancio Vigil en ediciones de lujo y a todo color.



**SOLICITE AUTORES Y OBRAS NACIONALES
VISITE CUANTO ANTES A LA**

**EDITORIAL
ARTES GRAFICAS**

SIEMPRE AL SERVICIO DE TODOS

**TENDRA EL MAYOR PLACER
EN EJECUTAR SUS ENCARGOS**

**TRABAJOS DE IMPRENTA: CON NITIDEZ Y ARTISTICAMENTE
ACABADOS.—ENCUADERNACION PERFECTA—RELIEVES, Etc.**

**POR TODA COMPRA SUPERIOR A \$ 10 OBSE-
QUIAMOS UNA NOVELA DE FAMA MUNDIAL.**



**Venezuela 81.—Teléfono 40 Ciudad.—Apartado 533
QUITO, ECUADOR, S. A.**

*Elegancia y
Distinción*



*Club de Casimires
Bazar Oriental*

VENTAJAS DEL CLUB "GRUPO" 1.000"

- 1.—Pagos semanales de sólo \$ 5,00 por Contrato.
- 2.—Entrega inmediata de la mercadería.
- 3.—Sorteos semanales de acuerdo con la Lotería de Guayaquil.
- 4.—Premios extraordinarios y aproximaciones.
- 5.—DOS MILLONES DE SUCRES EN MERCADERIAS A ELECCION.
- 6.—3.000 socios satisfechos.

BAZAR ORIENTAL

LUCINDO ALMEIDA & CÍA.

S. A.

BANQUEROS

**Asociados al Banco Central del
Ecuador**

Dirección Telegráfica: ALGAS.

Dirección Postal: Casilla 186

Quito—Ecuador, S. A.

**Toda Clase de Operaciones
Bancarias**

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO